

UNIVERSITY OF
TORONTO LIBRARY

Letras

1967 157 U. of T. Lib.



00160925

Aprobado por el H. Consejo Nacional de Educación Exp. 13.082 - B. - 1929. - Edición 1941.

GREGORIO O. BENAVENTO

LETRAS

SELECCION DE TROZOS
DE AUTORES ARGENTINOS
EN PROSA Y VERSO

APROBADO POR EL
HONORABLE CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN
Y POR LOS
H. CONSEJOS DE EDUCACIÓN
DE LAS PROVINCIAS DE BS. AIRES, SANTA FE, ETC.

OCTAVA EDICIÓN

1937

EDITORIAL A. KAPELUSZ Y Cía.
PIEDRAS 126

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Queda hecho el depósito que
marcan las leyes 7092 y 9510.

A los Colegas

ES ya un lugar común insistir en la conveniencia de dar a la enseñanza una orientación nacionalista. Este propósito, que alcanza a la escuela de todos los países, debe ser en la nuestra, por razones obvias, preocupación primordial de los maestros. Realizar obra argentina, con material e ideales argentinos: he ahí, acaso, los términos en que pudiera sintetizarse para nosotros el postulado máximo de la escuela nacional.

A tal intento — poner al niño en contacto directo y frecuente con los hombres y las cosas, con los problemas y los hechos, con el pensamiento y los ideales argentinos, — responde la presentación de este libro.

Huelga, pues, advertir que de ningún modo ha pretendido el autor ofrecer al juicio de los colegas una antología, en el sentido estricto de su significación, sino un acopio de elementos artísticos e informativos susceptibles de aplicación didáctica, consecuente con esos propósitos de orientación nacionalista de la enseñanza.

EL AUTOR.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

1.

ORACIÓN DE LA BANDERA

¡Bandera de la patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y la fuerza con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; guía de la victoria en la guerra, y del trabajo y la cultura en la paz; vínculo sagrado e indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras; juremos defenderla hasta morir antes que verla humillada!



Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, y en todo tiempo y lugar de la tierra donde éstos la condujeran; que a su sombra la Nación Argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos, y sea para todos los hombres mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia.

JOAQUÍN V. GONZALEZ. (1863-1923). — Estadista, literato, orador y maestro insigne.

OBRAS: *Mis montañas, La tradición nacional, Manual de la Constitución Argentina, Problemas escolares, Fábulas nativas.*

JUICIO: "Esa pasión por la tierra argentina es la nota predominante en sus obras, y por esta sola condición, sin contar excelencias literarias, las pondría yo sobre el corazón como cosa digna de ser amada y aplaudida por todos". — (*Rafael Obligado.*)

LEOPOLDO DÍAZ



2.

LA LENGUA CASTELLANA

Lengua de mis abuelos, lengua mía,
nada iguala tu música sonora
ni tu dulce cadencia, donde mora,
cual en Castalia fuente, la armonía.

De soberbios cambiantes, como el día,
infinitas riquezas atesora
tu voz cuando maldice o cuando implora,
en la duda, en el triunfo, en la alegría.

Tienes acentos de clarín lejano,
rumores de torrente americano,
quejas de viola, arrullos de salterio:

En la lira de bronce del poeta,
unes, al huracán, la brisa inquieta,
y al claro sol, penumbras de misterio.

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO

3.

DE LA EDUCACIÓN DE LA VOZ

Por una contradicción inexplicable, por uno de tantos vicios de educación que nadie procura corregir, dejamos generalmente abandonado el órgano de la voz, y prestamos asiduo cuidado al desarrollo y vigor de aquellos órganos y de aquellos miembros que aplicamos a servicios exclusivamente materiales de la voluntad.



No procuramos conocer ni mejorar el órgano más importante y característico de nuestra naturaleza, después del cerebro, como no sea para cultivar el arte del canto, sin tener en cuenta que de la voz nos servimos principalmente en nuestra vida doméstica, social y pública; que la voz expresa cuanto pensamos y sentimos; que sin voz, el hombre no puede comunicarse con los demás sino de una manera imperfecta.

Actores y oradores hubo a quienes la naturaleza no concedió una voz robusta, flexible y sonora, y que, sin embargo, lograron con perseverantes ejercicios convertirla en instrumento poderoso y expresivo de los afectos más variados.

La voz de Demóstenes era flaca y desagradable; pero apasionado por la elocuencia, se propuso mejorarla a toda costa, y para ello se iba a las orillas del mar y poniéndose

cercano al lugar en que las olas se rompían con mayor ímpetu y fragor contra los peñascos, recitaba versos hasta que los oía distintamente. Así logró robustecer su voz y realizar el deseo vehementísimo de convencer y persuadir al pueblo ateniense, aun siendo el más difícil de contentar en todo aquello que se relacionaba con las artes de la palabra.

Cicerón, el príncipe de la elocuencia latina, cuenta que su voz era pobre, desigual y hasta afeminada, para venir a decirnos con no disimulada satisfacción, que a fuerza de constantes ejercicios había conseguido darle el vigor y la igualdad de que carecía.

La educación de la voz, por tanto, es indispensable, no sólo para responder a la necesidad que el hombre tiene de conservarla, sino para obtener de ella todo el grado de fuerza, tensión y actividad de que es susceptible, y llegar en definitiva a la posesión de un timbre de sonidos claros y armoniosos.

En el timbre de la voz, que resulta de las modificaciones que recibe el sonido por la condición, naturaleza y forma individuales del instrumento vocal, reside uno de los más poderosos medios de expresión. Las pasiones que agitan nuestro ánimo, las sensaciones todas que experimentamos, ejercen una acción directa sobre el órgano de nuestra voz y modifican la naturaleza de sus sonidos. La cólera, la alegría, el dolor, el miedo, el amor, la compasión, mudan el timbre de una manera especial y caracterizada, que sin entender las palabras, el sonido por sí solo expresa esos afectos y esos estados del ánimo y del cuerpo.

Siendo, pues, el timbre el resultado general de las condiciones de nuestra voz, mejorándola por el ejercicio, mejoraremos también su timbre, y el timbre gana pronto al auditorio, como el rostro simpático gana las voluntades y las pre-

dispone al agrado hacia nosotros, a dejarse persuadir por lo que leemos o a sentir lo mismo que expresamos, que es el objeto y fin de la lectura o recitación en alta voz.

ENRIQUE GARCIA VELLOSO. — Periodista y dramaturgo contemporáneo.

OBRAS: *La sombra*, *Fruta picada*, *El zapato de cristal*, *El chiripá rojo*, *Eclipse de sol*, *Las termas de Colo-Colo*.

LUIS L. DOMÍNGUEZ

4.

PRIMERA FUNDACIÓN DE BUENOS AIRES

Don Pedro de Mendoza, natural de Guadix, gentil-hombre de cámara del emperador, acababa de regresar de Italia, donde a las órdenes del condestable de Borbón, había tomado parte en el asalto y el saqueo de la ciudad de Roma. Mendoza volvió rico a España con su parte de botín; pero, no por eso su avaricia y su amor a empresas arriesgadas estaban satisfechos; y cuando supo que el gobierno, por escasez de fondos, no se resolvía a enviar una expedición al Río de la Plata, para tomar por retaguardia el imperio de los Incas, él se ofreció a prepararla a su costa, y a conducirla a su destino.

Para este fin, se preparó la más brillante expedición que había salido de puertos españoles para la América. Componíase de veintidós naves y de dos mil soldados aguerridos, entre ellos 150 alemanes, a cuyo número pertenecía Ulderico Schmidel, uno de los historiadores de la conquista. Entre los oficiales venían muchas personas de distinción.

En las capitulaciones otorgadas por el emperador, había

una que obligaba al Adelantado a traer cien caballos y cien yeguas, origen de los que después han cubierto nuestras fértiles llanuras.

La armada salió de San Lúcar el 1º de septiembre de 1534; se detuvo en el Janeiro algún tiempo, y habiéndose enfermado don Pedro, delegó el mando en don Juan Osorio, a quien poco después hizo apuñalar por sospechas de infidelidad.

A principios de 1535 entró la expedición al Río de la Plata y fondeó en la isla de San Gabriel. El Adelantado mandó en seguida a su hermano don Diego, jefe de la flota, a reconocer la costa meridional, y se trasladó allí con toda ella, abriendo el 2 de febrero de 1536 el cimiento de una trinchera de tapia, en cuyo recinto se construyeron los alojamientos de los españoles. Aquel mismo día puso el Adelantado en posesión de sus cargos a los capitulares que habían venido nombrados desde España. A esta población se le dió el nombre de Puerto de Santa María de Buenos Aires, con motivo de haber exclamado el capitán Sancho García al poner el pie en tierra: *¡Qué buenos aires son los de este suelo!*

Ocupaban el país donde se había fundado la nueva ciudad los Querandíes, raza belicosa y cazadora, cuyas armas eran una especie de dardo de madera fuerte, que les servía para combatir de cerca, las bolas arrojadizas y la formidable bola perdida. De éstos descienden los actuales Pampas, que conservan las mismas armas, excepto el dardo que han convertido en chuza, desde que tomaron posesión del caballo, introducido por los conquistadores.

La embocadura del Paraná y las islas de su delta estaban ocupadas por los Guaraníes, que se extendían hacia el norte por ambos lados del río, bajo diferentes denominaciones:

Timbúes, Calchaquíes, Tapes y otros; hasta tocarse con los Mbayas y los robustos Guaicurúes que vivían en el Chaco.

En la banda septentrional del Río de la Plata estaban las tribus feroces de los Charrúas y Yaros, y en las islas del Uruguay los inofensivos Chanás.

En Entre Ríos, desde la margen del Uruguay hasta poco más allá del río Ibicuí, vivían los Minuanes; y desde allí para el norte todo el país estaba habitado por las diferentes tribus de los Guaraníes.

Todos ellos se encontraban en un estado verdaderamente salvaje; vivían de la pesca o de la caza; no tenían ninguna idea de Dios, ni noción alguna moral, y los lazos de familia eran apenas algo más fuertes que en los animales gregarios. Todos se pintaban el cuerpo, a excepción de los Pampas; y todos vivían desnudos o cubiertos de pieles de nutria, de guanaco y otros animales. Los que vivían a orillas de los ríos navegaban en canoas hechas de troncos de árboles. Sin agricultura, sin industria, sin cambios, estas tribus eran completamente pobres.

Los Querandíes se pusieron muy pronto en guerra con los recién venidos; los víveres escasearon; la humedad del clima y la falta de habitaciones originaron enfermedades entre los pobladores. Para escarmentar a los indios fué enviada una partida de doce capitanes a caballo y ciento treinta infantes, a las órdenes de don Diego de Mendoza. Los Querandíes les hicieron frente y se batieron con una valentía que los conquistadores no habían encontrado hasta entonces en América. Don Diego fué muerto con una bola perdida, e igual suerte tuvieron diez de a caballo y veinte de a pie. A fines de junio la población misma fué vigorosamente embestida; los indios

ataban manojos de paja encendida a las bolas arrojadas, y tirándolas sobre las casas lograron quemarlas casi todas. La misma hostilidad dirigieron sobre los barcos fondeados en el Riachuelo, a cuyas inmediaciones estaba la nueva población.

LUIS L. DOMINGUEZ. (1819-1898). — Poeta, historiador y político.

OBRAS: *Poesías, Historia Argentina.*

JUICIO: "Autòr de una excelente *Historia Argentina*, creemos que la primera al alcance de la generalidad. Espiritu tranquilo... Consagrado a sus estudios históricos, su nombre figura con honor en este ramo que constituye la más alta Musa de las letras". — (D. F. Sarmiento.)

PEDRO MARIO DELHEYE

5.

LAS HORMIGAS

Ejército sencillo, alineado. Modelo
de disciplina. ¡Cuánto pesar, cuánto desvelo
por la crueldad monstruosa del hombre que no sabe
vuestra labor humilde y al mismo tiempo grave

y hermosa! Yo os contemplo vagando en el jardín,
ya sobre un oloroso pétalo de jazmín,
ya sobre la sedante beatitud de las rosas,
siempre suaves y humildes, sencillas y hacendosas.

Hermanas que lo fuisteis de San Francisco. Hormigas
que yo tanto venero, sed también mis amigas,
y acaso sienta entonces, bajo la tarde de oro,
el corazón más grande, más noble, más sonoro!

PEDRO MARIO DELHEYE. (1894-1918). — Poeta y periodista. Muerto en plena juventud, su obra ha sido breve, reduciéndose a un libro de versos (*La vida interior*), algunos cuentos y un ensayo dramático (*Evangelina*).

FERNÁNDEZ MORENO



6.

LA FRAGATA SARMIENTO

¡Salud, vieja fragata!
¡Salud, blanco navío!
¡Salúdante en mi verso
todos los argentinos!

Favorita del viento,
sobre el cielo marino
tu perfil se recorta
gracioso, claro, nítido.
Eres flor de la Armada,
eres pájaro vivo,
eres más todavía
porque ya eres un símbolo.

¿Cuántos viajes has hecho?
¿Cuántos mares has visto?
¡No hemos leído otra cosa
desde que éramos niños!
La *Sarmiento* ha llegado...
La *Sarmiento* ha partido...

Vagabunda del globo
por plurales caminos,
novia de cien muchachos,
madre de cien destinos,
¡oh, quién pudiera toda
leerte de corrido,

nombrar veña por vela,
palos, cuerdas, anillos,
así como uno lee
el libro más querido!

¡Oh, quién hubiera sido
azul guardiamarina
en tus arduos periplos,
alegre, sano, limpio!
¡Cuántas cosas lejanas
que contar a los hijos!

Y que al verte llegar,
entre salvas e himnos,
a los puertos del mundo
colmados y magníficos,
en la ribera digan
los hombres al unísono:
“Ahí llega la Justicia
en un barco argentino”.

Y que esto se repita
los siglos de los siglos.

BALDOMERO FERNANDEZ MORENO. — Poeta lírico contemporáneo. Nació en Buenos Aires en 1886.

OBRAS: *Intermedio provinciano, Ciudad, Aldea española, Campo argentino.*

ANGEL DE ESTRADA (H.)

7.

EL NARANJO



Trasplantado de España, creció bajo el cielo de Buenos Aires, en un patio de la casa de mis abuelos. Quizás porque extrañaba la tierra, desenvolvióse miserable, casi atacado de raquitismo, así como esos niños que, concentrando en los ojos una belleza impropia de la edad, tienen una infancia triste. En el naranjo, los ojos fueron tempranas flores; tan tempranas, que parecía darlas a prisa y fundir en ellas toda su enfermiza savia, presintiendo

que la muerte le esperaba en la próxima estación. Pero, poco a poco, los cuidados le hicieron olvidar el aire primero que respirara y hasta la vieja fuente árabe que mezcló su murmurio al de sus hojas recién nacidas. El agua que le echaban religiosamente, con cariños de manos de enfermero; la poda, que ponía en la tijera la solicitud de un médico amigo, convirtieron al débil en un fuerte arbusto, y, por último, un invierno benigno y una primavera extraordinaria le transformaron en un árbol magnífico.

Desde entonces, con avidez, esperaba los nuevos septiembrés que le traían las golondrinas de Europa. Toda la belleza del cielo, toda la transparencia del aire, tenían por objeto engendrar el traje nupcial del árbol, sonrisa de gloria entre los muros amarillentos del patio. Los niños habían crecido con él; y para sus novias encontraron azahares en sus ramas. Ya hombres, entregaron a sus hijos las cuatro o cinco naranjas que producía y de que ellos, con el mismo placer y a la misma edad, lo despojaron.

Varios ataúdes desfilaron después al pie de su tronco. Su sombra cayó rápida sobre el ébano, queriendo dibujarse en el brillo de esa negrura. El también se despedía, armonizando con los viejos retratos que, presidiendo la vida luctuosa o alegre, impregnábanse de las emociones del hogar, melancólicamente pensativos.

De tres generaciones había sido ya camarada, cuando empezó a reconquistar sólo la mitad de sus hojas en las nuevas primaveras. Su sombra fué más leve en las baldosas desgastadas por los juegos de otro tiempo. Parecía más triste ante el rastro de los pies que ya no corren. Sus pocas hojas mostraban un verdor más intenso, más oscuro, y sentían en la luz misma el germen de la muerte. Al marchitarse su amarillo

no llegaba a convertirse en oro, pues, con un dejo de verde anterior, diríase entrecano, se dejaba arrebatarse sin fuerza al primer soplo vivo del Plata. El tronco se hendió, para mayor miseria, ahora, cuando no tenía casi copa que soportar; quizás el recuerdo de la frondosidad de otro tiempo le hizo romper su entraña, imitando a los profetas bíblicos, que en los días de duelo desgarraban sus vestiduras.

Hubo que sostenerlo con un barrote, y se apoyó en el báculo, suavizando la dureza del hierro con la gracia melancólica de sus últimas floraciones. Un niño tuvo entonces la ocurrencia de querer mandarlo al Paraguay para que reviviera en un hospitalario clima, y la gente rió por cierto de aquella forma ingenua del cariño. Su sombra, en tanto, daba pena; era un alma buscando su viejo cuerpo desvanecido. Alguien plantó una glicina al pie del tronco. La muleta de hierro fué envuelta. El árbol enfermo sufrió un asalto, y las flores azules, recuerdo del cielo, cubriendo el tronco y las ramas, lo embalsamaron piadosamente. Cuando cayeron, al fin de la estación, el naranjo no podía tenerse en pie, y la raíz sola, arrancando aún jugos de la tierra, con un último esfuerzo, ayudaba al sol, en cuyos rayos, para el árbol de la casa, había, con el amor de los vivos, algo del espíritu de los muertos. Todo fué inútil, y, para evitar su completa degradación, el hacha de un joven jardinero, descendiente de quien lo cuidó en su infancia, lo abatió de un solo golpe.

El patio, desde entonces, fué el sepulcro de algo que había desaparecido llevándose muchas cosas. Un farol que brillaba en invierno al lado del centinela rígido y negro, y en estío a través de las hojas, adquirió, al fulgurar libre en las noches, un inusitado brillo, lleno de fuerza para velar un cadáver invisible.

En el invierno que sucedió a ese otoño, el árbol reapareció, ¡pobre viejo amigo!, convertido en leña. Se le vió inflamarse en la chimenea, como metido en el corazón de la casa, para transformarse en viva llama. La muerte del patriarca era digna y gloriosa.

ANGEL DE ESTRADA. (1869-1923). — Poeta y prosista.

OBRAS: *Los espejos*, *Alma nómade*, *El huerto armonioso*, (verso); *El color y la piedra*, *Formas y espíritus*, *Cervantes y el Quijote*, *Las tres gracias*, (prosa).

JUICIO: "Estrada se complace en evocar las civilizaciones pasadas, las ciudades de arte, los países exóticos. Alma nómade, espíritu de insaciable curiosidad, ha recorrido casi todo el mundo civilizado, y en sus libros, aun en sus novelas, se ve el amor a los viajes". — (*Manuel Gálvez*.)

MANUEL GÁLVEZ

8.

EL IDEAL

Tuvo antaño nuestra patria, profunda vida espiritual. Era cuando, pobres y pequeños, libertábamos a cinco naciones hermanas, con un desinterés sin ejemplo en la historia. Utilicemos las virtudes de aquel tiempo, injertando algunos gajos de su espiritualidad en la planta impetuosa de la patria actual. Y puesto que no es el caso de dar la libertad a los hermanos de América, démosles ideas e idealismo. Estos dones son tan valiosos como la libertad: más aun, son la libertad misma, pues tanto el indi-



viduo como la sociedad no son libres sino esclavos, cuando viven sin ideales.

Trabajemos para que llegue cuanto antes el día de las espléndidas realidades que soñamos. La grandeza material ya comienza: ahora debemos, en labor paralela, crearnos la grandeza espiritual. Dejemos que se templen de espiritualidad nuestras energías materiales, con los efluvios de los antiguos ideales. Así a las cumbres opulentas de oro llegan, a veces, para atenuar su materialidad, vaguedades de aromas en que expresan su misterio los profundos valles.

MANUEL GALVEZ. — Novelista contemporáneo. Nació en Paraná en 1882.

OBRAS: *La maestra normal*, *El diario de Gabriel Quiroga*, *Nacha Regules*, *La tragedia de un hombre fuerte*.

JOSÉ LUIS CANTILLO

9.

DON JUAN DE GARAY



Noble, generoso, audaz, valiente y desinteresado, su figura se destaca vigorosamente y su nombre se impone a la inmortalidad, acentuado por méritos y virtudes que exaltarían su efigie en todos los tiempos y en las más trascendentales situaciones históricas de la humanidad.

Fué superior a su tiempo. Tuvo, como todos los conquistadores españoles, el temerario arrojo, la pro-

verbial hidalguía, el desprecio de la vida y la sublime ambición de la gloria; pero tuvo sobre todo ello, la intachable hombría de bien, la honradez acrisolada, la modestia sincera y la dulzura propias de otras épocas y otros teatros; un excelso amor hacia sus semejantes, inaudita energía en las horas de prueba, y serenidad y firmeza en los días de bonanza.

El futuro fundador de Buenos Aires, el más bello de sus títulos a la consideración de españoles y argentinos, partió de España en 1543, pobre y desconocido. No era como otros conquistadores, un navegante avezado, un guerrero famoso, un noble cargado de títulos y honores; no traía mando de expediciones imponentes, ni pidió anticipadamente compensaciones exorbitantes. Vino, casi niño, bajo la dirección y el amparo de su tío, don Pedro Ortiz de Zárate.

Cumplió su destino con la modestia que caracterizó toda su vida. Ascendió lentamente, por su propio esfuerzo. Se impuso día por día, hora por hora, luchando heroicamente en el campo de batalla, realizando proezas cuando la saña del salvaje le obligó a ello; benigno, laborioso, reposado y previsor en la tarea obscura pero fecunda del gobierno, realizada sin contralor en tierras desconocidas, con precarios elementos, venciendo dificultades que se antojan quiméricas, ¡tan extraordinarias son y tan insuperables parecen!

Cuando se examina la actuación de este hombre excepcional y se analizan las múltiples cualidades que lo destacaron entre los hombres de su tiempo, la más sincera admiración domina el espíritu y todo elogio parece mezquino.

Fué valeroso y audaz, como los más valerosos y los más audaces; pero con un objetivo elevado, con una purísima ambición, con un firme y hermoso propósito cumplido en los últimos años de su azarosa vida, tan grande y tan tras-

cidental que, a pesar de su fin prematuro y de no constituir lo realizado sino parte de la obra que hubiera podido llevar a cabo, la aureola de la inmortalidad corona su figura con inextinguible nimbo de luz.

José Luis CANTILLO. — Escritor, político y periodista contemporáneo. Ha publicado, entre otras obras, un interesante estudio sobre la vida de Juan de Garay.

CARLOS B. QUIROGA

10.

EL ALGARROBO

El algarrobo es árbol tradicional, indianista, blanco de corazón, dulce en la fruta, caritativo, popular y, de tan humano, propicio a todo olvido de penas, a la danza, al amor, a la religión y a la alegría.

Véamoslo en pleno secadal, rodeado de un innumerable populacho de plantas bajas, deprimidas y ruines. En la estación que el sol tropical calcina e incendia, donde el agua es el sueño rara vez alcanzado por el matorral espinudo, de hojas como garras; donde la piedra reverberante ríe sarcásticamente de la ilusión por el ansiado líquido; donde hasta los pájaros son de mezquina carnadura, como si los hubiese estrujado la mano de un implacable destino; donde a la tarde, de toda la línea de los azotados horizontes, álzase como un vuelo maldito la desnuda blasfemia de la tierra reseca, sin un perfume de melancolía, sin un adorno de retórica, siquiera, sin la remota humedad de una lágrima; donde la

tierra no puede llamarse madre, sino más bien madrastra: allí, en medio de la agria negación de la naturaleza, tú te yergues, ¡oh hermano vegetal!, bajo el rigor del sol, sobre el rigor de la tierra, entre el rigor del ambiente, como una bendición, como una sonrisa que en el imperio del egoísmo absoluto se da toda entera, como un oasis de claro verdor, como un ave de ramas y hojas y de florido canto, como un perdón, como una esperanza, como una consolación, como un alma . . . ¡Bendito seas sobre la aridez de los campos!

Hunde sus raíces diez, quince metros en la tierra cicatera, y le extrae sus más escondidos jugos. Hay muchos algarrobos centenarios, porque para desarrollar su tronco, sólo, necesitan larguísimos años. Es tal árbol un prodigio de fuerza, de constancia y de valor. Penetra en la tierra ingrata su raíz pertinaz, poco a poco, luchando contra todos los rigores y, conforme va encontrando los jugos nutricios, alza el tallo, engruésalo hasta ser árbol corpulento, tiende la abundante copa a la vez blanda y resistente, que los vientos mecen, y se place en regalar al pobre su vaina alimenticia. El es el árbol, según el paisano lo denomina por antonomasia.

CARLOS B. QUIROGA. — Escritor de costumbres, contemporáneo.

OBRAS: *Cerro nativo*.

JUICIO: "Con un estilo pintoresco, espontáneo, fresco, nos habla de toda la belleza ignorada que guardan las regiones del interior, que podrían ser ricos veneros para la literatura y el arte argentinos, con lo que no resultarían tan raras las obras de color nativo, fuertes, personales, como la que nos ocupa". — (*Arturo Romay*.)

LEOPOLDO DÍAZ

11.

LAS CARABELAS

Monje humilde, gallardo caballero,
orgullosa mendigo que se baña
en el oro del sol, grande de España,
vagabundo, soldado, vil pechero.

El que agita la cruz o blanda acero,
capaz de abnegación o heroica hazaña,
todo el que sienta en varonil entraña,
latir un corazón aventurero:

Cañid el férreo casco y la armadura;
allá, tras de la ignota mar obscura
resplandecen Atlántidas sin dueño;

Y al rumor del alisio entre las velas,
cruzarán la extensión las carabelas,
las raudas carabelas del Ensueño!

LEOPOLDO DIAZ. — Poeta y diplomático contemporáneo. Nació en 1862.

OBRAS: *Sonetos, Las sombras de Hellas, La Atlántida conquistada.*

JUICIO: "No hay que pedirle a la lira de Leopoldo Díaz ninguna de esas entonaciones épicas que mueven al entusiasmo pasajero, no hay que pedirle ninguna de esas notas proféticas que anuncian la elevación de una raza, no; su lira canta con un subjetivismo melancólico y encantador los afectos del amor y la ternura. En sus versos, que casi siempre se deslizan con frase corriente y flexible, domina una dulce melancolía y suave tristeza". — (F. Martínez.)

JOSÉ INGENIEROS

12.

CAUSAS ECONÓMICAS DE LA INDEPENDENCIA

España y Portugal, entradas al período de su decadencia histórica, no supieron ni podían dar vida a colonias. Sin capacidad productiva natural ni industrial, sin instituciones sociales evolucionadas, sólo pudieron instaurar en sus colonias un régimen de explotación y monopolio poco inteligente. Al principio el indígena fué inmolado por la avaricia del conquistador, que sólo pensaba en despojarlo o destruirlo; después surgieron dos tipos económicamente paralelos: aquí el encomendero de indios y allí el negrero de esclavos africanos. Cuando se organizó algún comercio, las metrópolis indigentes sólo pensaron en ponerle trabas y monopolizarlo usurariamente, a costa de cegar las fuentes de su propia riqueza. Finalmente, algunos descendientes de europeos, excluidos de toda actividad económica productiva y adiestrados en el acaparamiento de la tierra, aspiraron también a las ventajas del funcionarismo y el privilegio; comprendieron que podían liberarse de la onerosa tutela de sus mayores, apoderándose del poder público para explotar en beneficio propio las riquezas naturales de la tierra nata.



JOSÉ INGENIEROS. (1877-1925). — Eminente médico, sociólogo y escritor.

OBRAS: *La evolución de las ideas argentinas, Hacia una moral sin dogma, La simulación en la lucha por la vida, Las doctrinas de Ameghino, El hombre mediocre.*

JUICIO: "De Ingenieros podría decirse, y con justicia, por la belleza y corrección de sus escritos, que sabe reunir, como Taine, las cualidades del sabio a las delicadezas del artista". — (***)

MARTÍN GIL

13.

EL FIRMAMENTO



Los poetas, los curiosos, y hasta los ociosos alguna vez, suelen preguntar cuántas son las estrellas visibles sin antejo. Naturalmente, esto depende de la latitud del sitio, de su altura sobre el nivel del mar, de la pureza de la atmósfera, y, sobre todo, del ojo del observador. En general, desde el centro de Europa, no alcanzan a 5.000 las estrellas que pueden contarse en el transcurso del año. Sin embargo, un astrónomo alemán, con vista penetrante y educada en un largo ejercicio, llegó a contar 5.421. Según otro astrónomo, desde Córdoba se podrían contar cerca de 8.000. Es que el cielo austral es mucho más rico que el boreal. Y, en cuanto a las estrellas que sólo pueden verse con el telescopio, son tantas, que se consideran innumerables. Con las estrellas fijas y visibles se han dibujado, en el mapa del cielo, las constelaciones, o grupos de estrellas, que representan figuras imaginarias de hombres, animales u obje-

tos. Estas constelaciones, que son como provincias del firmamento, sirven para reconocer fácilmente en el conjunto la posición en que se ven las estrellas desde la tierra.

Gracias a la situación de nuestra patria, podemos ver desfilar durante el año todas las estrellas de primera magnitud del firmamento. Estas estrellas, según la manera de apreciar su brillo, son 18 ó 20; más justo sería tal vez decir 19, sin contar la estrella *beta* de la Cruz del Sur. Desde el centro de Europa no pueden verse, en cambio, más que 13 estrellas de primera magnitud.

No estará nunca de más conocer los nombres de estos 19 soles, entendiendo que toda verdadera estrella es un sol. Las estrellas del cielo boreal son: Vega, en la constelación de la Lira, blanco-azulina, muy hermosa; Capella, en el Cochero, amarilla; Betelguese, en Orión, amarillo-rojiza; Arturo, en el Boyero, amarillo-rojiza; Régulo, en el León, blanco-azulina; Altair, en el Aguila, blanco-azulina; Aldebarán, en el Toro, amarillo-rojiza; Proción, en el Can Menor, amarillenta, y Pólux, en los Gemelos, amarillenta.

Las del cielo austral son: Sirio, la más espléndida de todo el firmamento, en el Can Mayor, blanco-azulina; Canope, muy hermosa también, en el Navío, blanca; *alfa* del Centauro, blanco-azulina; Achernar, en el Eridán, blanco-azulina; Antares, en el Escorpión, roja; *alfa* de la Cruz del Sur, blanco-azulina; Espiga, en la constelación de la Virgen, blanco-azulina; Formalhaut, blanco-azulina también, en el Pez Austral. La *alfa* del Centauro es la estrella más próxima a la Tierra. No obstante, su luz tarda en llegar hasta nosotros cuatro años y medio, recorriendo 18.000.000 de kilómetros por minuto. Vista a través del telescopio, menos poderoso, resulta la *estrella doble* más notable de todo el cielo.

En la feliz época de las vacaciones, desde la Pampa, las montañas o el mar, en una noche profunda y diáfana, sin luna, muchos de vosotros, niños, habréis notado, al mirar distraídamente hacia lo alto, una ancha faja de luz blanquecina y suave, atravesando el firmamento. Se diría que es el humo de un incendio lejano, o el rastro misterioso de una gran serpiente del cielo. Esta faja es la Vía Láctea. Mirado por el telescopio, el humo se transforma en polvo de brillantes; el rastro de la serpiente misteriosa es un gran río de soles; son millares de estrellas, a una distancia inmensa. La Vía Láctea circunda el cielo íntegro. Nuestro sol y todas las estrellas visibles se encuentran en esta majestuosa corona de luz.

MARTÍN GIL. — Hombre de ciencia y escritor contemporáneo. Sus trabajos y estudios sobre astronomía han popularizado su nombre, haciéndole conquistar justa fama de sabio. Nació en Córdoba.

ERNESTO MARIO BARREDA

14.

EL PASTORCITO



Con su palo y con su perro
saca el niño las ovejas.
Y van detrás del cencerro
las jóvenes y las viejas.

Los cándidos corderitos,
como una espuma cardada,
llenan de saltos y gritos
la ruta de la majada.

Y el niño y el perro llevándola van.
Y uno se retrasa y otro se adelanta.
Y uno galopín y otro galopán . . .
Y el perro que ladra y el niño que canta.

Los pájaros campesinos
saludan a la mañana,
con un concierto de trinos
que aturden como una diana.

Y el niño con su trajín
cruza prados, salta sotos:
vagabundo querubín
con los pantalones rotos . . .

Y bajo los álamos, que sombra les dan,
mientras la majada se esparce contenta,
resuena el cencerro dindán y dindán . . .
y el perro se tira y el niño se sienta.

Juega el viento entre el ramaje,
zumba la mosca en su vuelo,
pasa una nube de viaje
bajo la quietud del cielo.

El niño canta su copla
de donaires y de quejas
y el perro mira y resopla
sacudiendo las orejas.

Y parten la opípara merienda de pan . . .
Corren en la grama, duermen en la siesta.
Y vuelven al fin, galopín, galopán,
Cuando ya la tarde se viste de fiesta.

ERNESTO MARIO BARREDA. — Poeta contemporáneo. Nació en Buenos Aires en 1883.

OBRAS: *La canción de un hombre, Un camino en la selva, El himno de mi trabajo.*

JUICIO: "Barreda, como pocos, apartándose de todas las escuelas literarias — tentadoras y estériles — ha entonado la canción de la naturaleza libre y vigorosa, y nos ha reflejado en una poesía ardiente y vívida, llena de emoción y de ternura, un poco de cielo azul, de paz solariega, de aire libre y de campo verde". — (***)

TOMÁS GUIDO

15.

LA PRIMERA JUNTA



Era ya la alta noche cuando se tuvo la certeza de la citación a un nuevo cabildo popular y la probabilidad de una nueva elección en la mañana siguiente, de acuerdo con los intereses del pueblo. Pero ¿quiénes serían los candidatos de la nueva junta? ¿Quiénes satisfarían las miras de aquellos hombres generosos, empeñados con rectitud de espíritu en fundar un gobierno ilustrado y patriota? Ninguno de los asociados se prestaba a ocupar puestos públicos. El desinterés de los pudientes, llevado

hasta la prodigalidad de su fortuna, en servicio de la causa que abrazaron de corazón, se había convertido en una religión común. Ninguno de ellos ambicionaba más que la ventura de la patria.

En tal perplejidad redactaron varias listas, en que se leía uno a uno nombres aceptables; pero nadie completaba el número previsto para completar la junta. Ansiábase, pues, por salir de unas vacilaciones que podrían ser funestas, si la elección recaía en personas discordes con el fin de la revolución.

Se aproximaba el alba sin que aun se hubiese convenido sobre los elegibles. Hubo un momento en que se desesperó de encontrarlos. ¡Gran zozobra y desconsuelo para los congregados en ese gran complot de donde nació la libertad de la República! La situación cada vez presentaba un aspecto más siniestro. En estas circunstancias, el señor don Manuel Belgrano, mayor del regimiento de Patricios, que vestido de uniforme escuchaba la discusión en la sala contigua, reclinado en un sofá, casi postrado por largas vigiliás, observando la indecisión de sus amigos, púsose de pie y súbitamente y a paso acelerado y con el rostro encendido por el fuego de su sangre generosa, entró en la sala del club (el comedor de la casa del señor Peña), y poniendo la mano derecha sobre la cruz de la espada: “¡Juro — dijo — a la patria y a mis compatriotas, que si a las tres de la tarde del día inmediato no hubiese sido derrocado, a fe de caballero, yo le derribaré con mis armas!”

Profunda sensación causó entre los circunstantes tan valiente y sincera resolución. Las palabras del noble Belgrano fueron acogidas con fervoroso aplauso.

Desde luego volvieron todos a ocuparse de los candida-

tos, y cuando parecía agotada la esperanza de poderse concertar, don Antonio Luis Beruti pidió se le pasase papel y tintero, y como inspirado de lo alto, trazó sin trepidar los nombres de los miembros que compusieron la primera junta. En seguida, leyendo la lista por él confeccionada, dirigióse a sus colegas diciéndoles: "He ahí, señores, los hombres de que necesitamos". La aprobación y el contento de los asociados no pudo ser más unánime. Todos demostraron un grato asombro por el acierto de la elección propuesta por el señor Beruti. Era éste un empleado antiguo y probo de la contaduría del tesoro, fogoso proclamador de los principios liberales, y uno de los agentes más activos de la libertad de su país.

Aceptada la lista de este ciudadano, mandóse circular rápidamente entre los llamados a cooperar para su triunfo. En la mañana del 25 de Mayo la campana del Cabildo llamaba al pueblo, y la municipalidad citaba a los notables para su salón de despacho. Los ciudadanos de todas las condiciones acudían de tropel, atraídos por la novedad. Las tropas permanecían en sus cuarteles y los invitados tomaban asiento en la sala capitular. El alcalde de primer voto anunció a los espectadores el objeto de aquel llamamiento. Se entablaron debates agitados entre los adictos del antiguo régimen y entre los propugnadores de la revolución. El pueblo aguardaba impaciente; no pocas veces fué interrumpida la grave sesión por la vocería popular animada por tribunos ardientes. La multitud no abandonó la plaza, corredores, aposentos del antiguo Cabildo, sino cuando se anunció el acuerdo y se proclamó la nueva junta.

A las tres de la tarde, un bando solemne publicaba el acuerdo del cabildo abierto, instalando una nueva junta gu-

bernativa en nombre de D. Fernando VII, compuesta de los preclaros ciudadanos citados a continuación:

Presidente: D. Cornelio Saavedra.

Vocales: los señores Azcuénaga, Castelli, Belgrano, Larrea, Matheu y Alberti.

Se habían cumplido los votos de los verdaderos patriotas. El destino futuro de la patria pendía de la capacidad y virtudes de los elegidos del pueblo. A estos denodados campeones incumbía la difícil y honrosa tarea de encaminar la opinión pública hacia el sagrado fin promovido por un puñado de ciudadanos intrépidos.

A la primera junta tocaba el deber de descorrer el velo de la política opresora de la metrópoli europea; y de despertar el espíritu de independencia en una población aletargada por el abatimiento congenial a los pueblos despotizados por tres centurias. A ella incumbía la tarea de propagar los primeros elementos de los derechos sociales y políticos ignorados para la mayoría de los colonos, y echar los fundamentos de una nueva nación.

Para tan intrincada labor no bastaban intenciones puras, patriotismo exaltado y aventajada ilustración; era necesario el auxilio de las inspiraciones del genio elevado a la altura de las necesidades y peligros de la época.

La junta eligió para sus secretarios a los eminentes juriscultos don Mariano Moreno y don Juan José Paso. El primero encargado del departamento de Gobierno, el segundo de Hacienda, ambos nombres simpáticos a los promotores de la revolución, ambos ciudadanos eruditos y dignos de la confianza popular. Pero estaba reservado al doctor Moreno simbolizar en su persona el espíritu de una grande regeneración. Elocuente como Mirabeau, ardiente como Camilo Demoullins,

republicano como Junio Bruto, gozaba de una facilidad sorprendente para la expedición de los negocios de la administración. Su vasta inteligencia abrazaba todas las peripecias de una situación erizada de dificultades. Luz del gabinete, aclaraba todas las dudas y formulaba sin excitación las más atrevidas reformas.

La prensa, bajo la dirección de su sobresaliente talento y copiosa instrucción, derramaba profusamente principios y nociones elementales sobre todos los ramos en que los pueblos de América eran llamados a intervenir al desligarse del dominio español. Obrero infatigable en la organización; familiar con la historia de los tiempos modernos y enriquecido con la filosofía de los antiguos, comprendió su misión sublime, y con firmeza incontrastable arrojó las preocupaciones, atacó los abusos y sentó las bases de la República Argentina.

Para ventura de la patria, la junta encerraba en su seno altas inteligencias, y las concepciones felices de su ministerio hallaban en ella casi siempre ilustrados intérpretes y un acuerdo perfecto de sentimientos.

TOMÁS GUIDO. (1788-1866). — Militar, diplomático e historiador.

OBRAS: *Reseña histórica de los sucesos de Mayo, Memoria sobre la campaña de los Andes*. Son de gran valor histórico sus cartas a San Martín.

JUICIO: "Su prosa es castiza, tersa, elegante, y en el vocablo y en el ritmo aparece el escritor de raza, que explica, como un caso de herencia, la aptitud similar de su hijo Carlos, el poeta, y de otros de sus hijos, también escritores". — (R. Rojas.)

ARTURO CAPDEVILA



16.

P A T R I A

Otra vez, otra vez entre luces
azules y blancas,
los arcos triunfales
de la fiesta patria.
Y en la fría noche
de las remembranzas,
estas muchedumbres
inmensas que pasan.
Algunos vinieron
de grandes distancias:
de Ukranias y Rusias,
de Egiptos y Arabias;
otros de las tierras
alegres de Italia;

otros de la dulce,
de la dulce Francia.
otros de los lares
de la madre España.
Todos son ahora
linaje del Plata
para enormes hechos
que el destino aguarda.
Trocaron sus cielos,
sus mares, sus playas:
todos los recuerdos
por una esperanza.
Hijos que tuvieron
las rutas les marcan,

allá por los Andes,
aquí por las pampas:
¡Una vida recta
y una senda clara,
desde los amores
hasta las batallas!
Hoy fué como siempre.
Cañón de la patria
saludó las nubes
cerúleas del alba.
Veintiún cañonazos
oyó la mañana,
todavía en sueños
por las lontananzas.
Veintiún cañonazos
que a misa llamaban,
llamándonos misa
de fe ciudadana.
Se rompió la noche,
se aclaraba el alba,
reía la aurora,
la luz se doraba.
Hoy fué como siempre
para fiesta patria.
Sombras del Cabildo

de la gran jornada,
convocadas fueron
de nuevo a la Plaza.
Hoy fué como siempre
Cantaban las dianas,
y los regimientos,
a las doce dadas,
a un signo del Jefe
presentaron armas.
Nadie se movía:
de piedra las caras,
de bronce los cuerpos,
de hierro las almas.
Juramento heroico
los pechos juraban
y el himno de todos
por todos cantaba.
Pasad, muchedumbres
de la nueva raza,
bajo aquestas luces
azules y blancas.
pasad, muchedumbres
de la nueva raza.
¡Para todos, gloria!
¡Para todos, patria!

ARTURO CAPDEVILA. — Poeta y prosista contemporáneo. Nació en Córdoba en 1889.

OBRAS: *Melpómene, La dulce patria, Las visperas de Caseros, Córdoba del recuerdo, Del libre albedrío, La ciudad de los sueños, Tierras nobles, El poema de Nenúfar.*

BELISARIO ROLDÁN

17.

LA BANDERA DE LA PATRIA

He ahí un jirón de firmamento bajo el cual nunca pasó una nube; y si es verdad, según el vibrante grito conocido, que no fué atada jamás al carro de ningún vencedor de la tierra, es cierto también, ¡loado sea Dios!, que en los carros de los vencedores, donde ella tremoló como dueña y señora, no se cargó jamás botín de aventureros ni se ultrajó a la dignidad humana...



¡Paseó por América guerreando y redimiendo, como si el alma de la madre, heredada integralmente por la progenie romántica y bravía, la hubiera inducido a echarse campo afuera en gigantescas aventuras de redención; y cuando la victoria premió el esfuerzo supremo, sólo supo esa progenie, en su honradez inmaculada, replegarse, con un gajo de laurel entre las manos, al seno del hogar propio, perseverando en el propósito generoso de agigantarse hacia arriba, para poder agrandar el feudo propio sin disminuir el ajeno!

¡Salve, bandera de la patria, hija de la libertad y madre suya; lábaro santo impregnado de unos fulgores que traducen a la vez la altura de la procedencia y la altura del destino... , síntesis de una historia de redenciones y altiveces tales, que, más que la pluma para referirla, fuera lo propio

templar laúdes para cantarla!... ¡Salve, bandera de la patria!

¡Por ella y para ella, todas las vibraciones del cerebro y todas las pujanzas del músculo; por ella y para ella, argentinos, hasta la última gota de sangre!

SANTIAGO ESTRADA

18.

EL 25 DE MAYO EN LA ÉPOCA DE ROSAS

Muy niños todavía, no acertábamos a darnos cuenta cabal de la tiranía que pesaba sobre la República. Sin embargo, el terror, como el bienestar, se difundían en la atmósfera. Parece que las lágrimas evaporadas, formaran una niebla impalpable y apenas perceptible por el espíritu.

Alguna conversación pillada a hurtadillas, y el respeto exagerado de la policía, que para los niños de nuestra época resumía el derecho y la fuerza del Estado, mesuraban el vuelo de las imaginaciones infantiles, sabiendo que, en las fiestas mayas, debíamos tropezar a cada momento con los agentes de esa autoridad omnímoda.

Pero, a pesar de todo, los públicos regocijos de esos días solicitaban nuestra curiosidad, picada por las reminiscencias del pasado, entre las cuales figuraba la opinión de una parienta realista, que habiendo visto meter en el zaguán de la cárcel unos transparentes, que representaban las virtudes cardinales, y que el viento había derribado en la Plaza, repetía

todos los años que la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza estaban presas en Buenos Aires.

Vestidos con la ropa de gala, salíamos de casa a mediodía, y llegábamos casi mareados a la Plaza de la Victoria, porque en aquella época se conservaba en pie todavía la buena costumbre de no ventear mucho a los niños, y de no dejarlos discurrir de cuenta propia por las calles de la ciudad.

En el trayecto recorrido, como en todas direcciones, no se veía una sola casa en que no flameara la bandera blanca y roja, con que se había substituído, por orden superior, la azul y blanca de Belgrano.

Encontrábamos las bocacalles de la Plaza interceptadas por jinetes campesinos, engalanados a su manera, que venían a presenciar los festejos.

El adorno consistía en arquerías, templetos, banderas y gallardetes; y los demás atractivos, en la consabida rifa de cedulillas, las calesitas para los niños que iban acompañados, los rompecabezas para las criaturas que iban de su cuenta, y la cucaña para los marineros, que subían a ella, con arena en los bolsillos, para neutralizar el efecto del jabón, ávidos de conseguir la muda de ropa colocada como premio en la extremidad del mástil.

El pavimento estaba cubierto, literalmente, de cáscaras de naranja y de papelititos blancos de la rifa. Los ángulos y el centro de la Plaza eran los sitios preferidos de las negras expendedoras de pasteles con miel, y de los negros vendedores de tortas y roscas de maíz.

Terminada la función de iglesia, desfilaban las tropas, debiendo, de retirada a sus cuarteles, pasar, indefectiblemente, por delante de la casa de Rosas, las más de las veces cerrada a piedra y lodo.

Apenas anochecía, se retiraban las banderas de las puertas y ventanas, y se encendían las luminarias, que consistían en faroles amarrados a las rejas o en candelabros colocados detrás de los cristales de las ventanas. El alumbrado de la Plaza consistía en farolitos de hoja de lata, vasos de colores, y candilejos, dispuestos en forma de pirámides.

A las ocho en punto, aparecía la concurrencia oficial en los balcones del Cabildo y de la Policía, y se incendiaban las baterías de fuegos de artificio. La abundancia de voladores y buscapiés, que ocasionaban muchas desgracias, estaba en relación con el exceso de humo de la pólvora y del carbón, que llegaba hasta entoldar una buena parte del cielo.

Con el último cohete se dispersaba el concurso, tomando la mayoría el camino de sus habitaciones, y la minoría el de los teatros de la Victoria y Argentino.

SANTIAGO ESTRADA. (1835-1891). — Escritor y diplomático

OBRAS: *Viajes, Mtsclánea.*

JUICIO: "Su vida pública es un conjunto de trabajos útiles para su patria; su vida literaria es una gallarda muestra de un ingenio fecundo y poderoso; su vida privada, ejemplo vivo de lo que debe hacer el ciudadano leal a sus tradiciones, respetuoso con sus antepasados y pronto a esparcir donde puede el bien". — (*Manuel Tolsa Latour.*)

PEDRO MIGUEL OBLIGADO

19.

LA NUBE

Lo mismo que un ensueño, se alzó de un lago azul,
y se fué por los aires, como un ángel, al cielo.
Perdíase en la altura, cual irisado tul,
con su cuerpo de lágrimas y su ánima de vuelo . . .

Iba cambiando formas, como cambia una idea,
alegre de tan leve, ligera de tan pura;
entregándose al sol, alumbraba una aldea,
y a través de las noches, llevaba su blancura . . .

Era una nube extraña cual un recuerdo vago,
que había recorrido ya muchos horizontes
sin derramar sus aguas, siempre como un amago,
sobre los valles tiernos y los áridos montes.

El labrador al verla, decía:—"Es mi fortuna";
y el párroco del pueblo:—"Se ha cumplido un milagro".
Le cantaban los líricos seres de la laguna,
y la miraba ansiosamente, el ganado magro . . .

Pero ella proseguía cabalgando en los vientos,
ebria de azul espacio, como una vida bella . . .
Era un deseo informe de los campos sedientos:
pasaba, y los jardines suspiraban por ella . . .

Un día se detuvo, tal vez para pensar
si daría a una playa salobre su dulzura;
mas luego siguió andando, carabela en un mar,
como si fuera poca toda aquella amargura.

Por fin, en un desierto vió una tumba, una cruz
y un nombre; sólo un nombre que el tiempo obscurecía;
y empezó a desgarrarse su hondo seno de luz,
para vencer las sombras del pobre que dormía.

Y sacudió la tierra, sin despertar al muerto;
y se deshizo en llanto, cual fantástica viuda;
y derrochó el tesoro que tenía encubierto,
dándose en dulces besos, hasta quedar desnuda.

Y después, batió el vuelo. Parecía un alma sola.
Transparentaba estrellas: ya no era más que un tul
que se iba deshaciendo como débil ola.
Y al lado de la tumba, brotó una flor azul . . .

PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — Poeta contemporáneo. Nació en Buenos Aires.

OBRA: *Gris, El ala de sombra, El hilo de oro, El canto perdido.*

JUICIO: "No es el de Obligado un espíritu fuerte, ni es su poesía rotunda, sonora. Observador de las menudas cosas exteriores y de su propia vida interior, puede, en voz baja y en pocos versos, rimar sus emociones y decir su idealismo. Obligado está muy cerca de todos los poetas contemporáneos amantes de la niebla, de la tristeza, de la soledad silenciosa, de la calma. Finos espíritus, conocen el valor de las frases inconclusas, de las medias palabras nacidas como una queja o como un sollozo. Vive sus versos en delicadeza, en emoción, en bondad". — (*Julio Noé.*)

JOSÉ S. ALVAREZ (*Fray Mocho*)

20.

MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA

Cuando el hombre no reinaba todavía sobre todos los animales que pueblan la tierra, era el avestruz el rey de ésta, pues con su velocidad y su oído fino escapaba a las acechanzas del tigre — su rival, que le aguardaba oculto entre los pastizales hirsutos, — dominándole con su vuelo poderoso, que le permitía penetrar al monte enmarañado e ir a sorprender sus crías — arrebatándolas al celo de la madre — para elevarlas en los aires y estrellarlas sobre los raros pedregales de las abras medrosas.



El avestruz volaba entonces como un gavilán y nadaba como un pez; perdió estas facultades cuando, orgulloso de su dominio en los aires, en la tierra y en las aguas, quiso llegar hasta las nubes para verlas por detrás. Un rayo le quemó las alas y con ello le quitó no solamente el dominio de los aires, sino también el de las aguas, pues apenas le quedó la propiedad de nadar en línea recta — recurso extremo en caso de persecución excepcional — sin poder manejarse a voluntad.

En cada región tenía un rival temible: en la tierra el tigre, en el agua el sapo y en los aires el águila negra, habitadora silenciosa de la copa de los molles y coronillos. El sapo — que en el poema personifica la astucia — era el más grande cala-

vera de la región, y como cantor, guitarrero y divertido, su fama era tan universal como su suerte en lides amorosas.

Ya no eran sólo las ranas y renacuajos su prole conocida, sino que, sorprendiendo una siesta a la vieja del agua, libando las flores de un camalote, engendró en ella el bagre negro, que habita entre los charcos y lagunas, ufano de su origen; en una tararira, que jugueteaba entre un juncal naciente, tuvo al moncholo inquieto, y en la anguila, que vive en el cauce de los riachos sin corriente, la raya venenosa y agresiva.

Una noche sorprendió dormida una víbora de la cruz junto a un cañaveral donde acostumbraba a ocultar su ponzoña para bañarse y dió vida al escuerzo repugnante, y en otras víboras inofensivas engendró el lagarto y la lagartija, y en la de dos cabezas el camaleón de veneno letal.

Sus amores y sus riñas con hermanos y maridos ofendidos, forman en el poema un largo capítulo interesante, y cuando el avestruz conoció las perturbaciones que en el agua y en la tierra introducía su conducta desordenada, le declaró franca guerra de exterminio.

Apercibido el sapo de la merma que sufría su prole, buscó al avestruz y lo retó a duelo, mereciendo de éste una sonrisa de desprecio que le alcanzó al alma, si acaso la tenía.

—¿No quiere pelear? . . . ¡Pues le corro una carrera, entonces!

Nueva sonrisa del avestruz le valió la petulancia.

No obstante, tanto insistió y tanta propaganda hizo contra el rey de la tierra, que éste, como por ironía, le aceptó su desafío.

Correrían, en el primer día de la próxima primavera, un tiro de una legua en cierta llanura donde el avestruz acostumbraba ejercitarse de continuo: en la raya se pondría un

mortero, en cuya parte hueca se sentaría el ganador, bien que esto último no fuera condición obligatoria para el sapo, y como precio, arreglaron que si el avestruz triunfaba, el sapo sería su esclavo y le salvaría sus nidadas del latrocinio de los ratones que la perseguían, y si el sapo era el ganador, el avestruz no mataría ni comería jamás a ningún ser que llevara su sangre, pudiendo, no obstante, matar a cualquiera de los que admitieran sus requiebros y amoríos.

El sapo, llegando el día y lugar de la cita, fué a los pajonales, reunió un centenar de los suyos y dándoles sus instrucciones secretas, salió con ellos ocultamente, algunas noches antes del día fijado para la carrera que iba a decidir de su porvenir y del de su raza.

Llegó éste, hermoso y alegre como son en Entre Ríos los días primaverales, sorprendiendo ya en el punto de partida al sapo — ventrudo y pesado — que parecía contra su natural, ansioso y anhelante, contrastando con su esbelto rival, que con aire zumbón gambeteaba sobre el llano, luciendo la agilidad de sus músculos y la sutileza de su espíritu, inagotable para suministrarle formas de engaño con que burlar la expectativa de sus perseguidores o adversarios.

Dada la señal de que los rayeros — el meludo, símbolo de la justicia, por lo lento probablemente, y a tortuga, personificación de la perspicacia y la reflexión — estaban en su puesto así como el mortero que serviría de asiento al ganador, se largó la carrera, constatando el avestruz, con sorpresa creciente, que por más que acelerara su marcha, siempre saltaba delante suyo y a poca distancia, su ventrudo adversario.

Cuando llegó al mortero y se dejó caer pesadamente en el hueco que le servía de asiento y a cuya forma se adaptaba admirablemente su cuerpo, oyó que el sapo le gritaba desde el fondo:

—¡Cuidado, amigo. . . , mire que hay gente!

Con pesar reconoció el avestruz petulante su increíble derrota, y nunca sospechó que su adversario le había ganado con más ingenio que celeridad, pues había escalonado a lo largo del camino muchos de sus congéneres, que tenían por misión saltar delante del ágil adversario a medida que éste avanzara, ocultando dentro del mortero un su hermano, que más que sapo alguno se le parecía y que era habilísimo en parlamentos y discusiones.

El avestruz vencido juró respetar la prole de su vencedor y hacerla respetar de los suyos, y éste a su vez, por caballerosidad, ya que el contrario no le obligaba, prometió al avestruz cuidar sus nidadas, que el ratón — por otra parte su enemigo personal por cuestión de mujeres — perseguía encarnizado.

Desde entonces el avestruz no mata ni come sapos ni alimaña alguna que con éste tenga parentesco, ya sea legal o ilegal, y el sapo se hizo el guardián de las nidadas de aquél; y por eso, y no por glotonería ni por amor a las moscas, — que atraídas por el huevo que con el fin de reunir las, para alimento de los recientes polluelos, reserva siempre sin empollar el avestruz clueco — como algunos maliciosos suponen — fué que el sapo tomó sobre sí la odiosa comisión que ha cumplido tan fielmente.

Este odio tradicional, del cual el hombre se apoderó más tarde por la indiscreción de una araña charlatana, es el que ha servido al agricultor para defender sus trojes de la voracidad del astuto roedor: local donde se encierran sapos queda libre de ratones aun cuando contenga montañas de maíz fragante y tentador.

José S. ALVAREZ (*Fray Mocho*). (1858-1903). — Famoso periodista y escritor de costumbres populares.

OBRAS: *Cuentos de Fray Mocho, Memorias de un vigilante, En el mar austral, Viaje al país de los materos.*

JUICIO: "Como todos los artistas verdaderos, se ocupaba sólo en producir y esto de la única manera que podía hacerlo, mirando y pintando. Sus personajes no sólo hablaban como estamos habituados a oír hablar en nuestros campos, calles y casas, sino que sentían y concebían las cosas como las sienten y las conciben necesariamente, por educación, por herencia y por influencia del medio, los diversos tipos sociales de nuestro país". — (*Miguel Cané.*)

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

21.

LA FLOR DEL AIRE

Tiene la *flor del aire*, entre las avecillas nativas, una compañera, un ser como ella, blanco con su misma blancura y de plumaje suave como sus hojas. Llámánle en mi tierra *la monja*, porque siempre vive triste, piando tan bajo como si orase en secreto, y porque nunca se ha sabido de cierto el romance de sus amores ni de su nido; diríase que es también otro espíritu huérfano, errante, en busca de una redención prometida, o condenado a llorar por las selvas del mundo la perdida ventura. Ella no huye de los hombres sino cuando se acercan a tocarla, y entonces parece en su fuga una hoja seca, una pluma de cisne levantada por el aire pasajero. El alma de la gente montañesa es poética, sensible, y ha indagado la historia del pajarillo melancólico. Sabe ella que fué una joven enamorada de un imposible, de un caballero del bosque, de un Lohengrin de ignorado y quizá celestial origen; vivieron mucho tiempo solos, amándose y cantando juntos las canciones más apasionadas, pero de un amor ideal y místico que nunca debía convertirse en fuego de himeneo. Su idilio era, así, tan delicioso como íntimo; deslizábase a la orilla de las silenciosas vertientes, a la sombra de los aromos; alimentá-

banse de las plantas silvestres y bebían el licor de las flores en la hora del alba, cuando en el fondo de los cálices aparece depositado como en copitas de cristales de colores. Empezó un día el caballero a ponerse triste y pensativo. callaron en su garganta los cantares y una sombra tenaz obscurecía sus ojos transparentes. Y una tarde, fué en la primavera, mientras encima de una roca contemplaban el juego de las nubes alrededor del sol poniente, oyó el caballero misterioso una nota penetrante, como de música religiosa que brotase de un templo aéreo; sintió un mágico flúido correr por su sangre, y durante un breve sueño que nubló los ojos de la dulce amiga, convirtiéndose en un pájaro de pintadas plumas y emprendió el vuelo hacia donde parecía surgir la música extraña. . . . Despertó la virgen de su sueño, y viéndose sola, púsose a llorar desesperada, loca, delirante; luego corrió hasta el borde de los precipicios, hasta las cimas desde donde pudiese divisar horizontes remotos; llamaba, llamaba sin cesar, sin oír otra respuesta que la del eco burlón y cruel que la engañaba siempre, repitiéndole cien veces sus llamados quejumbrosos e inútiles. Cuando había pasado la noche, recorrido las cumbres, implorado a los astros y a los vientos, se sintió desfallecer, apagarse su voz, y como si se evaporase su carne de rosa entre los perfumes de la alborada, cayó su cuerpo extenuado sobre un tapiz de flores rústicas. . . . Y de allí surgió después una ave-cilla blanca como la virginidad, y ceñía su cuello impalpable una cinta negra, como símbolo de una eterna despedida. ¡Ah!, desde entonces vaga y vaga por todas las comarcas, asentándose en los árboles a mirar hacia el fondo de los llanos, sobre la flor de los empinados cardones que coronan las últimas rocas del cerro, y así vivirá sin término, hasta que, convertida en rayo de luz, se desvanezca en la irradiación del astro del día.

RAFAEL OBLIGADO

22.

UN CUENTO DE LAS OLAS

¿Quién no ha visto en las orillas
Del hermoso Paraná,
Esa banda, siempre verde,
Siempre móvil del juncal?

En las horas de la siesta,
Cuando todo duerme en paz,
En las cuerdas de esa lira
Van las olas a cantar.



Almas buenas y sencillas,
Venid todas, y escuchad
Lo que dicen esas olas
En el arpa del juncal.

Cuando el delta en muda calma
Bajo el sol de enero está,
Y el silencio es más sensible
Porque arrulla la torcaz,

Ellas cuentan una historia
Que repiten sin cesar,
Una historia en que hay un nido
Y un cantor del Paraná.

Sucedió que en varios juncos
Reunidos en un haz,
Con totoras y hojas secas
Hizo nido un cardenal.

¡Con qué orgullo miró el ave,
Bajo el sol primaveral,
Sobre el agua movediza
Columpiándose su hogar!

Una rama de un seíbo,
Inclinada hacia el raudal,
Le dió sombras, flores rojas...
Cuanto un árbol puede dar.

Y extendiendo hasta aquel nido
Largo vástago un rosal,
Fué en sus bordes la mejilla
De una rosa a reclinar.

¡Qué contenta estaba el ave!
¡Qué prodigio musical
Era entonces su garganta!
¡Qué inquietudes y que afán!

Pasó el tiempo. En el estío
Los polluelos no son ya
Tan pequeños y hasta suelen
Breves trinos ensayar.

Pero el río fué creciendo,
Fué creciendo más y más.

Y hubo un día en que una ola
Saltó al seno del hogar.

¡Qué aleteos bulliciosos
Les produjo el golpe audaz! . . .
Siempre ha sido de la infancia
Festejar la tempestad.

Recio viento de los llanos
Una tarde hirió la faz,
Con el choque de sus alas,
Del soberbio Paraná;

Y las olas, irritadas,
Empinándose a luchar,
En espuma convirtieron
Su serena majestad.

¡Cómo duermen los pequeños
Mientras brama el huracán
Y las ondas los salpican
Con su polvo de cristal!

Se vió el nido estremecerse,
Y a su empuje, vacilar,
Mas sus crestas no alcanzaron
A la altura del juncal.

Pues si el río fué creciendo
Cada día más y más,
Él también fué levantando
Sus varillas a la par,

Almas bucnas y sencillas
Que en la tierra hacéis hogar,
Elegidlo con la ciencia
Del pintado cardenal.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

23.

AUTOBIOGRAFÍA



Partiendo de la falda de los Andes nevados, he recorrido la tierra y remontado todas las pequeñas eminencias de mi patria.

No se describirá con menos frases vida más larga. He vivido en todas partes de la vida íntima de mis huéspedes y no como viajero. Dejo tras de mí un rastro duradero en la educación y columnas milia-rias en los edificios de escuelas que

marcarán en la América la ruta que seguí.

Híce la guerra a la barbarie y a los caudillos en nombre de ideas sanas y realizables, y, llamado a ejecutar mi programa, si bien todas las promesas no fueron cumplidas, avancé sobre todo lo conocido hasta aquí en esta parte de América.

He labrado, pues, como las orugas, mi tosco capullo, y, sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan.

Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía, de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé, y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé sólo a hurtadillas.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, (1811-1888). — Insigne maestro, escritor y hombre público.

OBRAS: *Recuerdos de provincia. Facundo. Conflictos y armonías de las razas, Argirópolis, Vida de Horacio Mann.*

JUICIO: "Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América, y en todo tiempo, y en todo lugar, hubiera tendido sus alas de cóndor y morado en las alturas. Nacido hace un siglo, hubiera sido una de las primeras figuras de nuestra emancipación política, al lado de Moreno y Rivadavia. Nacido en el primer año de la Revolución, ha sido el que vió más lejos en el porvenir los destinos de nuestra patria y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos. Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda. Escritor, orador, legislador, ministro, presidente, su labor ha sido vasta y continua. Fué apóstol y fué soldado". — (*Carlos Pellegrini.*)

ENRIQUE E. RIVAROLA

24.

A SARMIENTO

Duerme el atleta. Bajo el mármol sueña,
Que no descansa el luchador valiente;
Y plegada sobre él, madre doliente,
Cubre su cuerpo la argentina enseña.

Duerme el atleta. El ideal, diseña
Inmarcesibles glorias en su frente;
Sueña, y se ve tranquilo, omnipotente,
Cóndor andino sobre abrupta peña.

¡Allá arriba! ¡más alto todavía!
Donde tan sólo llega el pensamiento;
¡En la cumbre más áspera y bravía,

Glorifique la patria sus hazañas!
¡Que para alzar la estatua de Sarmiento
Hay que hacer pedestal con las montañas!

ENRIQUE E. RIVAROLA. — Poeta y prosista contemporáneo.
Nació en 1862.

OBRAS: *Primaverales, Nuevas hojas, Horas de emoción.*

CARLOS ORTIZ

25.

EL HUEVO



Fruto de amor, germen de vida: ¡huevo!
tú ocultas el renuevo
de otras generaciones;
bajo tu frágil cáscara se encierran
todas las esperanzas de la tierra
y el misterio de todas las creaciones.

Guardas la voz del porvenir obscuro;
en ti se halla escondida
la impenetrable esfinge del futuro;
y, ¡oh huevo!, perla de un amor salvaje,
esperas las tibiezas de un plumaje
para que un mundo en tu interior despierte,
para que vibre el himno de la vida
ante el inmenso asombro de la muerte.

CARLOS ORTIZ. (1870-1910). — Poeta y periodista.

OBRAS: *Rosas del crepúsculo*, *El poema de las mieses*, *Mensajes líricos*, *Cantos de amor, de esperanza y de duda*.

JUICIO: "La cualidad esencial del espíritu de Carlos Ortiz, lo que hace el mérito de sus composiciones, fué su sentimiento exquisito para vibrar al lenguaje inefable de las olas, del viento, de los bosques, de las voces misteriosas que cantan en el fondo de los valles y sobre las cimas de las montañas". — (*Leopoldo Díaz*.)

MARIANO A. PELLIZA

26.

LA VIDA DEL INDIO

En el verano elegían de preferencia la costa de los ríos y vivían de la pesca. En el otoño se reconcentraban hacia los bosques para cazar algunas aves u otros frutos espontáneos que la pródiga naturaleza les brindaba. Con el pescado hacían harina, pisándolo después de secarlo al sol; con el algarrobo, chicha, y de su broza una pasta alimenticia; ciertas raíces, como la mandioca, las cosechaban guardándolas para los cortos inviernos de la región tropical. El maíz que se cultivaba en ciertas regiones del Perú y el Paraguay daba la chicha y el mote o maíz cocido; con la carne de gama y venado hacían el charqui; después de la propagación de los ganados aprovechaban la carne de bagual con el mismo objeto.

No había otras bebidas espirituosas o fermentadas que las del algarrobo y el maíz, ni otros alimentos de naturaleza distinta que los enumerados, salvo las frutas de estación que se tomaban del árbol en la época de su madurez.

El indio, perezoso y haragán, sólo se movía para proporcionarse el alimento o cuando lo incitaban a la guerra. Su vestido formábalo alguna manta de lana de vicuña y cinturones flotantes de plumas de avestruz, llevando por lo general descubierta la cabeza. Las mujeres de las márgenes del Plata usaban mantas iguales a las de los hombres, y en las regiones cálidas cambiaban esa manta por camisas de algodón silvestre, hilado y tejido burdamente por ellas. Las tribus australes cazaban guanacos, y con las pieles reunidas por sutil

costura, formaban un cuadrado (quillango) con el cual, a guisa de capa, se abrigaban; el cabello engrasado, largo, suelto y cerdoso, lo sujetaban con una correa de piel de cualquier animal, y los pies los envolvían durante el invierno con un abultado tamango o sandalia de cuero lanudo. La morada del indio, el toldo, se formaba con cuatro palos enhorquillados, un travesaño que hacía de cumbreira y dos pieles o ramas de árbol que servían de techo y paredes. Como una muestra del estado moral del indio y del abatimiento de su razón, él no entraba a su vivienda de pie como el hombre que tiene conciencia de la superioridad de su estirpe, sino arrastrándose como la fiera para tenderse entre las basuras que le servían de lecho; sin tener idea del presente, sin recuerdos del pasado, sin proyectos ni esperanzas para el porvenir. El indio, frugal en su alimentación, no se mostraba sobrio ni templado por sistema.

MARIANO A. PELLIZA. (1837-1902). — Historiador, periodista y maestro.

OBRAS: *La dictadura de Rosas, Alberdi, su vida y sus escritos, Glorias argentinas, Criticas y bocetos históricos, Monteagudo, su vida y sus escritos, Córdoba histórica, Historia argentina.*

JUICIO: "Pocos escritores más fecundos y de más fácil trabajo intelectual que el señor Pelliza. Desde la poesía, que cultivó en su primera juventud, hasta la crítica, la novela y la historia, su pensamiento ha invadido todos los dominios intelectuales, mostrándose en ellos siempre despierto e investigador. Su estilo corriente, despojado de pretensiones y de galas prolijas, hace grata y atrayente la lectura de sus obras, y especialmente las históricas, que son a las que más tiempo y aptitudes ha consagrado su autor". — (*Martín García Mérou.*)

LUCIÓ V. MANSILLA

27.

DE CUANTOS MODOS CONVERSAN LOS INDIOS



Los indios ranqueles tienen tres modos y formas de conversar:

La conversación familiar.

La conversación en parlamento.

La conversación en junta.

La conversación familiar es como la nuestra, llana, fácil, sin ceremonias, sin figuras, con interrupciones del o de los interlocutores, animada, vehemente, según el tópico o las pasiones excitadas.

La conversación en parlamento está sujeta a ciertas reglas; es metódica, los interlocutores no pueden ni deben interrumpirse; es en forma de preguntas y respuestas. Tiene un tono, un compás determinado, su estribillo y actitudes académicas, por decirlo así.

El tono y el compás pueden sólo compararse a lo que en las festividades religiosas se canta con el nombre de villancico. Es algo cadencioso, uniforme, monótono, como el murmullo de la corriente del agua . . .

Hay oradores que se distinguen por su facundia; otros por su facilidad en dar vuelta una razón; éstos por la igualdad cronométrica de su dicción; aquéllos por la entonación cadenciosa; la generalidad, por el poder de sus pulmones para sostener, lo mismo que si fuera una nota de música, la sílaba que remata el discurso.

Mientras dos oradores parlamentan, los circunstantes les escuchan y atienden en el más profundo silencio, pesando el primer concepto o razón, comparándolo con el segundo, éste con el tercero, y así sucesivamente, aprobando o desaprobando con simples movimientos de cabeza. Terminado el parlamento, vienen los juicios y discusiones sobre las dotes de los que han sostenido el diálogo.

La conversación en parlamento tiene siempre un carácter oficial. Se la usa cuando se reciben visitas de etiqueta.

No hay idea de lo cómico y ceremoniosos que son estos bárbaros. Si el cacique recibe durante el día veinte capitanejos, con los veinte emplea las mismas formas; con los veinte cambia las mismas preguntas y respuestas, empezando por preguntarles por el abuelo, por el padre, por la abuela, por la madre, por los hijos, por todos los deudos, en fin. Después de esta serie de preguntas sacramentales, inevitables, infalibles, vienen otras de un orden secundario, que completan el ritual, referentes a las novedades ocurridas en los campos y en la marcha, haciendo siempre los caballos un papel principal.

Los indios se ocupan de éstos a propósito de todo. Para ellos los caballos son lo que para nuestros comerciantes el precio de los fondos públicos. Tener muchos y buenos caballos, es como entre nosotros tener muchas y buenas fincas. La importancia de un indio se mide por el número y calidad de sus caballos.

Un indio, cuando va de visita con el objeto de pedir algo, no descubre su pensamiento a dos tirones. Saluda, averigua todo cuanto puede serle agradable al dueño de casa, devolviendo los cumplimientos con cumplimientos, las ofertas y promesas con ofertas y promesas; se despide; parece que va

a irse sin pedir nada; pero en el último momento desembucha su entripado, y no de golpe, sino poco a poco. Primero pedirá yerba. ¿Se la dan? Pedirá azúcar. ¿Se la dan? Pedirá tabaco. ¿Se lo dan? Pedirá papel. Y mientras le vayan concediendo o dando, habrá pedido lo que fué buscando, que era aguardiente. El golpe de gracia viene entonces; pide por fin lo que más le interesa, y si se lo niegan, contestará: “No dando lo más, pero dando aguardiente”.

Esta táctica socarrona no la emplea el indio solamente en sus relaciones con los cristianos. Disimulado y desconfiado por carácter y por educación, así procede en todas las circunstancias de su vida. Tiene mil reservas en todo y mil cosas reservadas. No hay indio que no sea poseedor de uno o unos cuantos secretos, sin importancia, quizá, pero que no descubrirá sino por interés. Este conocé él solo una laguna, aquél un médano, el otro una cañada; éste una yerba medicinal, aquél un pasto venenoso, el otro una senda extraviada por el bosque. Y así dicen, no como los cristianos: “Yo conozco una laguna, una yerba, una senda que nadie conoce”, sino: “Yo tengo una laguna, una yerba, una senda que nadie conoce, que nadie ha visto, por donde nadie ha andado”.

Me falta decir lo que es la conversación en junta.

Es un acto muy grave y muy solemne. Es una cosa muy parecida al parlamento de un pueblo libre, a nuestro Congreso, por ejemplo.

Reúnese ella; nómbrese un orador, una especie de miembro informante, que expone y defiende contra uno, contra dos, o contra más, ciertas y determinadas proposiciones. El que quiere le ayuda.

El miembro informante suele ser el cacique. El discurso

se lleva estudiado, y el tono y las formas son semejantes al tono y las formas de la conversación en parlamento, con la diferencia que en la junta se admiten las interrupciones, los silbidos, los gritos, las burlas de todo género. Hay juntas muy ruidosas, pero todas, excepto algunas memorables que acabaron a capazos, tienen el mismo desenlace. Después de mucho hablar, triunfa la mayoría aunque no tenga razón. Y aquí es el caso de hacer notar que el resultado de una junta se sabe siempre de antemano, porque el cacique principal tiene siempre buen cuidado de catequizar con tiempo a los indios capitanejos más influyentes en la tribu.

Todo lo cual prueba que la máquina constitucional llamada por la libertad Poder Legislativo, no es una invención moderna extraordinaria; que en algo nos parecemos a los indios, o, como diría Fray Gerundio, que en todas partes se cuecen habas.

(Abreviado).

LUCIO V. MANSILLA. (... - 1913). — Escritor y militar.

OBRAS: *Una excursión a los indios ranqueles*, *Retratos y recuerdos*, *Entre-nos*, *Rosas*.

JUICIO: "Hay en el conversador abundante que era Mansilla algo que no es mero humo, algo que merece persistir: un talento indudable de narrador y un buen escritor, siempre ameno e interesantísimo". — (*Alberto Palcos*.)



RICARDO ROJAS

28.

ROMANCE DE AUSENCIA

Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
he visto árboles gloriosos
en otras tierras lejanas,
pero ninguno tan bello
como esos de mi montaña.
Cantando fuí, peregrino,
por exóticas comarcas,
y ni en los pinos de Roma
ni en las encinas de Francia,
hallé ese dulce misterio
que sazona la nostalgia.
Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...
Mística unción del recuerdo
que me estremeces el alma,
trayéndome desde lejos,
como en sutil brisa alada,
un arrullar de palomas
cuando el crepúsculo avanza;
un aromar de poleos

cuando el viento se levanta;
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...
y en el silencio nocturno
un triste son de vidalas.
Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...
¡Ay, cuándo volveré a verte,
rústico hogar de mi patria!
Ser quiero yo tu hijo pródigo
que torna a la vieja estancia,
por merendar las colmenas
en tu quebracho enjambradas.
¡Ya en los manjares del mun-
probé las heces amargas! [da
¡Ya en la orgullosa melena
me van pintando las canas!
Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

JOSÉ MANUEL EIZAGUIRRE

29.

LOS ELEGANTES EN LAS ALDEAS DE LA COLONIA

La escasez en todo lo relativo a los trajes durante el régimen colonial, fué en muchos casos extrema, sobre todo en la región argentina. En los pueblos del Pacífico tenían más riquezas, no solamente por la cantidad de metales y minas que encontraron los conquistadores, sino también porque allá estaban todas las corrientes del comercio y los indígenas habían alcanzado grandes adelantos en la industria de los tejidos.



En algunas regiones argentinas más próximas a los distritos mineros del Perú y del Alto Perú, los peninsulares gastaron en realidad un lujo extraordinario; pero en las ciudades del litoral, si no faltó todo, sintieron en muchas épocas escasez. Lo más caro siempre fué el artículo destinado a los vestidos. Desde luego no hubo lujo, ni se conocieron las pintorescas solemnidades, comunes desde un principio en Lima.

Los hombres mejor provistos de trajes en el Río de la Plata fueron aquellos que vinieron en la expedición de don Pedro de Mendoza, en 1536. El maestre de campo don Juan Osorio, hermoso joven con el prestigio de un valor probado, cuando lo ejecutaron — diríamos mejor “asesinaron” — en

Río de Janeiro el 3 de diciembre de 1535, por orden del Adelantado Mendoza, estaba vestido "con calzas y jubón de raso blanco, colete requemado con cordones de seda, gorra de terciopelo y camisa labrada con hilo de oro".

El episodio del asesinato se desarrolló así: Ayolas lo condujo preso a la tienda del Adelantado y, sacándole una daga que Osorio llevaba, le dió de puñaladas, de acuerdo con la sentencia que había firmado Mendoza, "hasta que el alma le saliera de las carnes".

Tanto los capitanes como los soldados que quedaron en la región argentina, de esta y otras expediciones, tuvieron que sufrir las consecuencias de su aislamiento. El Atlántico estaba cerrado para ellos, la tierra era pobre y los indios, excepción hecha de la caza y de la pesca, no tenían otros recursos ni mayores habilidades.

Entre muchos documentos de la época se conocen cartas de hombres y de mujeres, con relaciones circunstanciadas de lo que habían sufrido por carecer de ropas y otras cosas necesarias en la vida civilizada. Por no tener navajas ni tijeras, los españoles usaron el pelo largo y lo mismo las barbas, y no era pequeño el inconveniente que les resultaba por no tener peines.

Las mujeres, para cuidar la escasa ropa, tuvieron que emplear tejidos de palma, y la imaginación, sin tender vuelos fantásticos, puede reconstruir aquellos cuadros. Siglo y medio después (1690), aunque las provisiones no eran muy notables, la gente distinguida gozaba de relativas comodidades. La falta de numerario autorizó el pago de tributos en frutos y artículos de la tierra, y acaso a esa circunstancia se debió también un relativo progreso en la fabricación de telas de algodón que eran las que servían para los trajes y vestidos.

Los elegantes eran los funcionarios de la administración, y éstos se revelaban celosos por sus exterioridades de señorío. Si un pobre de la época (siglos XVII y XVIII), hubiese salido con trajes como los que usaban “los señores de la nobleza” — así rezan las crónicas, — lo habrían desnudado en las calles y, por imprudente audacia, habría sufrido también una prisión. Podríamos citar casos muy curiosos: ruidosas sesiones capitulares en las que se dictaron prohibiciones de carácter personal para hombres y mujeres que vestían trajes de seda “sin poderlo hacer por ser indios o mulatos”.

Los trajes que llevaban los elegantes eran diferentes, según el carácter de las funciones oficiales o recepciones; en la vida ordinaria usaban todos vestidos humildes, generalmente casacas y calzones largos de algodón y birretes de la misma tela.

Los sombreros de fieltro o castor usados en los dos siglos XVII y XVIII eran, generalmente, blancos, y en el sitio donde se colocaba la cinta o el cordón, llevaban una guarnición de hilo de oro o de plata. Cuando salían con capas, los peninsulares, a diferencia de la moda en España, llevaban — dice Ulloa — “una casaca larga, hasta las rodillas, con manga ajustada, abierta por los costados, sin pliegues y llena por todas las costuras del cuerpo y mangas de ojales y botones a dos bandas, que les servían de adorno”.

La gente del pueblo, en vez de sombrero usaba un pañuelo de algodón. Esta costumbre se observa todavía en algunas aldeas españolas.

En cuanto a las mujeres, léase lo que al respecto dice el mismo autorizado viajero que hemos nombrado, quien conoció todas las ciudades americanas del siglo XVIII.

“El vestuario que usan las señoras de distinción — habla

de una rica ciudad del Pacífico, — consiste en un *Faldellín*; en lo superior del cuerpo la camisa y tal vez un jubón de encaje desabrochado y un *rebozo de Balleta* que lo tapa todo y no tiene otra circunstancia que vara y media de esta tela en la cual se lían sin otra hechura que como se cortó de la pieza. Gastan muchos encajes en todas sus vestiduras y telas costosas en los adornos o guarniciones de las que tienen de lucimiento. El peinado que acostumbran es en trenzas, de las cuales forman una especie de rodete, haciendo cruzado con ellas en la parte posterior y baja de la cabeza; después de dos vueltas con una cinta de tela, que llaman *Balaca*, alrededor de ella por las sienes, formando un lazo de sus puntas en uno de los lados, el cual acompañan con *diamantes y Flores*. y queda muy airoso el tocado. Usan de manto algunas veces para ir a la Iglesia y basquiña redonda, aunque lo más regular es ir con *Rebozo*".

Los indios, indias y mestizos que tenían algunos recursos, además de sus vestidos, "aumentaban el señorío con el calzado", lo que no era muy común porque éste era bastante caro y los zapateros, generalmente, viciosos, dándose casos de que funcionarios de la colonia encerraron en una pieza al obrero y lo trataran a pan y agua hasta que diera término a un par de zapatos que le habían encargado.

En el siglo XIX la revolución emancipadora en el Virreinato determinó en las altas clases pocas variaciones a este respecto: pero uno de los que conservaron el esmero colonial en su vestir fué don Bernardino Rivadavia, de quien, recordando algunos datos apuntados por Moreno, dice don Vicente Fidel López:

"El señor Rivadavia vestía correctamente y con esmero. La casaca redonda y el espadín del traje de etiqueta oficial que de diario llevaba cuando ejercía algún puesto público,

el calzón tomado con hebillas y la media de seda negra, ponían en evidencia la escasísima armonía de la figura, sin que él lo tomara en cuenta, porque vestía con más arreglo a su decoro que a su persona”.

JOSÉ MANUEL EIZAGUIRRE. — Historiador y periodista contemporáneo.

OBRAS: *Cómo se formó el país argentino, Páginas argentinas ilustradas.*

ESTEBAN ECHEVERRÍA

30.

GLORIA Y REPUTACIÓN

Hay grande diferencia entre *gloria* y *reputación*. El que quiere reputación, la consigue. Ella se encuentra en un título, en un grado, en un empleo, en un poco de oro, en un vaivén del acaso, en aventuras personales, en la lengua de los amigos y de la lisonja rastrera.

La reputación es el humo que ambicionan las almas mezquinas y los hombres descorazonados.

Pero la reputación va a parar a menudo en un mismo féretro con el que la poseyó, y en un día se convierte en humo, polvo y nada. En vano grabará la vanidad sobre la lápida que la cubre un *nombre*. Ese nombre nadie lo conoce, es un enigma que nadie lo entiende, es algo que fué y dejó de ser, como cualquier animal o planta; sin que se sepa para qué lo vació Dios en el molde del hombre y estampó en su frente la dignidad de la razón y la inteligencia.

La gloria es distinta. La gloria es como planta perenne.



cuyo verdor nunca amarillea. La gloria echa raíces tan profundas que llegan al corazón de la tierra, y se levanta a las nubes, incontrastable como el cedro del Líbano.

La gloria prende y se arraiga en todos los corazones: la gloria es el himno perpetuo de alabanza que consagra un pueblo a la humanidad reconocida al ingenio, a la virtud y al heroísmo.

La gloria es la riqueza del grande hombre, adquirida con el sudor de su rostro.

Grande hombre es aquel que, conociendo las necesidades de su tiempo, de su siglo, de su país, y confiando en su fortaleza, se adelanta a satisfacerla; y a fuerza de tesón y sacrificios, se labra con la espada o la pluma, el pensamiento o la acción, un trono en el corazón de sus conciudadanos o de la humanidad.

Grande hombre es aquel cuya vida es una serie de hechos y triunfos, de ilusiones y desengaños, de agonías y deleites inefables, por alcanzar el alto Bien prometido a sus esperanzas.

Grande hombre es aquel cuya personalidad es tan vasta, tan intensa y activa, que abraza en su esfera todas las personalidades humanas, y encierra en sí mismo — en su corazón y cabeza — todos los gérmenes para levantarse y descollar sobre todos por la omnipotencia de su genio.

El grande hombre puede ser guerrero, estadista, legislador, filósofo poeta, hombre científico.

Sólo el genio es supremo después de Dios. La supremacía del genio constituye su gloria y el apoteosis de la razón. El genio es la razón por excelencia.

Toda otra supremacía no es más que vanidad pueril, ignorancia de seso. Pero desde la altura donde el genio se sienta como soberano, hasta la más ínfima grada de la sociedad, hay

mil escalones donde pueden colocarse otras tantas glorias también legítimas, pero más humildes; hay mil lugares para el hombre de mérito; mil lauros que pueden ambicionar la capacidad, la virtud y el heroísmo, con tal que marchen por la senda del honor y lleven siempre al frente de sus pretensiones el título legítimo que las sanciona.

Ambición legítima es aquella que se ajusta a la ley, y marcha a sus fines por la senda que ella traza. Toda otra ambición no es más que el frenesí de las más innobles pasiones, cubierto con la máscara del verdadero mérito.

El que se siente capaz de hacer una cosa, de llevar a cabo una grande empresa, de ocupar un puesto elevado, de ambicionarlo: pero sin hollar la ley ni la justicia, ni emplear los medios reservados a la incapacidad y la malicia.

La astucia es un instinto animal que poseen en alto grado los hombres que carecen de inteligencia, y el cual emplean sin rubor para llegar a sus depravados fines.

La virtud y la capacidad marchan a cara descubierta: la hipocresía y la estupidez se la cubren.

No hay gloria individual legítima sin estas condiciones.

ESTEBAN ECHEVERRÍA. (1805-1851). — Célebre poeta, sociólogo y político. Vivió en Francia desde 1825 hasta 1830, completando allá sus estudios. Vuelto a Buenos Aires, emigró en 1840 a Montevideo, donde falleció.

OBRA: *Consuelos, Rimas, Dogma socialista*. Su poema más famoso es *La Cautiva*.

JUICIO: "Sus composiciones líricas, sus poemas, sus escritos en prosa fueron leídos con avidez en los tiempos ya lejanos en que inició lo que puede llamarse el movimiento revolucionario de nuestra literatura. Conviene que la generación joven se familiarice con aquel noble y vigoroso espíritu que condensaba, por decirlo así, todas las nociones de la ciencia social en la época en que vivió y que supo abrir al arte anchos y nuevos caminos por los cuales hallaron nuestros poetas un mundo entero de bellezas desconocidas. Echeverría era un hombre reflexivo, estudioso, inspirado, amante de su patria". — (*Pedro Goyena*.)



OLEGARIO V. ANDRADE

31.

EL FERROCARRIL

Lanza a los vientos su pendón de fuego,
rasga los aires su silbido agudo;
su aliento de humo es el fecundo riego
que anima el seno del desierto mudo.

¡Miradlo: es el guerrero del presente,
el genio armado de la nueva idea;
la ley del porvenir brilla en su frente
y su penacho de vapor ondea!

¡Miradlo: va tragando las distancias;
parece apenas que la tierra toca;
y, devorado por febriles ansias,
nubes vomita por su ardiente boca!

¡Miradlo: es el centauro del progreso,
es el audaz conquistador moderno;
está de sangre su pendón ileso,
su gloria brilla con fulgor eterno!

¡La barbarie se esconde amedrentada
al divisar su enseña brilladora,
como las sombras de la noche alada
al centellear un rayo de la aurora!

¡Los tiempos del futuro que dormitan
del desierto en las vírgenes entrañas,
a su acento despiertan y palpitan
cual palpita el volcán en las montañas!

¡Es del progreso la primera aurora
que irradia en esta tierra bendecida,
en esta tierra, siempre vencedora,
en esta tierra, hidrópica de vida!

¡Es el acento de la audacia humana
que crece, se duplica, se agiganta;
que pone de la vida en la mañana
las alas del relámpago a su planta!

OLEGARIO V. ANDRADE. (1838-1884). — Célebre poeta; fué, además, periodista y político.

OBRAS: *Atlántida*, *Prometeo*, *El nido de cóndores*, *San Martín*, *Canto a Víctor Hugo*, *El arpa perdida*, (poemas).

JUICIO: "Para Andrade, la visión poética del mundo parece que se produjera, como para Víctor Hugo, a través de un lente convexo que engrandece los objetos hasta deformarlos. Andrade no pinta bien sino lo grandioso y colosal, así en el mundo sensible como en el de las ideas y sentimientos. Pide sus imágenes favoritas al mar, a la montaña, al huracán, al cóndor de los Andes, a los cataclismos volcánicos o siderales; así como en el batallar de las pasiones prefiere cantar el heroísmo, el entusiasmo, el orgullo titánico, el odio inflexible, las acres voluptuosidades del martirio; en fin: las sensaciones extremas en su violento paroxismo".—(*Pablo Groussac*.)

A. REYNAL O'CONNOR

32.

EL COLONO

Como esas nubes gigantescas, de bordes iluminados, que llenan el cielo tropical, se destaca en la soledad infinita, dorada por la mies, la valiente silueta del colono. Llegado después del gaucho, el ovejero (¡nada de pastor!) y el chacarero, es el primer obrero de nuestra civilización, si queremos entender por tal lo que es: trabajo, industria, comercio, producción, para independizar al hombre y libertar al pueblo, haciéndolo próspero y feliz. Hasta hace pocos años comíamos pan, porque Chile nos enviaba su harina, y hoy, después de bastarnos a nosotros mismos, exportamos un saldo de tres mil millones de kilos de trigo solamente, que importan 170.000.000 de pesos.

El último venido es el primero de los contemporáneos, si se ha de medir al hombre por su fuerza, valor y producción. ¡Salud, vencedor del desierto, columna de la República! ¡Si se reconocerán tus esfuerzos, si tendrás la gratitud del porvenir! . . .

Italiano, francés, ruso, alemán, suizo o escandinavo, son iguales en Pigüé, Esperanza o Caseros, para probar que las ideas y sentimientos no tienen nacionalidad cuando nos impulsan a un fin común. Ha olvidado a su patria y no piensa verla aunque un ciclón arrase su tienda. Su nueva comarca le es también indiferente; nada le importa que sea la cuna de sus hijos; lo que él ama sobre todo y sobre todos los dones, por una salvaje idea de la vida, es la libertad. ¡La libertad! ¡Dónde hallarla? . . .

Esta obsesión del patriotismo, por uno de esos ideales fantásticos, crea este tipo enérgico que, instintivamente, es un misántropo, demostrándose así cómo entran los degenerados en la columna universal del progreso moderno. Originarios siempre de algún rincón oscuro del Piamonte, Odessa, Bavaria o Pau, fueron, indistintamente, médicos, maestros, estudiantes, industriales, obreros, proletarios, traperos, buhoneros, todo, todo, menos vagabundos. De repente, su esposa lo nota meditabundo. No le extraña, porque está acostumbrada a estas depresiones de su carácter. Continúa callado, triste, hasta abandonar el trabajo.

—¡Aquí no se gana nada! — dícele al fin. — Siempre viviremos míseros y avergonzados ante todos. Vámonos lejos, que seremos ricos y libres: ¡el corazón me lo dice!

—¿Dónde iremos? — le interrumpe la mujer, que teme nuevos riesgos con sus hijos.

—Hay en Sud América un país llamado la Argentina; tiene llanuras, desiertos, y la tierra es fértil y barata. . .

Toma el silencio de su cara mitad por asentimiento, su rostro se ilumina, y un buen día se aparece en Marsella, a la radiante luz del sol, embarcándose con su familia y baúles en uno de los tantos piróscafos que hacen la carrera a nuestro puerto. La Capital lo aplasta, porque ha visto maravillas en Europa. Ansía el desierto, y mientras se traslada a los confines de la provincia de Buenos Aires, Santa Fe o Entre Ríos, merodea por los alrededores y se contenta con henchar sus pulmones con las ráfagas de la pampa. Siéntese prepotente — capaz de dominarlo, — y está desesperado por pisar su hierba y fecundarlo con su sudor.

BERNARDINO RIVADAVIA

83.

TEXTO DE LA NOTA ENVIADA AL CONGRESO
HACIENDO RENUNCIA DEL CARGO
DE PRESIDENTE



Conciudadanos: Cuando fuí llamado a la primera magistratura de la Nación por el voto libre de sus representantes, me resigné a hacer un sacrificio muy penoso para un hombre que conocía demasiado los obstáculos que en momentos tan difíciles quitan toda ilusión al poder y más bien inducen a alejarse de la dirección de los negocios públicos. Entré con resolución en la nueva ca-

rrera que me designaba el voto público; y si no me ha sido posible vencer las dificultades inmensas que se han presentado a cada paso, tengo al menos la satisfacción de haber hecho los esfuerzos posibles para llenar mis deberes con dignidad. Rodeado sin cesar de obstáculos, y de oposiciones de todo género, he proporcionado a la patria, hasta el último momento, el honor y la dignidad de la Nación. Mi celo para consagrarme sin reserva a su servicio es hoy el mismo que en el primer día que me encargué de presidirla. Pero, desgraciadamente, dificultades de nuevo género, que no me había sido posible prever, han llegado a convencerme que mis servicios no pueden ya serle útiles. Cualquier sacrificio por mi parte sería infructuoso. En esta convicción, debo renunciar el po-

der, como lo hago desde este momento, deponiéndolo en el seno del cuerpo nacional de quien recibí aquel depósito. Me es penoso no poder exponer a la faz del mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolución; pero tengo al menos la certidumbre que ellos son bien conocidos de la representación nacional. Puede ser que hoy no se haga justicia a la nobleza y sinceridad de mis sentimientos; pero *la espero algún día de la posteridad: la historia me hará justicia.*

Al descender del puesto elevado donde me habían colocado los sufragios de los representantes, debo manifestarles mi profundo reconocimiento, no tanto por la alta confianza con que me honraron, sino también por el celo constante y patriótico con que han sostenido mis débiles esfuerzos para conservar hasta ahora sin mancha el honor y la gloria de nuestra República. Me atrevo ahora a recomendarles provean prontamente al nombramiento de la persona a quien debo hacer entrega de una autoridad que no puede permanecer más largo tiempo en mis manos. El estado de los negocios públicos lo exige imperiosamente: y éste será un nuevo motivo de gratitud hacia los dignos representantes, a quienes les ofrezco los sentimientos de mi alta consideración y respeto.

BERNARDINO RIVADAVIA. (1780-1845). — Patriota y estadista insigne.

JUICIO: "Rivadavia hizo el bien obedeciendo a las inspiraciones de su genio previsor y a los impulsos generosos de su naturaleza expansiva, y como aquel legislador de la antigüedad que hizo jurar a sus conciudadanos guardar sus leyes hasta que se reuniesen todos los miembros de su cuerpo, y se hizo dividir en pedazos para hacerlas eternas, Rivadavia nos ha dejado un pedazo de su corazón en cada una de sus instituciones, a fin de inmortalizar en ellas su amor a Buenos Aires. Su corazón ha sido siempre nuestro". — (B. Mitre.)

DOMINGO MARTINTO.

34.

EN EL HOGAR
(FRAGMENTO)

En el fondo de antigua chimenea
entre rojas y azules llamaradas,
el negro trozo de carbón chispea,
y de su luz los rayos inseguros,
al desplegar las alas encantadas,
lucha y oscilan en los blancos muros.

En un rincón tranquilo de la pieza,
sobre una piel de tigre acurrucado
y hundida en la penumbra la cabeza,
duerme mi perro fiel, el noble amigo
que, en otras partes, encontré a mi lado
pronto a gozar o a padecer conmigo.

Fuera, la lluvia, con furor, azota
el cerrado cristal de la ventana,
y en su murmullo, el inconstante viento,
en una triste y quejumbrosa nota,
de la arboleda o de la mar lejana
traer parece el inmortal lamento.

Junto al fuego sentado, con el brío
y el entusiasmo de la edad primera,
yo dejo errar el pensamiento mío
a los caprichos de cualquier quimera;

Y enjambres de doradas mariposas,
que a los rayos de un sol de primavera
en torno giran de las frescas rosas,
los dulces ensueños de mi amor de niño
vuelven, como antes, a cercar mi vida,
y otra vez en mi alma entristecida
se abre la flor de mi primer cariño.

¡No la véis? . . . ¡Es mi madre! Sonriente,
sentada al borde de mi tierna cuna,
próspera y grande sueña mi fortuna
y el labio imprime en mi dormida frente;
y luego, al verme despertar, su canto,
une, feliz, a la oración sencilla,
y en su semblante candoroso brilla
de su ternura el inefable llanto.

¡Cuadro de amor y de virtudes! ¡Bastas
para llenar mi corazón entero!
Mas, cuando las aves en el roto alero,
otras visiones, como aquéllas, castas,
también se albergan en la mente mía,
y cuando el labio con afán las nombra,
cantando salen a la luz del día.

La vieja, rota y desteñida alfombra
donde rodaba, en inocente juego,
bajo el ombú, de centenaria sombra,
o donde acaso, en mi infantil locura,
soñé, ofuscado por orgullo ciego,
alzar babeles y escalar la altura:

El mueblaje, el retrato suspendido
de la vieja pared; el alfabeto
con balbuciente rapidez leído;
todos son trozos de mi pobre historia,
y a todo está mi corazón sujeto
por algún hilo de feliz memoria.

Aquí no llega del combate humano
el grito de dolor o de victoria
que lanza el hombre al agitarse en vano.
Todo la paz de la virtud respira,
todo al inquieto corazón serena,
y el alma libre, cual gigante lira,
a cada soplo del recuerdo suena.

¡Aun no concibo cómo pude, lleno
de engañosa ambición, dejar un día
paterna casa, tu inviolado seno,
de tus amores el calor fecundo,
y todo cuanto en la niñez me hacía
amar a Dios y bendecir el mundo!

DOMINGO MARTINTO. — Poeta lírico. Floreció a fines del siglo pasado.

OBRAS: *Poesías* (un tomo).

JUICIO: "Las cualidades de Martinto brillan, sobre todo, en *El Hogar*, cuadro admirablemente dibujado, lleno de intención y de colorido, de gracia ligera y penetrante melancolía. Esa composición resume todas sus amables dotes de poeta, las condensa y las presenta en un conjunto encantador". — (*Martín García Mérou.*)

GODOFREDO DAIREAUX

35.

UN MAGO PODEROSO

La Argentina lamentaba que sus hermosos y extensos dominios estuviesen desiertos. Comprendía que sus mayores enemigos no eran los lejanos vecinos que pudiese tener, más o menos ambiciosos y codiciosos de su magnífica herencia, sino la misma inmensidad de su territorio y el misterio de su soledad.

Sabía que sus pampas, desnudas y tristes, podrían mantener innumerables rebaños y producir trigo para la humanidad entera; que sus costas, sin mayores dificultades, ofrecerían puertos excelentes, y muchos, como para abrigar las naves de todas las naciones del orbe; que sus ríos eran de los más caudalosos de la tierra, bañando tierras de los más variados climas; que sus montañas encerraban tesoros capaces, algún día, de hacer palidecer los de Aladino; que sus selvas eran la última reserva para las necesidades siempre crecientes del hombre, y que mil riquezas insospechadas aún dormían en su suelo y dormirían, probablemente, hasta que las viniera a despertar algún mago con su vara.

Habían llegado a sus playas hombres ricos y hombres ilustrados, y también aventureros, a quienes había abierto de par en par sus hospitalarias puertas, esperanzada en que quizá alguno de ellos sería el deseado Mesías de su prosperidad, el revelador de su latente opulencia; pero ninguno había sabido, querido o podido acertar con el medio de ponerla verdaderamente en situación de sacar de sus bienes los debidos

frutos. Unos, estrechamente ávidos, habían sacado de las haciendas que poblaban sus campos apenas algunas onzas de oro, desperdiciando tontamente tesoros de incalculable valor; otros se habían contentado con ponderar platónicamente en sus escritos la inmensidad de su territorio, la variedad de sus productos, la suavidad de su clima; aquéllos le habían prestado dinero a alto interés, sin enseñarle cómo lo debía aprovechar, y casi, por su usura, la habían arruinado. Y la Argentina, encerrada en el miserable rancho que soñaba convertir en palacio, desconsolada ya de tantas ilusiones perdidas, miró hacia el puerto y vió que se acercaba un barco. ¿Traería por fin al emisario milagroso de cuyos esfuerzos esperaba la grandeza de su nombre y el afianzamiento de su poderío? ¿O sería otro parásito inútil o nocivo?

Pronto se le presentó el pasajero; habían sido breves para él las formalidades de aduana, pues no traía más, por todo equipaje, que una bolsa llena de ropa remendada, que él torpes, tenía las manos sucias; en el pelo y la barba, largos y sin peinar, habían quedado briznas de la paja en la cual, a mismo llevaba al hombro. Su aspecto era tosco, sus modales bordo, había dormido durante un mes.

Despedía toda su persona un olor a tabaco y cebolla bastante repugnante, y su indumentaria, más que modesta, compuesta de un pantalón de gambrona y del saco que llevaba terciado, de una camisa de color, de un sombrero grasiento y deshecho y de broganes gruesos, demostraba una posición social de lo más humilde.

En un idioma difícil de entender, aunque parecido al castellano, explicó que traía de Europa civilización y riqueza; y si, en el primer momento, no había dejado de asustarse a su vista la Argentina, cuando le oyó hablar así, pensó que era

loco de atar. Siempre había creído ella que la civilización usaba frac y que sólo las libras esterlinas eran señal de riqueza.

¿Cómo las iba a traer ese pobre, haraposos y sin lavar?

Iba a hacerlo echar de su presencia, cuando con un gesto la detuvo, diciendo:

—“Me llamo el Inmigrante; mi ciencia es nula, no traigo oro, pero tengo mucha hambre y vengo a pedir a tu suelo el medio de saciarla. En cambio enseñaré a tus hijos a remover la tierra.

—“¿Nada más?

—“¿Te parece poco?”

Eso de remover la tierra para arrancarle el alimento que tan abundante daban las haciendas que en ella pacían, casi le parecía a la Argentina pena inútil y trabajo deprimente. ¿Para qué agachar el lomo en rudas tareas, cuando con el lazo, montados en rápido corcel, sus hijos hallaban cómo llenar con holgura todas sus necesidades?

Asimismo, hospitalaria y generosa como era, no podía negar al desgraciado lo que le pedía, aunque tuviese que ser como lo pensaba, sin provecho para él ni para ella de ninguna clase, y dejó que, alrededor de la ciudad, el Inmigrante cultivase la tierra con herramientas primitivas. Este empezó su tarea, y pronto en la ciudad, donde hasta entonces sólo se había comido carne, se supo lo que era verdura.

Agachado siempre, se internó el hombre, poco a poco, en el campo, removiendo el suelo y cultivándolo; sembró pastos, sembró trigos, sembró maíz; hubo carne gorda y caballos fuertes, hubo pan y frutas.

La libra esterlina, en busca de provechosa ocupación, consiguió de la Argentina permiso para construir ferrocarriles; pero no podía sola remover la tierra de los terraplenes y colocar rieles, y solicitó la ayuda del Inmigrante. Con su pala,

éste hizo el trabajo, abriendo las grandes y numerosas vías de comunicación que debían fomentar en todas las regiones de la Argentina el progreso y la riqueza. Pronto hubo que cavar puertos y edificar ciudades; y sin el esfuerzo del Inmigrante, ¿quién lo hubiese hecho? Él lo hizo todo; cortó ladrillos y cavó los diques, edificó las casas, adoquinó las calles y construyó las cloacas, arregló los jardines. Para todo lo que le pedían, ahí estaba siempre listo para cualquier trabajo que le mandaran, dispuesto siempre a agachar el lomo y a remover la tierra.

En todas partes estaba: de la Pampa hizo el granero mundial, fecundando hasta sus arenales; derribó los árboles seculares del Chaco, para entregarlos a la industria; cavó canales y acequias en las regiones áridas para fertilizarlas; arrancó de las rocas, en la cordillera, los minerales escondidos.

El esfuerzo de su brazo, continuo y múltiple, había transformado en pocos años el aspecto primitivo de los dominios de la Argentina. El desierto estaba vencido, divulgado el misterio de su soledad. Las pampas ya no eran desnudas y tristes; en ellas pacían innumerables rebaños y crecía el trigo; las costas del Atlántico ofrecían a las naves del orbe entero puertos excelentes y muchos; las selvas, las montañas y las llanuras entregaban al hombre, para sus necesidades siempre crecientes, las mil riquezas insospechadas, dormidas en su suelo durante siglos, y que con la vara milagrosa del trabajo humilde había despertado el Inmigrante, el gran Mago revelador de la opulencia argentina.

Enderezándose, descansó un rato el hombre. Después se vistió decentemente, se aderezó con relativo esmero y se volvió a presentar, hecho gente y con los bolsillos repletos de billetes de banco, ante la Argentina. Y para enseñarle hasta qué punto había cumplido su promesa de traerle civili-

zación y riqueza, se hizo acompañar por numerosos jóvenes, vigorosos y bien vestidos, que hablaban correctamente el castellano; de buenos modales, instruídos y bien educados, capaces asimismo de remover la tierra, y los presentó a la Argentina, diciendo:

—“Mis hijos . . . argentinos.”

Y mutuamente se felicitaron, agradecidos ambos por lo que cada cual había hecho a favor del otro.

GODOFREDO DAIREAUX. — Escritor de costumbres. Floreció a principios del corriente siglo.

OBRAS: *Las dos patrias, Cuentos del fogón, Los milagros de la Argentina.*

ENRIQUE E. RIVAROLA

36.

EL AGUA

En una gota de agua convertida,
el alma universal al mundo asoma:
savía en el árbol, en la flor aroma,
ala en el ave, en el hombre vida.

Brilla el agua en la nube enrojecida
que extrañas formas en el cielo toma,
y en fecundante riego se desploma,
o pasa por los vientos impelida.

Si consumida la robusta arteria
del río y de la mar, abandonara
la última gota de agua el duro suelo,
masa informe de rígida materia,
peñón sombrío y sin calor, rodara
muda la tierra por el ancho cielo.

BARTOLOMÉ MITRE

37.

LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO



Belgrano llegó a Buenos Aires en el mes de marzo (1820), y la encontró envuelta en la anarquía... Débil y exánime, entró caminando por pies ajenos a la casa paterna donde, medio siglo antes, había nacido, y se acostó en su lecho de agonía. Desde entonces pasó sus días sentado en un sillón y la noche en vigilia, incorporado en su cama, porque no podía acostarse del todo. Sus

hermanos y los pocos amigos que le habían quedado, le rodeaban a todas horas del día y de la noche. A veces pedía que le dejaran solo y quedaba sumido en una honda meditación. Un día, después de uno de esos instantes de soledad voluntaria, sus amigos le encontraron pálido y con los ojos casi extintos. Al verlos pareció reanimarse, y dirigiéndose a su amigo don Manuel Antonio Castro, le dijo con toda gravedad: "Pensaba en la eternidad adonde voy y en la tierra querida que dejo. Espero que los buenos ciudadanos trabajarán en remediar sus desgracias."

El gobernador Ramos Mejía, sabedor del estado de indigencia en que se encontraba el ilustre general, le envió un día, por medio de un edecán de gobierno, la cantidad de trescientos pesos con destino a los gastos de su curación, disculpándose de oficio por no poderle atender con más a causa de la

pobreza del erario; pero asegurándole que consideraba como uno de sus principales cuidados el velar por su bienestar como justo premio debido a sus virtudes y servicios. . .

Antes de cerrar sus ojos para siempre tuvo la satisfacción de ver a su predilecto subalterno el coronel La Madrid, que tan noblemente se había conducido en la sublevación de Arequito. Lo abrazó con los ojos llenos de lágrimas y, luego que se hubo serenado, abrió una gaveta de un escritorio que tenía a su espalda y sacó de ella unos papeles. Eran unas memorias históricas de La Madrid, escritas por encargo de él en el Fraile Muerto, lugar donde un año antes había empezado su agoría. “Estos apuntes — le dijo — están hechos muy a la ligera: es menester que los recorra”. Habló en seguida de Tucumán, recordó algunos amigos y se despidió de él para no volverle a ver más en la vida.

En vísperas de su muerte recibió la visita de su amigo Balbín (don Celedonio), que le había proporcionado en Tucumán los medios de trasladarse a Buenos Aires, sin recabar de él ningún documento que comprobase la deuda. En esos momentos se anunciaba la nueva invasión de los federales sobre la provincia de Buenos Aires. Después de algunos momentos de conversación, le dijo: “Mi situación es cruel: mi estado de salud me impide montar a caballo para tomar parte en la defensa de Buenos Aires.” Siguióse un intervalo de silencio, y luego agregó: “Me hallo muy malo: duraré muy pocos días. Espero la muerte sin temor, pero llevo al sepulcro un sentimiento.” Interrogado por Balbín, le contestó con tristeza: “Muero tan pobre, que no tengo con qué pagarle el dinero que usted me prestó; pero no lo perderá. El gobierno me debe algunos miles de pesos de mis sueldos, y luego que el país se tranquilice se los pagará a mi albacea, quien queda encargado de satisfacer la deuda.”

El 25 de mayo (veinticinco días antes de morir) había dictado su testamento, “encomendando su alma a Dios, que la formó de la nada, y su cuerpo a la tierra de que fué formado”, según sus propias palabras. En tal ocasión declaró que no teniendo ningún heredero forzoso, ascendiente ni descendiente, instituía como tal a su hermano el canónigo don Domingo Estanislao Belgrano, a quien nombró patrono de las escuelas por él fundadas, legándole su retrato, con encargo secreto de que, pagadas todas sus deudas, aplicase todo el remanente de sus bienes en favor de una hija natural llamada Manuela Mónica, que de edad de poco más de un año había dejado en Tucumán, recomendándole muy encarecidamente hiciera con ella las veces de padre y cuidara de darle la más esmerada educación.

Un día antes de su muerte pidió a su hermana Juana, que lo asistía con el amor de una madre, que le alcanzase su reloj de oro que tenía colgado a la cabecera de la cama. “Es todo cuanto tengo que dar a este hombre bueno y generoso”, dijo dirigiéndose a Redhead, su médico, quien lo recibió enternecido.

Luego empezó su agonía, que se anunció por el silencio, después de prepararse cristianamente, sin debilidad y sin orgullo, como había vivido, a entregar su alma al Creador. Las últimas palabras que salieron de sus labios fueron éstas: “¡Ay, patria mía!”

A las siete de la mañana del 20 de junio de 1820, expiró hidrópico el general Manuel Belgrano, a la edad de cincuenta años y diez y siete días.

BARTOLOMÉ MITRE. (1821-1906). — Ilustre historiador, militar, poeta y hombre público.

OBRAS: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*,

Historia de San Martín y de la emancipación americana, Arengas, Rimas, Comprobaciones históricas.

JUICIO: "Es Mitre el grande, hombre múltiple y superior, según el tipo clásico del renacimiento europeo, concedido a nuestras repúblicas americanas como numen y ejemplo en su época inicial". — (R. Rojas.)

LUIS MARÍA JORDÁN

38.



CUANDO PASAN LAS TROPAS

Cuando pasan las tropas
me estremezco de orgullo . . .
¿No son estos soldados los mismos
de Junín y Ayacucho?

Cuando pasan las tropas,
siento no sé qué júbilo
porque allá, en lo más hondo del alma, sospecho
que son los soldados más bravos del mundo.

Cuando pasan las tropas
con aquellas banderas que sonrían al triunfo,

porque llevan, luciendo en sus franjas,
nuestros soles de Mayo y de Julio.

Cuando pasan las tropas
con aquellos soldados robustos
que si fueran mañana a la Muerte
morirían radiantes de orgullo.

Cuando pasan las tropas
con su aspecto marcial y seguro,
con aquellas cureñas lucientes
y aquellos cañones augustos. . .

Cuando pasan las tropas
en las tardes de Mayo y de Julio,
esta sangre que llevo en las venas
me estalla de júbilo,
y reviven en mí los abuelos
que, al compás del tambor de Ayacucho.
repararon dos veces las cimas de América
que son las montañas más altas del mundo.

LUIS MARÍA JORDÁN. — Poeta, publicista y profesor contemporáneo. Es director del Museo Escolar "Sarmiento".

OBRAS: *Primavera interior*, *La túnica del sol*, *Cavalcanti*, *Cartas de un extranjero*.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

39.

EL INDIO PANTA

Era infatigable el indio Panta, y no se concebía sin él una parranda, ni se divertían sus vecinos sin que él fuese el alma de la fiesta; su tambor es legendario, y hoy, como un veterano, todavía redobla y resuena vigoroso, pero no ya al golpe de sus manos curtidas, sino de sus herederos, que no tienen la gracia, ni el aire gallardo, ni las coplas saladas, ni las morisquetas con que, a modo de variaciones, alteraba la monotonía de la música del baile, y que las parejas se empeñaban en ejecutar con los pies, la niña levantándose el vestido hasta dejar ver sus movimientos ágiles, y el mozo deshaciéndose en figuras y en dobleces, siempre dentro del compás de la danza.

Predominaba en él la sangre indígena; lo decían los cabellos ensortijados, la piel negra y lustrosa, la frente chata y los pómulos salientes como las rocas de sus cerros, los dientes blancos como marfil y la barba escasa, semejante a un campo de trigo diezmado por la sequía.

Era, pues, de esa raza criolla que tuvo en sus manos y salvó la libertad de su suelo; que oía la llamada general para correr a alistarse sin rezongos ni escondrijos inútiles; que iba a la pelea como a una fiesta, y obedecía en silencio, aunque se le mandara sablear como granadero de Maipú, o a asaltar una fortaleza, como en Curupaytí. Nacido para la fatiga, se vengaba bien cuando podía, cuando imperaba la paz, cuando las guerras civiles con sus montoneros, colorados y laguneros, dejaban tranquila la provincia; entonces llegaba a la

aldea, jinete sobre la mula patria robada con buen derecho de la partida, y apeándose en el patio del rancho — donde ya le seguían en procesión los vecinos, a la novedad y al festejo de su vuelta con salud, y como si nada hubiera pasado — les invitaba para el baile, preguntaba de su caja, si no se la habían manoseado mucho, hacía cariños a los muchachos y a las chinitas del pueblo, y abrazaba emocionado a sus viejos amigos.

—“Ya ha vuelto Panta” — se decía de boca en boca, y las muchachas empezaban a prepararse de prisa para los bailes que comenzarían de seguro. Era su humor inagotable, y él solo valía la felicidad del pueblo, que supo mantener entre músicas y jaranas, hasta que un día llegó una compañía de línea y plantó en la ciudad bandera de enganche. Corrió la voz por las poblaciones de la montaña, de que la Nación se hallaba empeñada en una guerra grande y que llamaba a sus buenos hijos a empuñar las armas y seguir su bandera contra el enemigo. El indio Panta lo supo y se puso triste; no era ya la guerrilla casera donde como quiera se salva y está siempre cerca del hogar; era lejos, muy lejos donde debía partir, quizá para no volver, pero una voz interior le mandaba obedecer aquel llamado y se resolvió como siempre, sin la menor vacilación, a marchar en busca del peligro.

Una tarde se reunió con los amigos y mujeres de la aldea, y les dijo:—“Me voy a la guerra, la patria nos llama, les voy a dejar.” Y sin oír ruegos ni razones, tomó el tambor querido, compañero de alegrías y de devociones, y se fué a la iglesia seguido por todos. Se puso de rodillas delante del altar de la Virgen, y con voz ahogada por los sollozos, le ofreció como ofrenda la caja construída por él mismo, que era su segunda vida.—“¡Adiós, Madre mía — gimió; — si no vuelvo será señal de que habré muerto por mi patria!”—Salió de la

iglesia enjugándose las lágrimas, pero su semblante irradiaba esa luz propia de las decisiones inquebrantables; y luego, como arrepentido de ese sentimiento, empezó a decir bromas que sabían a despedida triste, y a prometer para la vuelta las grandes fiestas, los casamientos y las procesiones, porque quería costear con sus sueldos una función de agradecimiento a la Virgen, si le sacaba salvo de aquella aventura, — “la última de mi vida, porque ya me voy haciendo viejo” — decía sonriendo.

Ensiló su mula patria, dió un abrazo a todos, y diciendo “¡adiós, hermanos!”, tomó el camino de la ciudad. Los aldeanos se quedaron apiñados en el camino, mirándolo alejarse, con los ojos humedecidos por el llanto; y un indio anciano exclamó en voz baja y temblorosa, emprendiendo la vuelta:— “Pobre Panta, ya no volverá”.— Y Panta no volvió hasta ahora, porque dejó sus huesos, como tantos héroes ignorados, enfrente de las fortalezas del Paraguay.

Allí quedó la caja, depositada a los pies de la imagen veneranda, como la ofrenda del patriota, que en medio de su ignorancia tenía la intuición de sus deberes cívicos que, como fuerza fatal, le impelían al combate. Era la sangre guerrera que clamaba al través de esa ruda corteza indígena, como en el corazón del algarrobo secular se escucha el susurro del insecto que tiene en él la vivienda. El indio Panta ya no vuelve, pero su sombra ha cruzado muchas veces en las noches de luna por la placita del pueblo, ha entrado en la iglesia donde el tambor conserva su memoria y el recuerdo de su devoción sincera, y por mucho tiempo sus paisanos guardaron su duelo, rezando siempre, a la hora triste del crepúsculo, un padrenuestro por el alma heroica del soldado que murió por la patria.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

40.

EL TRABAJO



Quando se dice que la riqueza nace del trabajo, se entiende que del trabajo del hombre, pues trata la riqueza del hombre.

En otros términos, la riqueza nace del hombre.

Decir que hay tierras que producen algodón, seda, caña de azúcar, etcétera, es como decir que la máquina de vapor produce movimientos, el molino produce harina,

el telar produce lienzo, etcétera.

No es la máquina la que produce, sino el maquinista. La máquina es el instrumento de que se sirve el hombre para producir; y la tierra es una máquina como el arado mismo en manos del hombre, único productor.

El hombre produce en proporción, no de la fertilidad del suelo que le sirve de instrumento, sino en proporción de la resistencia que el suelo le ofrece para que él produzca.

El suelo pobre produce al hombre rico, porque la pobreza del suelo estimula el trabajo del hombre, al que más tarde debe éste su riqueza.

El suelo que produce sin trabajo, sólo fomenta hombres que no saben trabajar. No mueren de hambre, pero jamás son ricos. Son parásitos del suelo y viven como las plantas, la vida de las plantas naturalmente, no la vida digna del ente humano, que es el creador y hacedor de su propia riqueza.

La riqueza natural y espontánea de ciertos territorios es un escollo de que deben preservarse los pueblos inteligentes

que los habitan. Todo pueblo que come de la limosna del suelo, será un pueblo de mendigos toda su vida. Que el pródigo o benefactor sea el suelo o el hombre, el mendigo es el mismo.

La tierra es la madre, el hombre es el padre de la riqueza. En la maternidad de la riqueza no hay generación espontánea. No hay producción de riqueza si la tierra no es fecundada por el hombre. Trabajar es fecundar. El trabajo es la vida, es el goce, es la felicidad del hombre. No es su castigo. Si es verdad que el hombre nace para vivir del sudor de su frente, no es menos cierto que el sudor se hizo para la salud del hombre; que sudar es gozar, y que el trabajo es un goce más bien que un sufrimiento. Trabajar es crear, producir, multiplicarse en las obras de su hechura: nada puede haber más plácido y lisonjero para una naturaleza elevada.

La forma más fecunda y útil en que la riqueza extranjera puede introducirse y aclimatarse en un país nuevo, es la de una inmigración de población inteligente y trabajadora, sin la cual los metales ricos se quedarán siglos y siglos en las entrañas de la tierra; y la tierra, con todas sus ventajas de clima, irrigación, temperatura, ríos, montañas, llanuras, plantas y animales útiles, se quedará siglos y siglos tan pobre como el *Chaco*, como *Mojas*, como *Lipes*, como *Patagonia*.

JUAN BAUTISTA ALBERDI. (1814-1884). — Eminente publicista y político.

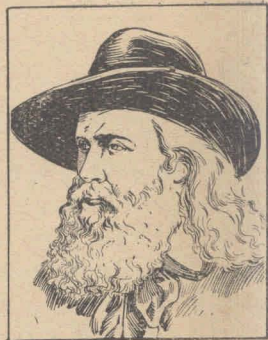
OBRAS: *Bases para la organización económica y política de la Confederación Argentina*, *Cartas Quillotanas*, *Derecho público provincial*, *Peregrinación de Luz del Día*, etc.

JUICIO: "Las preocupaciones del publicista que combate contra el tirano de su patria; las hondas divagaciones del jurista que examina los problemas más arduos de la ciencia del derecho; la penetración del crítico que estudia los caracteres esenciales de nuestra literatura, van a dar espacio para el escritor ameno, suave, el humorista delicado y sonriente que pasea su imaginación soñadora por todos los ámbitos del espacio y responde a las contradicciones de la suerte con la sonrisa plácida del filósofo". — (*Martin García Mérou*.)

CARLOS GUIDO Y SPANO

41.

BUENOS AIRES



Fué aquí, en las playas que fecunda el Plata,
peregrina región que, cual ninguna,
el estro a las estrellas arrebata,
donde, en honrado hogar, se alzó mi cuna.

¡Salve al gran río, cuya faz retrata
la argéntea luz de la esplendente luna,
ora arrastre sereno, ora combata
el esquife en que voy con mi fortuna!

Buenos Aires, ¡oh patria!, aunque me olvidas,
mi esperanza en tu olvido sumergiendo,
tuyo es mi corazón, tuyo es mi brazo.

Cuando ya no den sangre mis heridas,
al cielo un postrer voto alzar pretendo:
dormir mi último sueño en tu regazo.

CARLOS GUIDO Y SPANO. (1827-1918). — Poeta lírico y prosista.

OBRAS: *Hojas al viento* (poesías); *Ráfagas* (prosa).

JUICIO: "La musa del señor Guido se mantiene con noble actitud en una región serena desde la cual se descubren hermosas perspectivas, y donde la pasión, perdiendo su intemperancia, llega a transformarse en dulce y apacible sentimiento". — (*Pedro Goyena.*)

JOSÉ MANUEL ESTRADA

42.

EL CONGRESO DE TUCUMAN

El Soberano Congreso de las Provincias Unidas se instaló en Tucumán el 25 de marzo de 1816. Pocos encontraremos en su seno de los personajes familiarizados con la popularidad y la dirección de los negocios desde 1810. La oleada de la anarquía había dispersado por entonces el núcleo de aquellos grandes patricios: los unos, como Vieytes, sucumbieron bajo las aflicciones morales; otros vagaban en el destierro, expulsados de la Patria por el brazo vengativo de las facciones; algunos saboreaban vencidos la hiel de sus odios insensatos y se aprestaban a reconquistar su pasado poderío. Caracteres de proporciones más ajustadas al nivel común formaban la mayoría de la asamblea. Echándose de menos en ella los tipos originales de estampa genial, es más fácil deducir de sus obras el criterio de las sensaciones populares. Componían propiamente el elemento culto de la sociedad argentina y habilitan nuestro juicio sobre el verdadero espíritu de la época.

Al abrir sus sesiones encontráronse reunidas entidades divergentes, que representaban, ya la tradición unionista de la Capital y una noción más clara de las atribuciones relativas de los poderes públicos, ya la tendencia descentralizadora de las provincias, ya los celos vanidosos del Alto Perú. Estos sentimientos no degeneraron en lucha, sino en oportunidades accidentales, sin más alcance que el suficiente para atestiguar que su existencia, en estado latente, roía el fondo de los espíritus. Por lo general, fuerza es declararlo en alto

en honor del glorioso Congreso, pasiones superiores lo animaron y ahogaron estas semillas. Los errores que la historia debe atribuirle no son sus afinidades con los partidos. Ante el espíritu irreflexivo que adora ciegamente los hombres y las cosas de la Independencia, el Congreso ha pasado como una asamblea de semidioses. Sobre su nombre, como sobre todo el vasto período de la revolución primitiva, el orgullo ha pretendido escribir el famoso "noli me tangere", y cuando historiadores concienzudos han manifestado las discordias que estallaban en su seno, se ha torcido la vista como ante la anarquía del Olimpo en los cantos de Homero. Pero al reducir a proporciones humanas aquellos movimientos, sometiéndolos al crisol científico, repito que, a mi juicio, no son sus discordias los rasgos que resaltarán. Conocemos el origen del Congreso: los pueblos lo llamaron en la convulsión febril de la anarquía, que los devoraba, y de los peligros amontonados sobre la grande empresa de la independencia. Su objeto es claro, y lo concebía y lo expresaba netamente: restablecer y organizar la unión sobre bases sólidas y liberales. Conocemos también su composición: tomaban asiento en él hombres ilustrados que en su mayoría no habían participado en los extravíos que trataban de curar.

JOSÉ MANUEL ESTRADA. (1843-....). — Publicista, maestro y orador.

OBRA: *Ensayo sobre los comuneros, Lecciones de Historia argentina, La política liberal bajo la tiranía de Rosas.*

JUICIO: "Las calidades características del señor Estrada como orador, fuera de las dotes de la voz, simpática y sonora, de la figura, elegante y distinguida, son la amplitud y la elevación de las ideas, la animación y el colorido de un estilo que varía fácilmente, según la diversidad de los tópicos lo requiere, llenando al auditorio de emoción hasta el fin del discurso, terminando siempre con rasgos que lo compendian exacta y claramente". — (Pedro Goyena.)

MARIO BRAVO

43.



CANCIÓN DE LA PAZ

Duermen los niños en sus cunas,
las buenas madres velando están,
¡duermen los niños, sueñan los niños!
Esa es la paz.

Cantan los niños en la escuela,
vuela en los aires coro jovial,
¡cantan los niños, juegan los niños!
Esa es la paz.

El sol fecunda las campiñas,
los sembradores sembrando van,
grandes cosechas colman el mundo:
Esa es la paz.

A la distancia en la llanura
se eleva el humo del dulce hogar:

vuelan en torno las golondrinas:

Esa es la paz.

En los jardines florecidos

desgrana perlas el fontanal;

hay un idilio junto a la fuente:

Esa es la paz.

Diez mil navíos en las dársenas,

diez mil navíos van a zarpar;

por el mar vienen diez mil navíos:

Esa es la paz.

Por los senderos en tumulto

los campesinos vienen y van;

pasan cantando los campesinos:

Esa es la paz.

Vibra la vida en las metrópolis,

destruye y crea sin descansar.

¡Vibra la vida, triunfa la vida!

Esa es la paz.

Y en las aldeas y ciudades,

y en las montañas y en las campañas

ninguno falta, todos están:

están los viejos y los jóvenes,

están los hijos y están las madres:

Esa es la paz.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

44.

PARANDO RODEO

El capataz dió órdenes distribuyendo la peonada, con esa estrategia maravillosa del hombre de campo, que no falla jamás en su cálculo, que prevé de antemano el hecho y se precave; había que proceder hábilmente, converger en un punto formándole ala a la hacienda cerril, cortarle la retirada a los matorrales de la costa y sacarla así a la fuerza de sus guaridas.

Partimos a galope; los perros adelante, abalanzándose a la cabeza de los caballos, ladrando alegres, se atropellaban, formando movientes pelotones y se precipitaban luego en persecución de las *martinetas* que abandonaban el nido sorprendidas, batiendo ruidosamente las alas hasta perderse en los pajonales lejanos.

Los *caranchos* parados en los gajos de los *seibos*, nos miraban con los ojos redondos y vidriosos; y al sentirnos cruzar, despertando del sueño indolente, como si olfateáran la próxima *carneada*, con el instinto aguzado de las aves carniceras, lanzaban la nota áspera de su ronco graznido convocando la hambrienta banda, alzaban el vuelo y seguían a la distancia nuestro derrotero para celebrar su festín sangriento con los despojos de la res.



Al pronto, de la derecha hacia la punta del *espinillal* partió un grito, y, casi simultáneamente, como un eco, otro grito resonó a la izquierda: era la señal. Contestamos a nuestro turno y revolviendo los caballos, nos precipitamos al medio del monte, dando gritos estridentes que se mezclaban con los ladridos enfurecidos de la jauría.

Un rumor sordo, semejante al trueno lejano, resonó en la espesura del bosque, y cuando llegamos a un claro de los árboles en cuyo centro blanqueaban las playas arenosas de una **lagunita**, pudimos distinguir algunos animales que huían precipitadamente agitando los ramajes. Era la *hacienda* montaraz que abandonaba su guarida.

Nos detuvimos un momento, a fin de apretar las cinchas por si era necesario enlazar, y no habíamos terminado, cuando uno de los peones nos daba la voz de alerta:—¡Guardia con el toro! — casi al mismo tiempo que el animal nos embestia, produciendo desparramo general.

Saltamos a caballo, menos el capataz, a quien le llevó el suyo por delante, dándole una feroz cornada en la barriga, que le echó las tripas al suelo. Entonces el toro, al ver un hombre a pie, abandonó el caballo, giró sobre las patas y se quedó plantado castigándose los flancos con la cola y arrancando el pasto con las pezuñas que rascaban el suelo.

Fué una escena estupenda, trágica, que sólo duró breves instantes, pero que no olvidaré jamás.

El toro yaguané, gigantesco, de astas relucientes, con la cabeza erguida, el morrillo cerdoso y los ojos llameantes, frente al gaucho que aguardaba el ataque, sereno, sin pestañear, con el poncho enrollado en el brazo izquierdo y el facón en la mano derecha, soberbio, heroico, aceptando aquel combate inaudito!

El animal bajó la cabeza, cerró los ojos y se precipitó furioso sobre su enemigo; el capataz lo había visto y, dando un salto de tigre hacia un lado, le arrojó el poncho que cayó en medio de la frente; al mismo tiempo los perros se lanzaban contra la bestia y la acorralaban, haciéndose rastra de la cola y del pescuezo a pesar de las cornadas que recibían; dos o tres rodaron por el suelo ensangrentados, pero los otros no lo soltaban, gruñendo, rabiosos, enceguecidos, sin largar la presa.

La armada de dos lazos se cerraron en las astas y lo dejaron aprisionado, entre aquellos tientos trenzados que cimbraban, próximos a estallar. El toro sacudía la cabeza, encogía el cuerpo con movimientos rápidos y se venía sobre el lazo al encuentro del caballo, preparando la cornada; pero el otro enlazador, desbaratando su intención, sólo le aflojaba unos rollos y, antes que alcanzara, el compañero lo sujetaba violentamente con un tirón de través, y así volvía a quedar aprisionado, lanzando espumarajos de cólera impotente.

Un tercer lazo le pialaba las patas, y el capataz, tirándole de la cola, lo tendía a sus pies vencido para siempre.

Le alcanzaron un hacha y de dos golpes certeros le despuntó los cuernos.

La operación resultó como la previó el capataz. Ganada la rinconada, batidos de improviso en la boscosa isleta, acosados por la perrada, los animales se arremolinaron mugiendo y pretendieron huir a lo más espeso de los *sarandisales* de la costa, pero la retirada estaba cortada por los recogedores que corrían de un lado a otro golpeándose la boca en medio de una gritería infernal de voces humanas y de aullidos.

Los toros más ariscos hicieron punta precipitándose por el flanco descubierto hasta la llanura, donde se había mandado

echar previamente la *boyada* y las *lecheras* para que sirvieran de *señuelo* y poder llevar así, sin dificultad, la hacienda ma-trera hasta la *manguera* del rodeo.

A la tarde, varios de aquellos soberbios animales de lus-trosa y manchada piel, estaban mezclados entre los *bueyes* viejos, con las cabezas gachas, *abatidos*.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN. — Escritor de costumbres, histo-riador y dramaturgo contemporáneo.

OBRAS: *Recuerdos de la tierra*, *Montaraz*, *Alma nativa*, *Urquiza y la casa del acuerdo*, *De cepa criolla*, *Páginas argentinas*, *La ico-nografía de Juan de Garay*.

JUICIO: "Leguizamón se ha mostrado un perspicaz conocedor del alma gaucha. Es el representante más autorizado de nuestra literatura tradicionalista". — (*Manuel Gálvez*.)

ADA MARÍA ELFLEIN

45.

LA CASA DE TUCUMÁN



Hay una obra civil de paz, in-finitamente más grande e impor-tante, que bastaría para darle gloria imperecedera a esta ciudad: el Con-greso del año 1816.

A la "casa histórica" la encon-tré entre cristales, cual reliquia pre-ciosa. No es en realidad la casa entera, sino la sala donde se pro-clamó la independencia argentina.

Una galería o pasadizo de po-cos metros de ancho separa la pared exterior de cristales, de la larga sala baja con grandes puertas; pero al trasponer esa

galería parecióme estar cruzando los años de un siglo, y al entrar en la penumbra de la vetusta y baja estancia, el presente se detenía ante el umbral de la portada: estaba en pleno pasado.

Es vasta y desnuda la sala: no tiene más muebles que el sillón tapizado de granate donde tomaban asiento los presidentes del Congreso. Hay también un pequeño bufete. En las paredes veo placas, coronas y los retratos de los diputados. Sobre la puerta, en el extremo opuesto al sillón, el rostro noble, la clásica expresión serena de Belgrano, el consejero del Congreso:

Algo de templo tienen los sitios donde se ha decidido la suerte de los pueblos. Inconscientemente bajo la voz, y moderado la vivacidad de mis movimientos. Algo ha quedado en este recinto de los hombres que un día lo llenaron con su fe, con su entusiasmo, con su sinceridad, con el eco de sus palabras de ingenua y sublime elocuencia, con sus aplausos y aclamaciones, con el "¡sí!" que respondió a la histórica pregunta: "¿Queréis que estos pueblos formen una nación libre e independiente del rey de España?"

Algo ha quedado también del alma del pueblo que se aglomeraba en el vano de las puertas y frente a la ventana: de los hombres de ponchos rojos que detuvieron sus caballos y miraron por encima de las cabezas de los que se estrechaban para oír; de las mujeres que permanecían absortas, impresionadas por la escena que presenciaban; del niño encarado en la ventana, cuya ciencia se reducía a saber que aquella asamblea era la "Soberana", y comprendía, aunque confusamente, que algo muy grande y trascendente debía ser lo que hacía perder a esos caballeros su habitual compostura y gravedad. . . ; el niño que, hecho hombre y anciano, no

olvidó nunca que había asistido a un momento supremo en la vida de su pueblo, a la declaración de la independencia argentina.

Todos esos seres me parecía que estaban allí, invisibles en el ambiente, y reconcentrando mi espíritu en meditación y silencio, creía escuchar, cual levísimo zumbido, el rumor de sus voces.

Como los musulmanes van a la Meca, la ciudad sagrada de los homenajes, así cada argentino debería peregrinar por lo menos una vez en su vida a Tucumán. Allí, en la sala larga y baja, conventual en su desmantelada sencillez, debería templar su alma.

ADA MARÍA ELFLEIN. — Escritora y maestra, ya fallecida.

OBRAS: *Del pasado, Leyendas argentinas, Por campos históricos.*

JUICIO: "Todos los sentimientos han empapado de realidad y emoción su admirable pluma. Junto al sentimiento patriótico, el predilecto de sus cuentos, van la entereza y el valor; junto al amor, el sacrificio y la lealtad; unido a la justicia y al deber, el respeto. Sus leyendas y cuentos interesarán siempre porque tienen valor amplio y humano. Su gran amor por los niños hizo que derrochara, con preferencia, en obsequio de ellos, su inagotable fantasía, encauzada siempre en provecho de la enseñanza". — (*Gisberta S. de Kurth.*)

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO

46.



CLAROSCURO

El combate cesó, y en la llanura,
sangriento campo de tenaz batalla,
sólo el clamor del moribundo estalla
en el silencio de la noche oscura.

Surge de pronto en la ríscosa altura
donde sembró el estrago la metralla,
un guerrero gentil, de enhiesta talla,
imponiendo en las sombras su figura.

Los ojos tiende al campo de pelea;
su pecho oprime con crispada mano;
quiere avanzar, y exangüe tambalea;
cae, vacilante se incorpora, aspira,
y con supremo esfuerzo sobrehumano,
“¡oh, patria!”, exclama el paladín, y expira.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO. — Poeta y periodista. Falleció
en Buenos Aires en 1912
OBRAS: *Espejismo*, *Patria*.

JOSÉ S. ALVAREZ (*Fray Mocho*)

47.

PELUDEANDO

Determinado el rumbo de nuestra excursión, pusímonos en marcha, precedidos por los perros que se diseminaron y que, con la nariz pegada al suelo y moviendo la cola con mayor presteza cuanto mayor era la impresión que recibía su olfato, rastreaban entre el pasto, revolvían la maleza, y luego que encontraban una alimaña, se entreparaban para reconocerla simplemente o darle muerte si valía la pena, — zamarreándola del cogote en que hace presa segura el colmillo agudo y vigoroso, — siguiendo luego imperturbables la batida.

De repente sentimos un ladrido a la derecha, persistente y continuado: corrimos.

Uno de los perros había dado, allá, en el repecho de la ladera y en medio de un manchón de macachines, con un gran peludo — evidentemente goloso — que, entretenido en remover la tierra y extraer los pequeños tubérculos blancos y dulces como el azúcar, no había sentido nuestra llegada y se deleitaba saboreando su manjar favorito con verdadera fruición, sin cuidarse de las hermosuras de la noche, ni de la luna que rielaba silenciosa, derramando su luz sobre cuchillas y cañadas.

Rivalizaban ambos en astucia. El perro, que le había cortado la retirada, trataba de inmovilizarle sirviéndose del hocico como de una palanca a fin de acostarle sobre el lomo, conociéndole inhábil para darse vuelta: el peludo, por su

parte, forcejeaba para impedirlo — sabiéndose vencido si no lo lograba — y tratando de ganar su cueva, en mala hora abandonada, al menor descuido de su adversario.

Llegamos nosotros, y la mano del capataz logró bien pronto lo que el perro tentara en vano.

Ahí fué la desesperación del animalejo, que parecía conocer la suerte que le esperaba.

Cruzando sus patas delanteras sobre el cuello corto y recio, como buscando en su desesperación un punto de apovo, traducía el sentimiento de su impotencia en murmullos guturales, que parecían quejas, y en los cuales la superstición del gaucho ha encontrado una invocación a Jesús, una plegaria al Salvador, hecha por el peludo en trance tan apurado.

El filo del cuchillo puso fin a la escena, y cargados con la res, continuamos la excursión, llamados por los perros que, agrupados en lo alto de la loma, con la cabeza gacha y la boca espumante, espían la salida de una cueva — que se abría en media luna, al pie de un matorral que disimulaba su entrada y la protegía contra las lluvias — mientras uno de ellas cavaba desesperado con las uñas, gruñendo de vez en cuando, como en son de amenaza al enemigo que, oculto, originaba tal fatiga.

Era una cueva de peludo a estar a la opinión de Gomenoro, que, para asegurarse más, se echó en el suelo y aplicó el oído en diversos rumbos y como a una vara de la boca, exclamando al fin:

— ¡Es peludo!... ¡Aquí está!... ¡Y cava ligero el condenado!

Acerqué el oído y, efectivamente, sentí como dos mazos que golpeaban la tierra con regularidad y con presteza.

Tomó la pala uno de los cazadores, y allí donde el ruido

se oía comenzó a cavar; pronto dió con la cueva, poniendo en descubierto al peludo, que seguía con fe prolongando su túnel para escapar a la saña de sus enemigos, confiando en su celeridad sin igual y en la fuerza de sus uñas.

Todo fué en vano.

No tardó su cuerpo en acompañar al del goloso que encontró la muerte allá en la ladera, mientras se deleitaba extrayendo los dulces macachines blancos y jugosos.

MANUEL BELGRANO

48.

AUTOBIOGRAFÍA

(FRAGMENTO)



El lugar de mi nacimiento es Buenos Aires; mis padres, don Domingo Belgrano y Peri, conocido por Pérez, natural de Onella, y mi madre, doña María Josefa González Casero, natural también de Buenos Aires. La ocupación de mi padre fué la de comerciante, y como le tocó el tiempo del monopolio, adquirió riquezas para vivir cómodamente y dar a sus hijos la educación mejor de aquella época.

Me proporcionó la enseñanza de las primeras letras, la gramática latina, filosofía y algo de teología, en el mismo

Buenos Aires. Sucesivamente me mandó a España a seguir la carrera de las leyes, y allí estudié en Salamanca; continué en Madrid y me recibí de abogado en la cancillería de Valladolid.

Confieso que mi aplicación no la contraje tanto a la carrera que había ido a emprender, como al estudio de los idiomas vivos, de la economía política y el derecho público, y que en los primeros momentos en que tuve la suerte de encontrar hombres amantes del bien público que me manifestaron sus útiles ideas, se apoderó de mí el deseo de propender cuanto pudiese al provecho general y adquirir renombre con mis trabajos hacia tan importante objeto, dirigiéndolos particularmente a favor de la patria.

Como en la época de 1789 me hallaba en España y la revolución de Francia hiciese también la variación de ideas, particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, propiedad, y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido, y aun las mismas sociedades habían acordado en su establecimiento directa o indirectamente.

Al concluir mi carrera, por los años 1793, las ideas de economía política cundían en España con furor, y creo que a esto debí que me colocaran en la secretaría del Consulado de Buenos Aires, erigido en tiempo del ministro Gardoqui, sin que hubiese hecho la más mínima gestión para ello; y el oficial de secretaría que manejaba estos asuntos aun me pidió que le indicase individuos que tuviesen estos conocimientos para emplearlos en las demás corporaciones de esa clase, que se erigían en diferentes plazas de comercio de América.

Cuando supe que tales cuerpos en sus juntas no tenían otro objeto que suplir a las sociedades económicas, tratando de agricultura, industria y comercio, se abrió un vasto campo a mi imaginación, como que ignoraba el manejo de la España respecto a sus colonias, y sólo había oído un rumor sordo a los americanos, de quejas y disgustos, que atribuía yo a no haber conseguido sus pretensiones y nunca a las intenciones perversas de los metropolitanos, que por sistema conservaban desde el tiempo de la conquista.

Tanto me aluciné y me llené de visiones favorables a la América, cuando fuí encargado por la secretaría de que en mis memorias describiese las provincias, a fin de que sabiendo su estado pudiesen tomar providencias acertadas para su felicidad: acaso en esto habría la mejor intención de parte de un ministro ilustrado, como Gardoqui, que había residido en los Estados Unidos de la América del Norte, y aunque ya entonces se me rehusaran ciertos medios que exigí para llenar como era debido aquel encargo me aquieté, pues se me dió por disculpa que, viéndose los fondos del Consulado, se determinaría.

En fin, salí de España para Buenos Aires: no puedo decir bastante mi sorpresa cuando conocía a los hombres nombrados por el rey para la junta que había de tratar de agricultura, industria y comercio, y propender a la felicidad de las provincias que componían el virreinato de Buenos Aires; todos eran comerciantes españoles; exceptuando uno que otro, nada sabían más que su comercio monopolista, a saber: comprar por cuatro para vender por ocho con toda seguridad; para comprobante de sus conocimientos y de sus ideas liberales a favor del país, como su espíritu de monopolio para no perder el camino que tenían de enriquecerse, referiré un hecho con que me eximiré de toda prueba.

Por lo que después he visto, la corte de España vacilaba en los medios de sacar lo más que pudiese de sus colonias, así es que hemos visto disposiciones liberales e iliberales a un tiempo, indicantes del temor que tenía de perderlas: alguna vez se le ocurrió favorecer la agricultura, y para darle brazos, adoptó el horrendo comercio de negros y concedió privilegios a los que lo emprendiesen: entre ellos, la extracción de frutos para los países extranjeros.

Esto dió mérito a un gran pleito sobre si los cueros, ramo principal del comercio de Buenos Aires, eran o no frutos; había tenido su principio antes de la erección del Consulado, ante el rey, y ya se habían escrito de parte a parte una multitud de papeles, cuando el rey, para resolver, pidió informe a dicha corporación: molestaría demasiado si refiriese el pormenor de la singular sesión a que dió mérito este informe; ello es que esos hombres destinados a promover la felicidad del país, decidieron que los cueros no eran frutos, y por consiguiente, no debían comprenderse en los de la gracia de extracción en cambio de negros.

Mi ánimo se abatió, y conocí que nada se haría en favor de las provincias por unos hombres que, por sus intereses particulares, posponían el del común; sin embargo, ya que por las obligaciones de mi empleo podía hablar y escribir sobre tan útiles materias, me propuse al menos echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos, ya porque algunos estimulados del mismo espíritu se dedicasen a su cultivo, ya porque el orden mismo de las cosas las hiciese germinar.

MANUEL BELGRANO. (1770-1820). — Militar y patriota ilustre; uno de los fundadores de nuestra nacionalidad. Aparte algunos trabajos sobre temas económicos y rurales, escribió una interesante *Memoria sobre la expedición al Paraguay* y su *Autobiografía*, uno de cuyos capítulos es la página que se transcribe.

LEOPOLDO LUGONES

49.

EL TERO

“¡Tero-tero, tero-tero!...”
y fingen, rojas y alternas,
sus aceleradas piernas
los canutos del flautero.



“¡Tero-tero!...” Y así embauca
con su propio grito iluso,
lejos del huevo confuso
de pinta pecosa y glauca.

Todo el campo se alborota,
y con premioso desvelo,
en un concéntrico vuelo
ya el grito en el aire flota.

En su ala picaza oscila
el sol que al trasluz la esmalta,
y parece que en voz alta
se alegra la luz tranquila.

Desde el rancho, hacia el camino
mira alguien desde la puerta,
porque nunca desacierta
su anuncio de buen vecino:

Que así, de noche o de día,
siempre cerca de la casa,
al ruido de lo que pasa
suelta su grito a porfía.

Y así vigila expedito,
con firmeza valerosa,
siempre claro el ojo rosa,
pronto siempre el claro grito.

“¡Tero-tero!” con la aurora
que ruboriza ese alarde.

“¡Tero-tero!” con la tarde
que nubes y campos dora.

“¡Tero-tero!” en el estero
que va la sombra aplomando.

Y en el plenilunio blando:
“¡Tero-tero, tero-tero!”

VICENTE G. QUESADA

50.

EL DELTA DEL PARANA

Figuraos un laberinto de canales, cuyas orillas están pobladas de sauces, de seibos, de enredaderas y flores silvestres, surcados de vez en cuando por las canoas de los isleños moradores de este archipiélago y por los buquecillos de cabotaje que transportan las naranjas y los duraznos, — y tendréis una idea del Delta. Tierras feraces colocadas a la puerta de un gran mercado consumidor, con canales para el fácil transporte de los productos, clima saludable y templado, tienen un porvenir halagüeño.

Allí existen ya agricultores inteligentes que cultivan el mimbre, el cáñamo, la hortaliza, las flores y las frutas; también habitan esas islas los leñadores, cuya hacha destructora las va despojando de sus árboles frondosos; entre esos isleños están igualmente los carboneros, que sin piedad queman los grandes árboles, muchas veces en pie, para convertirlos en carbón. Varias veces hemos viajado por entre ese jardín natural, tocando las ramas de los sauces de las orillas, y siempre hemos encontrado fascinador el espectáculo, poéticos los cuadros, bella la calma, interrumpida por el murmurio de las aguas, por el céfiro que pasa quejumbroso por entre las ramas de los árboles, trayendo al oído los cánticos de los pájaros en sus amores. La mañana, cuando el sol derrama su luz en aquellos parajes, la tarde con sus melancólicos crepúsculos, la noche con sus sombras y sus misterios, todas las horas, en

una palabra, tienen en aquellos lugares encantos arroba-
dores.

Subiendo el Paraná hacia su origen, esas islas cambian de forma, el río se ensancha, las barrancas de la tierra firme comienzan a mostrarse. Las barrancas de la costa de Buenos Aires, Rosario y San Lorenzo, se ven despojadas de los árboles y de la lozana vegetación de las islas; sólo en Entre Ríos y Corrientes cambian de aspecto: los bosques las adornan, las quebradas las hermocean, y el Chaco, en la ribera opuesta, ostenta una vegetación más potente y más lujosa; el aire va sintiéndose más tibio a medida que se aproxima el viajero al trópico.

Pero no todo es poesía en esas islas: la prosa de la vida está representada en su espíritu especulativo por los leñadores y los carboneros.

Los montes de sauces y otros árboles son derribados por los leñadores, ya para alimentar el fuego de los hornos de cal en Entre Ríos, o bien para ser expendidos al comercio en postes y para otros usos de la vida rural.

Al morador del Delta se le designa con el nombre de *carapachay*, y vive en las islas con la familia y nunca le falta una canoa.

Cuando las islas del Delta se inundan en las grandes crecientes, los ranchos, generalmente mal construídos y sin las precauciones y elevación necesarias, son abandonados por la familia del *carapachay*, que se refugia en tierra firme; pero en el Paraná hay islas que no se inundan.

VICENTE G. QUESADA. (1830-1913). — Historiador y diplomático. Fué director de la Biblioteca de Buenos Aires.

OBRAS: *La sociedad hispano-americana bajo la dominación es-*

pañola, *Crónicas potosinas*, *La vida intelectual en la América Española*, *Los indios en las provincias del Río de la Plata*.

JUICIO: "Sería muy difícil hacer un juicio sintético de la producción del doctor Quesada, por lo vasta, varia y completa. Indiscutible es que tiene un doble valor: documental y literario".
— (C. O. Bunge.)

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

51.

PAYAGUÁ



La canoa, cargada de cañas de tacuara, encalló en costa baja y arenosa. Dos peones saltaron a tierra. Eran de una estancia vecina.

Apenas pisaron tierra, el llanto quejumbroso de un niño hirió sus oídos. Pusiéronse a buscar entre las plantas acuáticas que se amontonaban al pie de la barranca. Allí encontraron a un niño de pocos meses, un diminuto y horrible Moisés indio. Se lo llevaron a la estancia, tendido sobre una haz de tacuaras, una tosca y pequeña camilla, que colocaron sobre un carro abierto tirado por dos bueyes.

Allí lo dejara, horas antes, la tribu payaguá que llegara a esa ribera del Paraguay a celebrar una de sus periódicas orgías de alcohol.

El indiecito fué enviado por la dueña de la estancia, una señora de Asunción, a la servidumbre. Era el día de San Ro-

mualdo, y se le dió ese nombre, abreviado, según la costumbre guaraní, hasta convertirlo en Romú.

Allí creció Romú, entre la indiferencia bondadosa de las mujeres, vigoroso, tranquilo, grotescamente feo. Ninguna de las mujeres que criaban quiso amamantarlo, porque decían que tenía "olor a indio", y el niño tuvo por nodriza una cabra.

Bajo, rechoncho, de cabeza abultada, con los pómulos salientes y la piel del color del tabaco, era verdadero payaguá, un descendiente puro de la raza famosa y envilecida de las selvas.

Adheriase el pequeño a todos los grupos que iban a pescar, a cazar, a carnear o a labrar la tierra. Cuando caían las lluvias, se quedaba en los galpones o en los ranchos, y allí veía cocinar, pisar el maíz, tejer la paja y el mimbre.

Andaba desnudo siempre. Arrojava los trapos que le ponían las mujeres, y era silencioso, taciturno, pacífico.

Romú cumplió siete años. Era ya un indiecito barrigón, fuerte como un puma, y más horrible que nunca.

Un día desapareció de la estancia. Se le llamó y se la buscó en vano durante muchos días. Después todos le olvidaron.

Tres meses más tarde, unos peones que habían ido a cortar cañas en una isla del centro del río encontraron a Romú en la costa opuesta, frente al Chaco. Estaba pescando tranquilamente. Tenía su honda de cuero de carpincho, un cuchillito que llevara de la estancia y un aparejo de pescar. Con estas herramientas y armas, el Robinson Crusoe de siete años había vivido tranquilo, procurándose su alimento, defendiéndose de las víboras, en una isla del río Paraguay, durante tres meses.

El río y el monte eran su despensa; cruzaba a nado la corriente para ir al monte en busca de huevos, frutas, miel y perdices, que llevaba atados al cuello, dentro de calabazas vaciadas y secadas al sol.

Los sauces le servían de techo y atalaya; desde lo alto del ramaje veía pasar los buques blancos, las barcazas y las canoas llenas de naranjas y de cueros, y los camalotes que arrastraba la corriente.

Un pontonero que pasaba por allí periódicamente lo invitó a irse con él, río abajo, pero el pequeño payaguá rehusó el ofrecimiento. Negóse también a regresar a la estancia, donde nunca le faltó nada.

Al partir de aquélla, se apropió de una piragüita que encalló en una punta de la isla; la calafateó con paja, limo y resina, y se dispuso a realizar sus incursiones a lo largo del río natal, cuya corriente le hablaba con las voces misteriosas y seculares de su raza. Al pie de los sauces tenía un pequeño cobertizo de cañas atadas con isipós, un fogón de arena endurecida, asadores de palo aguzados a cuchillo, y unos cuantos rústicos sombreros de paja brava.

Llegada la estación de las lluvias, aceptó el regalo de un poncho que le enviaron de la estancia, y dormía en las ramas hospitalarias de los sauces, como un pájaro de la selva.

Pasaron los meses, se sucedieron las estaciones. Y otro día, el pequeño payaguá que no había querido civilizarse, desapareció de su isla. La piragüita, quilla arriba, se balanceaba entre el juncal. Intactos, clavados en sus asadores de palo, los peones vieron un pescado asado y una perdiz fresca.

Se le buscó nuevamente, como tres años antes. Pero esta vez Romú había desaparecido para siempre. Después de una

prolongada sequía y una gran bajante, las lluvias habían sido torrenciales y las crecientes extraordinarias.

Los peones se encogieron de hombros.

—Se lo habrán comido los yaguaretés — dijo uno.

—O se habrá ahogado en la creciente — opinó otro.

Y un tercero murmuró:

—¡Qué se va a ahogar un indio! . . . Se ha ido con su tribu, allá en el fondo del Chaco. Los payaguás son así . . .

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG. — Poeta y novelista contemporáneo. Nació en Buenos Aires en 1890.

OBRAS: *La canción lejana, A la deriva, Gaviotas perdidas, Las islas de la inquietud*, (verso); *Los habitantes del horizonte, Los peregrinos de la espuma*, (prosa). Ha escrito algunas obras dramáticas y escolares.

CALIXTO OYUELA

52.

LA VUELTA AL CAMPO

(FRAGMENTO)

¡Heme otra vez en el risueño albergue
donde las limpias horas
de mi niñez tranquila
bordadas de inocencia transcurrieron!

¡Días hermosos, por jamás huídos!
¿Quién podrá ver sin indecible encanto
los límpidos raudales
que por el alma de la infancia ruedan?

¿Qué es lo que sabe de la horrenda lucha
que la entraña del mundo
día por día con furor sacude?
Nada. Tan sólo advierte
que vive y goza, y tras blando sueño
por Dios mismo sobre ella derramado,
naciendo el día, tornará entre risas
a gozar y a vivir. ¡Oh incomparable
edad! ¡Oh dulce infancia! ¡Y tú nos huyes!
¡Y tú pasas también, no eres eterna!

Por la noche, reunidos
en torno de un inculto
trabajador, oíamos pasmados
de sus labios brotar mil maravillas,
largas leyendas, peregrinos cuentos,
do en vértigo sin fin se entremezclaban
palacios encantados, portentosos
jardines, centelleantes lagos de oro,
lindos mancebos y terribles viejos.
¡Cuántas preguntas cándidas lanzadas
por el atento corro,
el sabroso relato interrumpían!

Mas de cuantos recuerdos
aquí me asaltan por doquier, ninguno
mayor dulzura a mis afectos brinda
que el que es imagen del alegre bando
en que a encontrar volábamos el coche
que nos traía a nuestro anciano padre.
¡Qué gozo al columbrarle; qué algazara

a su alrededor formábamos; qué ansioso
cada cual pretendía
ser antes que los otros dividido!
Uno al angosto estribo,
otro al pescante, intrépido saltaba;
en tanto que un tercero, penetrando
en lo interior, en su tostada frente
el codiciado beso recibía.
¡Padre: hoy que ya exento
de mortal velo, gozas la sublime
serenidad de las celestes auras,
yo siento penetrarme
de acerba pena e íntima dulzura,
recordando la plácida sonrisa
que todo tu semblante iluminaba,
al contemplarte víctima dichosa
de nuestro alegre y cariñoso asalto!

CALIXTO OYUELA. — Poeta, profesor y crítico contemporáneo.
Nació en Buenos Aires en 1857.

OBRAS: *Cantos*, *Nuevos cantos*, *Estudios y artículos literarios*,
Elementos de teoría literaria.

JUICIO: "El doctor Oyuela es poeta de conceptuosas ideas y de
hondos sentimientos, muy castizo, muy sobrio y elegante en sus
frases. Su versificación es flúida y muy correcta, mostrándose siem-
pre artista conocedor de los secretos del verbo y de los de la re-
tórica". -- (Juan de la C. Puig.)

JUANA MANUELA GORRITI

53.

EL ENTIERRO DE GÜEMES

Todavía recuerdo el magnífico espectáculo de aquel cortejo fúnebre que vi atravesar las calles de Salta, conducido por mi padre y por Whit, que, vestidos de luto y la cabeza descubierta, llevaban con una mano las cintas del ataúd y con la otra a dos niños, Martín y Luis Güemes, que acompañaban llorando el féretro de su padre. Detrás venían dos bellos corceles en arneses de duelo. Veíase a uno de ellos volver tristemente la cabeza como si buscara a alguien. Era aquel negro, testigo de tantas glorias y compañero del héroe hasta la muerte.

Después del fúnebre grupo, venía una inmensa muchedumbre, pueblos enteros, que de largas distancias habían llegado para tributar al grande hombre sus ofrendas de lágrimas y plegarias.

La ciudad guardaba un profundo y piadoso silencio, interrumpido sólo por el clamor de las campanas, las preces de los sacerdotes y los sollozos de la multitud.

La fúnebre procesión pasó ante mis ojos como una visión mística, perdiéndose en el pórtico y las profundas naves de la Catedral, donde depositaron las reliquias del héroe al pie del tabernáculo.

Mi padre salió del templo llevando en su pecho la llave de aquel ataúd que encerraba lo único que le restaba de su amigo.

A la puerta lo esperaba un grupo de soldados pertenecientes a las guarniciones de Humahuaca y Río del Valle.

—Señor — dijo uno de ellos adelantándose cabizbajo, — hemos desertado para venir a ver otra vez a nuestro general, para acompañarle hasta su sepultura y llevarnos estas reliquias tuyas.

A estas palabras, cada uno sacó de su seno un rizo de los negros cabellos de Güemes.

Mi padre contempló enternecido a esos hombres leales y les dijo, enjugando furtivamente una lágrima:

—Id en paz, amigos míos, y referid a vuestros compañeros lo que habéis visto, y cómo llora la patria a sus héroes.

Desde ese día, muchos años han tendido sus luctuosas horas sobre nuestra bella patria; torrentes de sangre la han bañado, arrastrando en montones de cadáveres la generación de entonces, con sus creencias y tradiciones; pero el nombre de Güemes ha quedado inmortal.

JUANA MANUELA GORRITI. (1819-1892). — Poetisa y novelista.

OBRA: *Sueños y realidades, Peregrinaciones de un alma triste.*

JUICIO: “Juana Manuela Gorriti, empleando con acierto el instrumento de la palabra, ha encontrado el camino de la belleza de la forma que inmortalizó el arte griego. La manera particular de manejar la pluma o la palabra constituye el derecho de propiedad del estilo en los artistas del pensamiento. Nuestra paisana ha conquistado el derecho de que se la reconozca este título, expresándose originalmente en la lengua de Cervantes”: — (*Santiago Estrada.*)

MIGUEL CANÉ

54.

CORRALES



No puedo resistir al deseo de presentar a mi condiscípulo Corrales. Es uno de esos tipos eternos del internado que todo aquel que haya pasado algunos años dentro de los muros de un colegio, reconocerá a primera vista. Es el cabrión, el travieso, el mal estudiante, el reo presunto de todas las contravenciones, faltas y delitos. De un espíritu lleno de iniciativas, inventando a cada instante una treta nueva para burlarse del maestro o procurarse alguna satisfacción, gritando como veinte en el recreo, dejando grabado su nombre en todas las mesas, gracioso, chispeante en la conversación, llena de la sal gruesa del colegio, es al mismo tiempo incapaz de aprender, de asimilarse una noción científica cualquiera. Corrales inventaba trampas, aparatos para robar uvas, lazos corredizos admirables para tomar delicadamente del cuello, desde una altura de diez metros, las botellas simétricamente colocadas sobre una mesa del patio del cura de San Ignacio, sobre el que daban las ventanas de algunos dormitorios, botellas que su dueño destinaba a festejar la fiesta del patrono; Corrales sabía abrirse la puerta del encierro sin fractura visible, pero Corrales jamás pudo comprender ni creer que el valor de los

ángulos se midiera por el espacio comprendido entre los lados y no por la longitud de éstos.

Las matemáticas, como toda noción racional por lo demás, eran para él abismo sin fondo en el que su cráneo de chorlo se mareaba. Era feísimo, picado de viruela, con un pelo lacio, duro y abundante, obedeciendo sin trabas al impulso de veinte remolinos. Sus libros, jamás abiertos, eran los más sucios y deshechos del colegio. Algunas veces, cuando la cosa apuraba, venía a que le explicáramos un teorema, con claridad, sin prisa y dándole el derecho de preguntar, sin límites. Era inútil, no tenía noción del ángulo recto. En clase pasaba el tiempo en tallar su banco, que se iba convirtiendo en un escaño digno de Berruguete; en fumar a escondidas, a favor de su facultad envidiada de retener el humo en el pecho durante cinco minutos; en hacer flechas, cuerdas de goma de botín, que, fijadas en el índice y el pulgar, lanzaban al techo una bola de papel mascado que se adhería a él, sosteniendo por un hilo un retrato de perfil del profesor; en fabricar gallos perfectos, navíos primitivos y mil otros pasatiempos igualmente conexos con el curso.

No había casi día, en la clase de Jacques, que Corrales escapara a las vigorosas arremetidas del sabio.

Pero Corrales, familiarizado ya con este procedimiento, había resuelto emplear en su defensa una de sus artes más estudiadas: Corrales canchaba maravillosamente. Un pie adelante, con el cuerpo encorvado, durante los recreos, ni los grandes conseguían tocarle el rostro; tenía la agilidad, la vista del compadrito y sus mismos dichos especiales. Así, cierto día que Jacques nos explicaba que los tres ángulos de un triángulo equivalen a dos rectos, Corrales, oyendo como el ruido del viento la explicación, desde los últimos bancos de la clase,

estaba profundamente preocupado en construir, en unión con su vecino, el cojo Videla, que le ayudaba eficazmente, un garfio para robar uvas de noche. Jacques se detiene y con voz tonante exclama:

—Corrales, tú eres un imbécil y tu compadre Videla otro: ¿cuánto valen los dos juntos?

—“Dos rectos” — contestó Corrales, que tenía en el oído esas dos palabras tan repetidas durante la explicación y sin darse cuenta, en su sorpresa, de la pregunta de Jacques. Este se le fué encima y nos fué dado presenciar uno de los combates más reñidos del año.

Corrales se echó para atrás, enroscó el cuerpo, hundió la cabeza entre los hombros y, mirando a su adversario con sus ojos chiquitos, llenos de malicia, esperó el ataque con las manos en postura. Jacques debutó por un revés, que fué hábilmente parado; una finta en terciá, seguida de un amago al pelo, no tuvo mayor éxito. Entonces Jacques, despreciando los golpes artísticos, comenzó lisa y llanamente a hacer llover sobre Corrales una granizada de trompadas, bifés, reverses, de filo, de plano, de punta, todo en confuso e inexplicable torbellino. El calor de la lucha enardeció a Corrales; se multiplicaba, se retorció, y a cada buena parada decía con acento jadeante: “¡Diande!” “¡Cuándo, mi vida!”, y otros gritos de guerra análogos. Jacques más irritado aún, hizo avanzar la artillería y una nube de puntapiés cayó sobre las extremidades del intrépido agredido. Corrales, que no sabía canchar con las piernas, se puso de rodillas sobre el banco; esta simple evolución hizo efímeros los estragos del cañón y el combate al arma blanca continuó. Pero Corrales era un simple monotonero, un Páez, un Güemes, un Artigas; no había leído a César ni al gran Federico, ni las memorias de Vauban, ni los

apuntes de Napoleón, ni los libros de Jomini. Su arte era instintivo, y Jacques tenía la ciencia y el genio de la estrategia.

De idéntica manera los persas valerosos no supieron defender sus empalizadas contra los atenienses de Platea. El banco de la batalla había sido abandonado por los vecinos de Corrales; Jacques vió la ventaja de una mirada y amagando una carga violenta, mientras Corrales en movimiento defensivo perdía un tanto el equilibrio, su adversario, de un golpe enérgico, dió en tierra con el banco y con Corrales. Antes de que éste pudiera levantarse, Jacques le asió del cuello de la camisa, no saltando el botón correspondiente por la costumbre inveterada en Corrales de no usarlo nunca. No brilló en manos del vencedor la daga de la misericordia, pero sí sonó, uno solo, soberbio bofetón.

Así concluyó aquel memorable combate que habíamos presenciado silenciosos y absortos, a la manera de los indios de Manco Capac las batallas de Almagro y de Pizarro, como lucha de seres superiores al hombre! . . .

MIGUEL CANÉ. (1851-1905). — Diplomático y escritor. Aunque nacido en Montevideo, estando sus padres allí emigrados, vivió constantemente vinculado a nuestro país, al que consideró siempre como su verdadera patria.

OBRAS: *Juvenilia, En viaje, Ensayos, Charlas literarias, Prosa ligera.*

JUICIO: "Lo esencial en él fué el sentimiento de la belleza y el amor al arte. El carácter peculiar de sus escritos, tener algo de su sensibilidad y ser cortos, constituye su encanto y su poder de seducción, tanto como la espontaneidad, el brillo, la elegancia y la armonía del estilo, es decir, del vehículo por el cual la sensibilidad se comunica". — (Norberto Piñero.)

RAFAEL ALBERTO ARRIETA



55.

LA VISIÓN OPTIMISTA

Mi vecino, al pasar esta mañana,
me dió los buenos días y dejó en mi ventana
tres rosas de su huerto, fragantes, deliciosas,
húmedas de rocío. Desde un cristal, las rosas,
cual tres imaginarias, ideales
cabezas fraternales,
sobre mi mesa asisten a mi trabajo. Siento
el solidario apoyo de su aliento
común en que la idea se perfuma
de bondad y al surgir besa la pluma.
¡Oh, clara, fresca y suave compañía
que me hizo bueno en todos los actos de este día!,
pues fué mi corazón como una fuente,
pródigo, musical y transparente;

fluyó de mis palabras recóndita dulzura;
ni la violencia ni la crispadura
mancharon el espíritu o la mano
llenos del oro del cariño humano,
y, ¡oh noche!, en esta hora bella y santa
del ensueño, mi amor se aviva y canta.
Vecino: si los hombres supieran obsequiarse
con rosas de su huerto al saludarse,
si al pasar como usted esta mañana
nos dejáramos todos la flor en la ventana!
¡Cordialidad sencilla, propósito clemente,
comunidad viril en la belleza!
¡Armonía del músculo, la frente
y la delicadeza!

RAFAEL ALBERTO ARRIETA. — Educador y poeta contemporáneo. Nació en 1889.

OBRAS: *Alma y momento*, *El espejo de la fuente*, *Las noches de oro*, *Fugacidad* (poesía); *Las hermanas tutelares* (prosa).

JUICIO: "Este poeta no grita, no impreca. Se diría que el dolor nunca le ha clavado sus garras de finísimos garfios, o quizás, como el hindú de la leyenda, *con el puñal hundido en las entrañas, ora canta, ora sonríe, hasta que la muerte llegue a bajarle los párpados*".
— (Arturo Romay.)

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

56.

LA CANCIÓN NACIONAL



Favorecidas nuestras armas por la victoria, era necesario recordar al pueblos los triunfos alcanzados en ambas márgenes del Plata y en los extremos de la República, confortarle en las esperanzas de nuevas glorias y anatematizar al enemigo que resistía al torrente de la opinión argentina.

Para lograr estos fines, la Asamblea que tanto contribuyó con sus sabias y audaces medidas a preparar la independencia, apeló al patriotismo del P. Rodríguez y de don Vicente López, invitándoles a componer un canto popular que alentase a nuestros soldados en la pelea y mantuviese en el pecho de los ciudadanos el entusiasmo de la libertad. En la sesión que tuvo aquel cuerpo nacional el día 11 de mayo de 1813, se leyó la producción de López y fué declarada por aclamación como “la única canción de las Provincias Unidas”.

El pueblo fué de la opinión de la Asamblea con respecto al mérito del canto de López, y lo aceptó, como ésta, por aclamación de todas las clases.

Expansiva como nuestra revolución, la “marcha” comienza por despertar la atención de la humanidad entera

para que escuche los vítores de los libres y el ruido de las cadenas que se quebrantan, y contemple a la nación vigorosa que se levanta coronada de laureles sobre el pedestal de un león vencido. Sus hijos, animados por el genio de la guerra, caminan con su espíritu generoso, conmoviendo con sus pasos las cenizas de las generaciones que vivieron esclavas; y la América de tres siglos, convocada por el pueblo al juicio final de la venganza, acude a Quito, a México, a Cochabamba; a los extremos y al corazón del Continente, a batallar en la lid a que provoca el estandarte sangriento de los tiranos. El pueblo argentino toma la iniciativa, y acude al ruido del trueno de las batallas, y por todas partes, en los muros orientales, en Suipacha, en Tucumán, escribe el padrón de sus triunfos y la humillación de sus opresores.

Cada estrofa de ese canto es un cuadro; cada imagen es un grupo animado de granito, que sólo la pluma y no el pincel es capaz de detallar.

El pueblo que ha pasado por todos los estados de situaciones de una revolución tempestuosa, de cuyo seno Moreno y Rivadavia fueron expatriados, en donde los colores cándido y azulado de la bandera de Mayo han sido enlutecidos con tinta roja por la sangre, sólo dos monumentos de gloria antigua han permanecido al abrigo de todo insulto, saludados con igual respeto por todos los partidos cada vez que la luz de Mayo amanecía: la pirámide de la plaza de la Victoria y la *Canción patriótica*. ¡Gloria al pueblo que la inspiró, y al poeta, intérprete de semejante inspiración!

JUAN MARÍA GUTIERREZ. (1809-1878). — Historiador, crítico, poeta y maestro ilustre. Emigrado durante la tiranía, vivió en Montevideo y luego en Chile, volviendo a la patria después de Caseros.

OBRAS: *Poesías, Ensayo sobre Juan Cruz Varela, Origen y des-*

arrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires, La imprenta en América, San Martín.

JUICIO: "Gutiérrez era hombre de extensa cultura, de muy despejado entendimiento y de muy vasta y sólida lección de los clásicos antiguos y modernos, de gran aptitud para comprender y sentir la belleza, y de muy penetrante discernimiento en la parte técnica". — (M. Menéndez Pelayo.)

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

57.

ANÉCDOTAS DE FACUNDO

Es inagotable el repertorio de anécdotas de que está llena la memoria de los pueblos con respecto a Quiroga; sus dichos, sus expedientes, tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe. ¿Qué diferencia hay, en efecto, entre aquel famoso expediente de mandar partir en dos el niño disputado, a fin de descubrir la verdadera madre, y este otro para encontrar un ladrón?

Entre los individuos que formaban una compañía, había robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir al ladrón habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuantos soldados había; hace en seguida que se distribuyan a cada uno, y luego con voz segura, dice: "aquel cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ese es el ladrón". Al día siguiente, formóse de nuevo la tropa, y Quiroga procede a la verificación y comparación de las varitas. Un soldado hay, empero, cuya vara aparece más corta que las otras. "¡Miserable!", le grita Facundo con voz aterran-

te, "tú eres! . . .", y en efecto, él era; su turbación lo dejaba conocer demasiado. El expediente es sencillo: el crédulo gaucho, creyendo que efectivamente creciese su varita, le había cortado un pedazo. Pero se necesita cierta superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana, para valerse de estos medios.

Habíase robado algunas prendas de la montura de un soldado, y todas las pesquisas habían sido inútiles para descubrir al ladrón. Facundo hace formar la tropa y que desfile por delante de él, que está con los brazos cruzados, la mirada fija, escudriñadora, terrible. Antes ha dicho: "yo sé quién es", con una seguridad que nada desmiente. Empieza a desfilar, desfilan muchos, y Quiroga permanece inmóvil; es la estatua de Júpiter Tonante, es la imagen del Dios del Juicio Final. De repente se abalanza sobre uno, le agarra del brazo, le dice con voz breve y seca: "¿Dónde está la montura? . . ." "Allí, señor", contesta señalando un bosquecillo. "Cuatro tiradores", grita entonces Quiroga. ¿Qué revelación era ésta? La del terror y la del crimen hecha ante un hombre sagaz.

Estaba otra vez un gaucho respondiendo a los cargos que se le hacían por un robo; Facundo le interrumpe diciendo: "Ya este pícaro está mintiendo; a ver. . . cien azotes. . ." Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo a alguno que se hallaba presente: "Vea, patrón: cuando un gaucho al hablar esté haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo". Con los azotes, el gaucho contó la historia como debía de ser, esto es, que se había robado una yunta de bueyes.

Necesitaba otra vez y había pedido un hombre resuelto, audaz, para confiarle una misión peligrosa. Escribía Qui-

roga cuando le trajeron el hombre; levanta la cara después de habérselo anunciado varias veces, lo mira y dice continuando la escritura: “¡Eh! . . . ¡Ese es un miserable, pido un hombre valiente y arrojado!” Averiguóse, en efecto, que era un patán.

De estos hechos hay centenares en la vida de Facundo, y que al paso que descubren un hombre superior, han servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa entre hombres groseros que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales.

EVARISTO CARRIEGO

58.

LA SILLA QUE AHORA
NADIE OCUPA



Con la vista clavada sobre la copa,
se halla abstraído el padre desde hace rato;
pocos momentos hace rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, de olvidadizo, colocó en frente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas
porque insistentemente, como empujado
por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuándo será el regreso de la mamá.

EVARISTO CARRIEGO. (1883-1912). — Poeta lírico. Nació en Paraná.

OBBAS: *Misas herejes, La canción del barrio.*

JUICIO: "En su espíritu de poeta, sensible a la angustia y al dolor, repercutían las hondas desolaciones morales del barrio pobre, donde el cosmopolitismo acumula sus miserias, comprendiendo en toda su intensidad la injusticia social que se oculta como una llaga en el fondo de esa tristeza". — (*Juan Más y Pi.*)

MARTÍN GARCÍA MÉROU

59.

LA MUERTE DE SARMIENTO

Acababa de conciliar el sueño, después de dos horas de insomnio en que la imagen del eminente estadista no se apartaba de mis ojos, cuando fui despertado y recibí por teléfono la noticia de que el general se agravaba por instantes. Un tranvía expreso, previsoramente preparado por el señor Masías, compatriota que administraba la empresa, me esperaba en la puerta, y en él me trasladé rápidamente al hotel de la "Cancha", acompañado por aquel señor y por mi viejo amigo don Sinforiano Alcorta . . . La noche tropical era tranquila, húmeda, poblada de rumores extraños, en que se confundía el lamento de la brisa entre los árboles, el canto lejano de alguna ave solitaria y el ruido sordo del río que precipitaba sus ondas a la distancia.

Eran las dos de la mañana y el cielo cubierto de estrellas empezaba a palidecer, como esperando la invasión de las primeras claridades del alba . . . Al llegar a la "Cancha" nos precipitamos a la habitación del enfermo y una escena imponente se presentó a nuestros ojos. Sarmiento acababa de expirar. Su cadáver reposa sobre un catrecito de hierro, encima de varios almohadones. Tiene el rostro dado vuelta hacia la pared, y una de sus manos extendida sobre su cuerpo. Sosteniendo esa mano helada, de rodillas junto al lecho, con la palidez del dolor en las mejillas y el pecho convulsionado por los sollozos profundos, su nieta María Luisa. Al pie de la cama, la hija del general Sarmiento desfallece entre los

brazos de dos nobles señoras, que tratan en vano de encontrar palabras de consuelo para aquel inmenso infortunio; Julio Belín, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, deja correr sus lágrimas en silencio. Me aproximó al general con el corazón conmovido. Su expresión es serena y majestuosa. Parece dormido después de tantas luchas y fatigas. La almohada en que reposa un lado de su cara, está manchada con algunas gotas de sangre arrojadas en el estertor de la agonía.

Aquella muerte desolada, aquel grupo desesperado, visto a la luz de las bujías que una piadosa había colocado sobre el velador, oprimió mi corazón con un anillo de hierro. Me pareció que con el último suspiro de aquella alma gloriosa, algo se había desprendido de mi propio corazón. Mi mirada se fijaba, atraída por el horror de la inmensa pérdida, en su rostro de líneas marcadas y profundas, que iban esfumándose y afinándose poco a poco, modeladas por la mano de esa horrible Artista que dulcifica y espiritualiza la última expresión de los que parten. Allí está, frío, rígido, tranquilo, el luchador de tantos años, aquella naturaleza tempestuosa y equilibrada, que había desafiado, sin un desfallecimiento, el golpe del infortunio. Y mientras la luz de las bujías arrojaba tintes marmóreos sobre su rostro dormido, por la puerta de la habitación que daba a la verde campiña, penetraban los violentos rayos de la aurora; toda una poesía dulce del despertar de la vida, todos los esplendores de un paisaje que renace del sopor nocturno, iluminaban con sorpresa el recinto de aquel cuarto estrecho en que nos agrupábamos sollozantes, prosternados ante el solemne cadáver! . . . Herido profundamente por la inmensa desgracia, me sentía desfallecer, cuando la nieta del general se aproxima a mí, y tomándome de la

mano, en presencia del reducido grupo que la acompaña, me da las gracias delante del cadáver "de su segundo padre", por todo el afecto que mi familia y yo le hemos demostrado. Aquel arranque de un corazón generoso, hace desbordar el sentimiento contenido. Y una vez más me encuentro frente al enigma insondable, una vez más me hiela el frío de la tumba, y mido la vanidad y la fragilidad de las grandezas humanas. Aun conservo en mi oído el eco acompasado de la respiración del enfermo. Quedo solo un instante y me parece escuchar sus fatigosas aspiraciones.

Algunas horas más tarde, esa misma niña deposita en mis manos, como un recuerdo sagrado, la pluma usada por el general Sarmiento durante su permanencia en la Asunción.

MARTÍN GARCIA MEROU. (1862-1905). — Poeta y crítico. Ejerció, entre otros cargos públicos, el de ministro de Agricultura y fué enviado argentino ante varios gobiernos americanos.

OBRAS: *Poesías*, *Estudios literarios*, *El Brasil intelectual*, *Recuerdos literarios*, *Estudios americanos*, *Juan Bautista Alberdi*.

JUICIO: "Así como se nace bonachón o atrabiliario, así se viene al mundo desvergonzado y procaz, o correcto y pudoroso. García Mérou es bonachón, correcto y pudoroso; y porque es esto último, no brota de su pluma concepto atrevido; porque es correcto, su estilo es siempre noble y severo; y porque es bonachón, reparte aplausos y prodiga alabanzas no siempre en armonía con las severas reglas del arte literario". — (R. Monner Sans.)

ALFREDO R. BUFANO

60.

PRIMAVERA EN LA MONTAÑA

Brillan las moreras y los carolinos,
se hinchan los sarmientos de las viñas prietas,
y hay en los caminos
y en las ríspidas sierras violetas
una oculta alegría pagana
que es oro en la tarde y oro en la mañana.

Cantan los senderos, cantan los pinares,
cantan los chañares y albaricoqueros,
y los durazneros y los olivares
y los azahares de los limoneros.

De limpios verdores se cubren las parras
del huerto querido. La siesta
ya afina su orquesta
de agudos zorzales y roncás chicharras.
Mi verso se viste de pámpano y pino;
se lleva a los labios su flauta de rama de higuera.
danzando la danza de la primavera.

ALFREDO R. BUFANO. — Poeta, periodista y educador contemporáneo. Nació en Buenos Aires en 1895.

OBRA: *El viajero indeciso, Canciones de mi casa, Misa de réquiem, Poemas de provincia, El huerto de los olivos, Poemas de Cuyo.*

JUICIO: "La personalidad de este poeta es verdaderamente simpática. Sin poses, sin atildamientos, sin *originalidades*: ha logrado dar con el sendero a que su inclinación afectiva y doméstica lo impulsaba: es ya el poeta del hogar, íntimo, blando, amoroso". — (*Arturo Romay.*)

EMMA DE LA BARRA DE LLANOS (*César Duayen*)

61.

LAS DOS ALMAS

La maestra entró en el salón con su paso ligero y cadencioso; subió tres gradas y ocupó su puesto sobre la amplia tarima de roble, detrás de una mesa sobre la cual había libros y flores. Los discípulos, que lo llenaban en gran parte, pusieronse de pie, recibiendo sobre sus cabezas el bautismo de su primera mirada.

Tenía ante sus ojos a todos reunidos en la gran sala del establecimiento, desde los pequeñitos del Jardín de Infantes hasta los grandes del cuarto grado, a fin de conocerlos a un mismo tiempo, según su deseo.

Eran muchos, aunque conociendo la inscripción, podía comprobar la ausencia de gran número. No le extrañaba aquello: había previsto el terror a la escuela, cundiendo por Los Cardos y otros *pueblitos* semejantes de la vecindad; había tenido la visión clara de los muchachos más grandes huyendo hacia el monte o la playa como de un peligro, y también, la de los padres despreocupados e indolentes fingiendo reconocer las ventajas de la educación, predicadas por su benefactor, para reírse después a sus espaldas, hostiles a todo trabajo, progreso e instrucción.

Martha sentía su corazón crecer para dar cabida a aquellos tiernos seres que se le entregaban, reclamando de ella el alimento espiritual. Y al recibir, a su vez, el dulce calor de sus ojos, tuvo una alarma: “¿Sabré nutrirlos?” — se preguntó.

En el acto la tranquilizó la conciencia de su propia fuerza y de su propia voluntad.

Ellos alarmáronse también. Temieron un momento una decepción. ¡Habían pensado tanto en ella! — “¿Llegaremos a quererla?”, preguntáronse como la joven. Pero la tenían a su frente, sonriéndoles deliciosamente, brillándole en la cara aquellos ojos claros que se fijaban francamente sin que cambiara su color el miedo de ser descifrados, y recobraron la confianza. Sintieron que la querían ya, y hubiera sido ya un dolor perderla, comprendiendo al mismo tiempo la razón de ese nuevo sentimiento. Querían a Martha Cummins porque era una criatura de bondad, de serenidad y de armonía, en quien no había agitaciones ni inquietudes turbadoras. Queríanla también porque era bella, de una belleza indestructible, a la que sus ojos infantiles iban a buscar más allá de su noble frente, perdida entre la gran masa de cabellos castaños, más allá de su piel de raso y de su boca de gracia, como el resultado de un conjunto de virtudes propias, y de todas las alegrías y dolores, impresiones y sensaciones que iba ella recogiendo por la vida, para devolverlos luego en su enseñanza y en su expresión.

Y entonces, segura de su propio amor, el alma blanca de la escuela voló a confundirse con el alma generosa de la maestra.

EMMA DE LA BARRA DE LLANOS (*César Duayen*). — Novelista contemporánea.

OBRAS: *Stella*, *Mecha Iturbe*, *El manantial*.

JUICIO: “Toda la fuerza del autor reposa en la pureza del sentimiento, en la elevación de los móviles, en el perfume delicado de idealismo que flota a través de sus páginas. Junto a las fallas de técnica, el autor revela las más eminentes condiciones de pensamiento y de observación. Se destaca, sobre todo, la ecuanimidad de espíritu y la suavidad de criterio con que mide los hombres y las cosas”. — (*José Luis Murature*.)

FLORENTINO AMEGHINO

62.

LOS ÁRBOLES



Es innegable que las grandes arboledas dejan caer el agua de lluvia de un modo más suave; por medio de las raíces vuelven el terreno más poroso, de modo que las aguas se infiltran en él con mayor facilidad; anulan la denudación de las aguas que corrían antes en la superficie sin ser absorbidas por el suelo; favorecen la formación del humus cuyas propiedades higrométricas son bien conocidas; contrarrestan en parte los efectos desastrosos de las inundaciones impidiendo que se efectúen con demasiada rapidez; atenúan la evaporación que producen los rayos solares y los vientos demasiado secos, conservando en el suelo mayor grado de humedad; impiden el derrumbamiento de las barrancas de los ríos y riachuelos, regularizando sus cursos; templan las temperaturas excesivamente cálidas; purifican la atmósfera deteniendo los miasmas palúdicos que transportan los vientos; atraen los vapores acuosos de los aires cargados de humedad, obligándolos en parte a condensarse en lluvias, etc.

En todas partes donde se han ido talando los montes se han ido cambiando igualmente las condiciones climatológicas. En el Asia Menor, en las riberas del Eufrates, en las orillas del Mediterráneo, etc., la destrucción de las selvas ha convertido

en eriales, campos antes fértiles, haciendo desaparecer las pequeñas corrientes de agua. La tierra de Canaán, tan famosa en otros tiempos por su fertilidad, a causa de la destrucción de las arboledas es en el día un desierto. Y en la misma República Argentina, en la falda de los Andes, especialmente en las provincias de Mendoza y San Juan, en donde en vez de aumentarlas se están destruyendo las pocas arboledas que allí había, ya están haciéndose sentir sus efectos en la disminución del caudal de agua de las lagunas, de las que muchas ocupaban una extensión tres veces mayor hace tan sólo un siglo, y en la desaparición rápida de las pequeñas corrientes de agua. Y en todas partes donde se han restablecido las antiguas condiciones por medio de la creación de bosques artificiales, han desaparecido las inundaciones y las secas, se ha aumentado el caudal de agua de los ríos y riachuelos y el suelo ha recuperado su antigua fertilidad.

La influencia benéfica de las grandes arboledas sobre el clima y el régimen de las aguas es entonces innegable

Ahora, desde unos veinte años a esta parte, las arboledas se han multiplicado notablemente en las llanuras de Buenos Aires, antes desnudas, aunque no todavía en la proporción necesaria a tan vasta llanura. Sin embargo, se ha notado, aunque no con la precisión científica que sería de desear, que en las inmediaciones de aquellos pueblos que se hallan rodeados de muchas quintas y chacras, y por consiguiente de una gran cantidad de árboles, las secas no se hacen sentir con tanta intensidad como a algunas leguas de distancia, aunque no se ha podido constatar si ello depende de un aumento en la cantidad de lluvia anual o de una nueva condición higrométrica del terreno superficial; pero es indudable que, por una parte, debe atribuirse a un aumento de rocío, fenómeno general en la proximidad de las grandes arboledas

Si este benéfico resultado se ha obtenido, casi podría decirse inconscientemente, plantando árboles al acaso, según las conveniencias personales de cada uno, indudablemente, aumentando las plantaciones en grande escala, combinadas con otros trabajos, como ser: canales de desagüe y de navegación, represas en las corrientes de agua que cruzan los terrenos elevados, estanques y lagunas artificiales según un cierto plan que se trazara de antemano, se llegaría a modificar por completo las condiciones climáticas de la Pampa y del Sudeste. Los inviernos serían entonces más húmedos y los veranos no tan calurosos, menos secos y con fuertes rocíos, contribuirían poderosamente a fertilizar las tierras. Entonces desaparecerían las secas, y por consiguiente tampoco habría peligro en abrir un pequeño número de canales de desagüe suplementarios a los ríos actuales, por los que, en caso de lluvias verdaderamente extraordinarias, se pudiera conducir al océano el excedente de las aguas, evitando así los desastres de las inundaciones.

Pero esos canales deberían estar contruídos de manera que sólo dieran desagüe a los campos inundados en los casos excepcionales aludidos, evitando el desagüe en todo el resto del año para conjurar los peligros de las secas y la esterilidad de los campos que, como lo he demostrado, resultaría de un desagüe ilimitado y perpetuo.

FLORENTINO AMEGHINO. (1854-1911). — Eminente naturalista y uno de los sabios más ilustres de su época.

OBRAS: *Filogenia, Antigüedad del hombre en el Plata, Mi credo, Doctrinas y descubrimientos.*

JUICIO: "Grandes ejemplos morales necesita la juventud; el más educador es la vida de un sabio ilustre, consagrada toda entera a la investigación de la verdad. Pocos hombres de ciencia igualaron a Ameghino por la fe en sus ideales; ninguno podrá excederle por la austeridad con que los sirvió sin descanso. Su vasta obra fué como una avalancha, en la continua ampliación de sí misma".
— (José Ingenieros.)

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

63.

LA PALMERA SOLITARIA

Entre los grises edificios,
mustia, en inmóvil actitud de enferma,
con sus ramas caídas como brazos cansados,
bajo los turbios cielos de la ciudad inmensa,
está soñando misteriosos sueños
la palmera.

¡Palmera solitaria! . . .
Desde mi bohardilla de poeta,
desde el rincón sin luz de mi ventana,
yo dialogo con ella,
y me cuenta sus sueños misteriosos
la palmera.

Me habla del cielo azul, del trópico distante,
de una lejana tierra,
del canto de los pájaros de fuego,
de un río de aguas claras y de verdes riberas,
y de las noches indias
palpitantes de estrellas . . .

Humo, rumores, lluvias
de la ciudad inmensa . . .
entre los grises edificios,
en el rincón sin luz de mi bohardilla
yo también sueño como la palmera.

BARTOLOMÉ MITRE

64.

LOS GRANADEROS A CABALLO

El primer escuadrón de granaderos a caballo fué la escuela rudimental en que se educó una generación de héroes. En este molde se vació un nuevo tipo de soldado animado de un nuevo espíritu, como hizo Cronwell en la revolución de Inglaterra, empezando por un regimiento para crear el tipo de un ejército y el nervio de una situación. Bajo una disciplina austera que no anonadaba la energía individual, y más bien la retemplaba, formó San Martín, soldado por soldado, oficial por oficial, apasionándolos por el deber, y les inculcó ese fanatismo frío del coraje que se considera invencible, y es el secreto de vencer. Los medios sencillos y originales de que se valió para alcanzar este resultado, muestran que sabía gobernar con igual pulso y maestría espadas y voluntades.

Su primer conato se dirigió a la formación de oficiales, que debían ser los monitores de la escuela bajo la dirección del maestro. Al núcleo de sus compañeros de viaje fué agregando hombres probados en las guerras de la revolución, prefiriendo los que se habían elevado por su valor desde la clase de tropa; pero cuidó que no pasaran de tenientes. Al lado de ellos creó un plantel de cadetes, que tomó del seno de las familias espectables de Buenos Aires, arrancándolos casi niños de brazos de sus madres. Era la amalgama del cobre y del estaño que daba por resultado el bronce de los héroes.

Con estos elementos organizó una academia de instrucción práctica que él personalmente dirigía, iniciando a sus ofi-

ciales y cadetes en los secretos de la táctica, a la vez que les enseñaba el manejo de las armas, en que era diestrísimo, obligándolos a estudiar y a tener siempre erguida la cabeza ante sus lecciones una línea más arriba del horizonte, mientras llegaba el momento de presentarla impávido a las balas enemigas. Para experimentar el temple de nervios de sus oficiales, les tendía con frecuencia acechanzas y sorpresas nocturnas, y los que no resistían a la prueba eran inmediatamente separados del cuerpo, porque "sólo quería tener leones en su regimiento" . . .

En cuanto a los soldados, los elegía vigorosos, excluyendo todo hombre de baja talla. Los sujetaba con energía paternal a una disciplina minuciosa, que los convertía en máquinas de obediencia. Los armaba con el sable largo de los coraceros franceses de Napoleón, cuyo filo había probado en sí, y que él mismo les enseñaba a manejar, haciéndoles entender que con esa arma en la mano partirían como una sandía la cabeza del primer "godo" que se les pusiera por delante, lección que practicaron al pie de la letra en el primer combate en que la ensayaron. Por último, daba a cada soldado un nombre de guerra, por el cual únicamente debía responder, y así les daba el ser, les inculcaba su espíritu y los bautizaba.

Sucesivamente fueron creándose otros escuadrones según este modelo, y el día que formaron un regimiento, el gobierno envió a San Martín el despacho de coronel con estas palabras: "Acompaña a V. S. el gobierno el despacho de coronel del regimiento de granaderos a caballo. La superioridad espera que continuando V. S. con el mismo celo y dedicación que hasta aquí, presentará a la patria un cuerpo capaz por sí solo de asegurar la libertad de sus conciudadanos".

CARLOS OCTAVIO BUNGE

65.

MIS PRIMEROS ENTUSIASMOS



Mi pasión eran los cuentos, prefiriéndolos a los juguetes, a los dulces, a los mismos paseos. Amábalos de todos los géneros. Los de hadas o fantásticos me cautivaban; los realistas, de hombres y mujeres, como siempre había en ellos robos, incendios, asesinatos, me conmovían y arrancaban dulces lágrimas; los de animales — sobre todo el de “Cochanchito”, aquel lechoncito tan mal educado, — me hacían reír hasta desternillarme y provocar ciertas inoportunidades fisiológicas.

Por la noche, por la mañana, por la tarde, el día entero, pedía que me contaran cuentos y más cuentos, a mi abuela, a mi madre, a las criadas, a todo el mundo. Apenas concluyera uno, suplicaba: “¡Otro, otro cuento!” Agotado su repertorio, mi abuela se defendía. Ya no sabía más; todos me los había contado. . . . “¡No importa, cuéntame alguno de nuevo! . . . ¡Cuéntame otra vez el de la “Cenicienta”!”

Cansada de tanto repetirlo, abreviábalo en algún pasaje mi abuela: “. . . Entonces la Cenicienta, al salir del salón, perdió el zapatico de cristal. . .” Yo protestaba: “No es así, abuelita. . . Entonces la Cenicienta salió escapada del baile, y, al bajar la escalinata del palacio, perdió su zapatico de cristal. . .” “Si lo sabes mejor que yo,— preguntábame la

buena señora — ¿para qué quieres que te lo cuente? . . .” Pero yo respondía, convencido: “Cuanto más lo sé, más me gusta oírlo”.

Harta de repetirse, glosaba mi abuela en ocasiones, con ligeras variantes, los ligeros cuentos. Pero yo, amante de la corrección y de la exactitud, corregíala también en tales casos: “Eso es el cuento de Alibabá con otros nombres y mal contado. ¡Cuéntamelo bien, abuelita, y con los nombres verdaderos!” No había, pues, más escapatoria que propinarme el cuento como lo pedía, sin varias ni omitir detalle.

Terminada una historia, sobre todo cuando la narrara mi madre, era yo aficionadísimo a improvisarle una continuación insólita. “. . . Y sucedió, decía ella, que se casó la Bella Durmiente con el príncipe Amable. Fueron muy felices, tuvieron muchos hijos, y, si no han muerto, viven aún”. En el mismo tono de cuentista, continuaba yo: “Y así fué como la Bella Durmiente del Bosque se casó con el príncipe Amable, y tuvieron dos hijos. El mayor era lindo como el sol y bueno como Dios; el segundo era malo como el diablo y picado de viruelas. . .”

Siendo yo el primogénito, eso olía a inmodestia, y mi madre enmendábame la plana: “El hijo segundo era lindo como el sol y muy bueno; pero no como Dios, porque nadie puede serlo tanto. En cambio, el hijo mayor era bastante malo y picado de viruelas, pues no se había dejado vacunar. . .” Al oírlo, estallaba mi indignación: “¡Yo me he dejado vacunar!” Y mi madre concluía, sonriendo: “¡Tontuelo! ¿Acaso me refiero a ti? ¿No estábamos en que todo era cuento?”

CARLOS OCTAVIO BUNGE. (1875-1918). — Escritor, jurisperito y maestro eminente.

OBRAS: *Nuestra América*, *La educación*, *Historia del derecho argentino*, *La novela de la sangre*, *Nuestra patria*.

MANUEL QUINTANA

66.

SAN MARTÍN



Mañana hará un siglo que, en la derruida capital de la provincia de Misiones, naciera modestamente un niño, que traía estampado sobre su frente el sello luminoso del genio y de la gloria.

Militar de vocación y raza, *San Martín* insume los primeros años de su espartana juventud en los colegios y en los campamentos, retemplando su espíritu y su cuerpo para

las memorables campañas que pronto acometerá en defensa de la más grande de todas las causas: la causa de la emancipación de los pueblos contra la opresión de los conquistadores.

España, cuna de sus padres y metrópoli de las colonias en que él mismo viera la luz del día, gime a la sazón bajo la garra de las águilas imperiales de Francia. Abandonado por sus monarcas, el bravo pueblo español se apresta en masa a sacudir el ominoso yugo de la dominación extranjera.

San Martín, en la aurora de su brillante carrera, no vacila en ofrecerle el concurso modesto, pero leal y decidido de su inteligencia y de su espada. *Arjonilla*, *Bailén* y *Albuera* le cuentan en las filas de los que vencen a los vencedores de la Europa, y el alto grado de teniente coronel sobre el campo de batalla es condigno premio de su pericia y de su denuedo.

La inmortal revolución de 1810 estalla entretanto a orillas del majestuoso Plata y repercute eléctricamente por todos los ámbitos de la América latina. Un duelo a muerte se traba al instante entre españoles y americanos: los unos para perpetuar su antigua dominación, los otros para romper sus cadenas de tres siglos.

El fragor de los primeros combates estremece a *San Martín*, despedaza sus compromisos hacia España y lo arrastra a prodigar la vida en aras de la independencia de su patria, y más que de su patria, de la América toda; *San Lorenzo*, *Chacabuco*, *Maipú*, *Lima* y *Callao* son las etapas gloriosas que marcan sus huellas indelebles al través de valles y montañas, de pampas y de mares.

La gratitud oficial lo condecora con el triple título de generalísimo del Perú, capitán general de Chile y brigadier general de la República Argentina. La gratitud popular lo aclama emancipador del Perú, libertador de Chile y salvador de la revolución argentina. Improvisador de ejércitos. dominador de la naturaleza, hijo predilecto de la victoria, redentor de pueblos y creador de naciones, trepa a la cima de la escala militar y a la cúspide de la grandeza humana.

Semejante a un torrente impetuoso, parece que nadie pudiera detenerle en el desenvolvimiento final de su augusta misión y, sin embargo, apenas celebrada la histórica entrevista de Guayaquil, el coloso vencedor de todos y de sí mismo, en la plenitud de una vida tan noblemente consagrada al culto de la patria y en el apoyo de una gloria tan heroicamente conquistada en epopeya sin igual, desciende espontáneamente de la eminencia que ocupa y se retira con serena majestad del vasto campo de una lucha que tiene por palenque a Sud América y por espectador al mundo.

No lo impulsa la fatiga, ni el desencanto, ni el egoísmo; se inmola patrióticamente en holocausto a su misión: deja su país, sale de América, traspone el océano y, a tres mil leguas de distancia, se sepulta, viviente, en la más pavorosa soledad del que se siente aislado en medio de la animación de un mundo indiferente o extraño.

Y despojado de su homérico rol en el momento supremo, calumniado en sus propósitos y desconocido en sus sacrificios, renegado por los suyos y perseguido por los extraños, siempre grande, siempre generoso, siempre digno, se envuelve en el manto de su conciencia inmaculada, convierte su pecho de granito en tumba de sus pasiones y, titán de la fortaleza y de la resignación, muere silenciosamente en tierra extranjera, legando corazón tan magnánimo a tan olvidadizos contemporáneos.

Tal es, trazado a grandes rasgos, el pálido bosquejo del héroe en cuyo nombre y en cuyo honor nos hallamos todos congregados.

Tan puro como Belgrano, más abnegado que Bolívar y primer capitán de su época, nadie puede ostentar títulos más acrisolados al reconocimiento de los pueblos que redimiera por el esfuerzo aunado de su genio y de su audacia.

Menos afortunado que Washington, careció de la oportunidad de mostrar, en el gobierno tranquilo de las sociedades, las elevadas dotes y las austeras virtudes que revela en el comando de sus ejércitos; pero, a semejanza del héroe norteamericano, el fallo justiciero de la posteridad le proclama en alta voz el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el amor de sus conciudadanos.

Y puesto que la hora de la reparación nacional ha llegado, espléndida y solemne, para el más ilustre de todos los argen-

tinios en la víspera de su primer centenario, inclinémonos respetuosamente ante su sombra veneranda, esperando el día no remoto en que nuestra gratitud y nuestra admiración osarán tallar su colosal estatua en la cresta más elevada de los gigantes Andes, pedestal eterno de su grandiosa inmortalidad.

MANUEL QUINTANA. (1834-1906). — Orador y político. Ejerció la primera magistratura de la Nación desde 1904 hasta su fallecimiento.

BELISARIO ROLDÁN

67.

LA BALADA

Caballito criollo del galope corto,
del aliento largo y el instinto fiel;
caballito criollo que fué como un asta
para la bandera que anduvo sobre él.

Caballito criollo que de puro heroico
se alejó una tarde de bajo el ombú,
y en alas de extraños afanes de gloria,
se trepó a los Andes y se fué al Perú.

Se alzaré algún día, caballito criollo,
sobre una eminencia un overo en pie
y estará tallada su figura en bronce,
caballito criollo que pasó y se fué.



JUAN CARLOS DÁVALOS

68.

LA JACA MUERTA

Yace junto al camino, roja, y despanzurrada.
Un ladrón vagabundo le desolló la piel,
dejándole en los ojos una torva mirada
y entre los blancos dientes una sonrisa cruel.

¡Pobre jaca de carro! Largos años uncida,
gimió bajo el azote del látigo feroz;
y cuando ya no andaba de enferma y dolorida,
la echaron a los campos, al amparo de Dios.

Una clara mañana la topé que venía
arreada por la muerte, con inseguro paso,
por el blanco camino del sórdido arrabal.

Y esa tarde, al regreso, ví su lenta agonía,
y en las pupilas turbias y vueltas al ocaso,
la postrera nostalgia de su cerro natal.

JUAN CARLOS DÁVALOS. — Poeta y prosista contemporáneo.
Nació en Salta en 1887.

OBRAS: *De mi vida y de mi tierra, Cantos de la montaña, El viento blanco, Los casos del zorro.*

JUICIO: "Juan Carlos Dávalos es, sin duda, uno de nuestros poetas representativos, no tanto tal vez por lo que hay de personal en su obra, sino por los motivos en que se inspira". — (*Rafael de Diego.*)

PEDRO GOYENA

69.

ESTEBAN ECHEVERRÍA

Echeverría es uno de nuestros literatos más afamados. Sus composiciones líricas, sus poemas, sus escritos en prosa, fueron leídos con avidez en los tiempos ya lejanos en que inició lo que puede llamarse el movimiento revolucionario de nuestra literatura. Conviene que la joven generación se familiarice con aquel noble y vigoroso espíritu que condensaba, por decirlo así, todas las nociones de la ciencia social en la época en que vivió, y que supo abrir al arte anchos y nuevos caminos, por los cuales hallaron nuestros poetas un mundo entero de bellezas desconocidas. Echeverría era un hombre reflexivo, estudioso, inspirado y amante de su patria. Podría presentársele como el tipo del ingenio sudamericano, sagaz, delicado, flexible, apto para comprender las verdades que obtiene como premio la paciente investigación, y para sentir con viveza las emociones que los bellos espectáculos de la naturaleza despiertan en las almas noblemente apasionadas.

Los jóvenes que cultivan la literatura hallarán, sin duda, en la lectura de las obras de Echeverría, placeres delicados y puros, enseñanzas fecundas y severas. Cuando se trata de evitar que los hombres de letras se puerilicen en busca de una popularidad fácil y perversa, cuando se trata de hacerles adquirir esos hábitos meditativos indispensables para el progreso intelectual, Esteban Echeverría, desdeñoso como Horacio de la incipiente del vulgo, investigador concienzudo en las

cuestiones de la ciencia y del arte, es todavía, después de la muerte, el bienvenido para los pueblos del Plata.

Sus escritos políticos no son, no pueden ser ya, por la marcha natural e incesante de las ideas, una revelación sorprendente para sus conciudadanos, como lo fueron tal vez cuando el malogrado argentino volvió al seno de su patria, después de beber a largos sorbos la ilustración europea; pero son y serán siempre un alto ejemplo para enseñarnos a disciplinar y dirigir las fuerzas intelectuales en orden a hallar la solución de los problemas que se refieren al bien de la sociedad.

Nada es tan eficaz para inspirar aversión hacia el hueco charlatanismo de los que hablan y escriben sin reflexionar, como la lectura de las obras de Echeverría. Él conocía los serios deberes del literato y sabía practicarlos con escrupulosa austeridad. No escribía para halagar las preocupaciones vulgares y alcanzar las victorias estruendosas, pero efímeras, obtenidas por los que dicen a gritos las necesidades que el vulgo ama como a sus hijos; y sacrificaba siempre el efecto inmediato a las reglas del criterio artístico, inaccesible para la gran mayoría de personas que no tienen un gusto refinado. Escribió *La Cautiva* en humildes octosílabos como para hacer contraste con los ampulosos alejandrinos a cuya sonoridad deben algunos versificadores su fama poco envidiable, probando que la poesía reside en las ideas y en el sentimiento, que las modestas formas de un metro sencillo pueden albergar dignamente la sublime inspiración del poeta.

Supo reconcentrarse en los senos de la conciencia y sondear pacientemente las profundidades del mundo interior, así como había estudiado las maravillas de la naturaleza. Esperó los favores de la musa en las horas silenciosas de austeras vigiliias, y la invisible confidente bajó a su alma con una fre-

cuencia y una amabilidad de que pocos pueden jactarse a pesar de haberla invocado muchas veces. Rompió la tradición clásica a que habían estado sujetas las generaciones poéticas de la República Argentina, quitó a nuestra literatura el carácter de cosmopolitismo incoloro" que había tenido hasta entonces, inspirándose en las peculiaridades de nuestra naturaleza y de nuestra sociedad, e introdujo en la poesía las audaces franquezas de la expresión, que muestran con sus verdaderos matices y en todo su vigor los fenómenos del alma humana. Sus cuerdas favoritas eran las que se armonizan con la solemne majestad de la meditación y con los tiernos suspiros de la elegía.

En su alma alberga ese indefinible sentimiento en que se condensan, perdiendo mucho de su amargura, los *males de la vida*, sin llegar a confundirse jamás con la horrible desesperación o la sarcástica indiferencia de los que han dado a la esperanza un eterno adiós. Su espíritu se obscurecía con las nubes de la tristeza como el mundo con las sombras del crepúsculo, pero brillaba también con los fulgores de halagüeñas visiones. Echeverría ha contemplado el ideal, ha sentido los dolores y los placeres de esa contemplación, y ha reflejado en bellas estrofas las variadas escenas de su drama interior.

PEDRO GOYENA. (1843-1892). — Escritor, político y orador famoso. Se destacó en el parlamento, el periodismo y la cátedra.

OBRAS: *Félix Frías*, *Crítica literaria*, *Discursos*.

JUICIO: "El doctor Goyena es, sin duda, uno de los talentos más brillantes de nuestra patria. Su estilo claro, transparente, flúido y elegante, sin sombra de afectación, revela en su sencillez y pureza de líneas una mano avezada a afrontar y vencer todas las dificultades de la expresión y de la forma". — (*M. García Mérou.*)

ALBERTO GHIRALDO



70.

O C A S O

I

Como un interrogante o una esfinge,
la mirada perdida
en el misterio de la gran llanura,
altanero y sombrío,
está el gaucho clavado
sobre el potro bravío.

La bárbara figura
se destaca atrevida,
sirviéndole de marco majestuoso
el azul esplendente de la altura
y el verde de la pampa victorioso.

—¿Dónde está mi camino —
parece preguntar con la mirada: —
¿Dónde la huella, dónde el derrotero? —
¿Es un héroe o es un loco
este altivo guerrero
de la noche de América triunfante
parado frente a frente del destino
como una esfinge o un interrogante?

—¿El pueblo que ha contado con mi brazo
me arroja de su seno como escoria
— resaca de la mar, barro de río —
después que con mi brazo hizo su historia!
Y la férrea figura,
curtida de los soles el semblante
y el alma de amargura,
con gesto de amenaza
deja de ser esfinge
para ser la Sibila de su raza.

II

—Odio y resignación llevo escondidos
en los hondos repliegues de mi alma
y hay rencor en mi acento
porque sufro el desprecio del hermano,
¡el mismo a quien mi aliento
en la ruda contienda
ayudó a libertar de su tirano!

En cruz los brazos, la mirada al viento.
con la actitud del fuerte

que nada busca ya, que nada espera,
porque todo lo tuvo y lo dió todo,
marcho solo y triunfante
llevando por bandera
mi dolor arrogante. . .

¡Mi dolor, que es mi fuerza y es mi escudo;
mi dolor, que es mi cumbre y es mi gloria!

¡Dolor que está en mi frente
grabado por el sol de la victoria!

¡Cúbranse de vergüenza
todos los que han querido
colocar bajo el taco de sus botas,
como a un puma dormido,
el orgullo del gaucho americano!

¡Libre soy, libre he sido,
libre debo morir! . . .

—En el desierto
se hizo débil la voz, como un gemido.
¡Cerró el gaucho los ojos
y en su propio caballo quedó muerto!

ALBERTO GHIRALDO. — Poeta, periodista y dramaturgo contemporáneo.

OBRAS: *Fibras*, *Música prohibida*, *Triunfos nuevos*, (poesía);
Alma gaucha, *Doña Modesta Pizarro*, *Los salvajes*, (teatro).

JUAN B. AMBROSETTI

71.

LA HORMIGA DE CORRECCIÓN

Una noche, hallándonos comiendo en una casa de *Tacurú-Pucú* (Misiones), sentimos un inusitado tropel de ratones por el techo, y vimos caer unas cucarachas y grillos sobre la mesa; inmediatamente corrió el grito: “¡La corrección!, ¡la corrección!”, y todos salimos afuera.

Un inmenso ejército de hormiguitas había invadido la casa por un costado y avanzaba amenazador, sin que nada le detuviese, recorriéndolo todo, y continuamente percibíamos el ruido de algún cuerpo que desde el techo caía: cucaracha, grillo, araña, etcétera.

Aquel bochinche diminuto, que debería ser terrible con un micrófono, aumentaba; parecía una ciudad tomada por asalto; las horribles hormigas, en masas compactas, subían, bajaban, lo registraban todo en su marcha, y ¡ay del animal que encontraban por delante!: miles se le prendían en las patas, en el cuerpo, en la cabeza, por todo, mordiéndolo con furor.

Aquella avalancha liliputiense era inexorable, limpiaba y seguía limpiando de huéspedes incómodos.

Una hora después, el ejército abandonaba la plaza conquistada, para empezar en otra su tarea benéfica. Tuvimos suerte, porque si nos agarra en cama, hubiéramos debido necesariamente escapar en paños menores.

Allí dicen que si el hombre no se mueve mientras la corrección le pasa por encima, no lo muerden; pero ¿quién puede resistir impasible aquella cosquilla sombría de miles de

hormigas que durante un cuarto de hora se divierten en pasearse por el cuerpo, por la cara, por el pelo, etc.? Se necesitaría tener no sólo sangre de pato, sino también ausencia completa de sensibilidad en la piel.

Muchas personas, cuando encuentran la hormiga de *corrección*, la convidan para que pase por sus casas para que las limpie; algunos lo hacen en versos como estos:

“Hormiguitas, hormiguitas,
pasen por casa juntitas,
para limpiar los rincones
que están llenos de ratones.”

Y aseguran que la *corrección* acepta la invitación y pronto se aparece en la casa a prestar sus servicios.

Otros, por el contrario, creyéndolas inútiles, y por evitarse el fastidio de tener que saltar de la cama a deshoras de la noche, rodean la casa con ceniza, o, cuando las encuentran, hacen una cruz delante de ellas, en el suelo.

Lo cierto es que una vez que se retiran, dejando la casa sin bichos, no se puede cantar victoria, porque los fugitivos, pasado el peligro, vuelven a ocupar sus puestos de costumbre.

JUAN B. AMBROSETTI. (1865-1917). — Naturalista y escritor.

OBRAS: *Doctor Florentino Ameghino, Fauna de Entre Ríos, Viaje a la Pampa Central, Supersticiones y leyendas.*

JUICIO: “Ambrosetti, en la historia del pensamiento argentino, tendrá que aparecer como creador de tendencias, de orientaciones nuevas y como padre de una obra que no ha de perecer, aun cuando le haya tocado actuar en una época que casi podríamos llamar precursora de la arqueología argentina”. — (*Salvador Debenedetti.*)

PEDRO LACASA

72.

EL GENERAL LAVALLE

Algo más de un héroe, porque fué un mártir, Lavalle perteneció a aquellas legiones inmortales que, destinadas por la Providencia para obrar la regeneración de un mundo, escalaron los Andes, repasaron el Maule, ocuparon la ciudad de los Reyes, tomaron la bandera de Pizarro, llegaron a la línea de fuego del Ecuador, pisaron el Brasil, venciendo a los que intentaron oponerse al paso, contribuyeron a la emancipación política de cinco Repúblicas, que hoy son naciones libres y soberanas.

Actor distinguido en esa lucha homérica, cábele al general Lavalle la gloria de haber sido el primero que al doblar San Martín la cordillera de los Andes, se desprendió como un torrente de aquella montaña de nieve, para sorprender en sus valles a los soldados españoles, que guarecidos por una valla de granito dormían tranquilos a los reflejos de una apacible luna de verano.

Cábele también la de haber sido el argentino que llevó más lejos la bandera del 25 de Mayo, paseándola en triunfo por los pueblos de Río Bamba y Pichincha, y clavándola victoriosa en la cima del Chimborazo.

Su vida puede decirse que es un itinerario glorioso de nuestros gloriosos triunfos. Doquiera que el cañón de la libertad se ha dejado oír en liza caballerosa y leal, la figura del general Lavalle ha aparecido para aterrar a los tiranos.

Alférez en los muros de Montevideo, teniente en Putaende

y Chacabuco, capitán en Maipú y en el Sur de Chile, sargento mayor en Pasco, comandante en Río Bamba, Pichincha y Moquegua, coronel en Ituzaingó, general en Navarro, Puente de Márquez, Palmar, Carpintería, Yermal, Don Cristóbal, Sauce Grande, Tala, Quebracho y Famaillá, se le vió siempre terrible en la pelea, generoso en el triunfo, incontrastable en la derrota.

Dotado de un valor sobrehumano y de una inteligencia superior, Lavalle era tan rápido para concebir como fuerte para ejecutar en los combates.

Educado en el regimiento de "Granaderos a caballo", que nunca fué vencido, bajo los principios austeros del general San Martín, él llevaba siempre la vista alta y el paso medurado.

Habituado a triunfar de subalterno en los combates de la Independencia, cuando llegó a general ordenaba una batalla con la misma serenidad que si dispusiera una parada.

Su semblante, grave pero apacible, no se alteraba nunca. Su alma de fuego se volvía de nieve cuando estaba en peligro, así como su voz plateada y dulce se dilataba como el eco del clarín cuando era necesario hacerse oír en las extremidades de la línea.

Razón ha tenido el publicista Sarmiento cuando, al describir el paso de los Andes, pone al general San Martín al nivel de Aníbal; mucha, el hábil coronel Mitre, cuando apellida Murat al bizarro general don Mariano Necochea, así como nosotros no tenemos menos al asegurar que el general Lavalle reunía en sí el arrojo temerario del Bayardo del ejército francés y la serenidad e inteligencia del mariscal Ney, demostrada del modo más patente al sostener la retirada del ejército grande en el territorio ruso.

El general Lavalle, venciendo con 95 granaderos a 500 soldados españoles en Río Bamba, acuchillando con 100 en Pasco a 300, cargando con tres escuadrones en el Puente de Márquez a 300 gauchos, queda a la altura de Murat: cubriendo la retaguardia del ejército patrio después de los desastres de Moquegua y Torata, en que dió 20 cargas en tres horas, puede ponerse a la altura del afamado Ney.

En confirmación de lo que dejamos dicho, citaremos el juicio que el general San Martín tenía del guerrero que nos ocupa, siendo subalterno, y expresado con motivo de las proezas que había hecho, como guerrero en los combates de Putaendo, Chacabuco y Maipú. A fe que nadie dudará de su competencia para juzgarlo. *Lo que Lavalle haga como valiente — decía, — muy raro será el que lo imite. y el que lo exceda, ninguno;* y el general Bolívar, con quien estuvo siempre en desinteligencia por el modo brusco con que el libertador de Colombia acostumbraba tratar a sus jefes, decía con motivo de haberse negado el general Lavalle, siendo comandante, a obedecer una orden de arresto: *El comandante Lavalle es un león, a quien es preciso tener enjaulado para soltarle el día de la batalla.*

PEDRO LACASA. (....-1869). — Militar y escritor. Fué ayudante del general Lavalle en la cruzada libertadora de 1839-1841.

JOSÉ MÁRMOL



73.

A R O S A S
(FRAGMENTO)

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
y sangre, sangre a ríos se derramó doquier,
y de partidos cráneos los campos se cuajaron,
donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu o demonio su inspiración te da,
cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
y en pos de la palabra, la puñalada va?

¿Qué fiera, en sus entrañas, alimentó tu vida,
nutriéndote en las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida,
para bautismo tuyo, te preparó Luzbel?

¿Qué ser velado tienes, que te resguarda el paso,
para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbrá, acaso,
para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho,
para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
para llamar los muertos a sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento,
cuando revienta el trueno, bramando el aquilón;
cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
para arrojarle eterna, tremenda MALDICIÓN . . .

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia
de un déspota que abriga sangriento frenesí,
el corazón rechaza la bíblica indulgencia;
de tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo,
la renegada frente maldijo de Luzbel:
la humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
también tiene derecho a maldecir como él.

Sí, Rosas, ¡te maldigo! Jamás dentro mis venas
la hiel de la venganza mis horas agitó;
como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas:
pero como argentino, las de mi patria, no.

Por ti, esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
sobre su espada un mundo, bajo su pie un león,
hoy, débil y postrada, no puede, en su agonía,
ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti, esa Buenos Aires más crímenes ha visto
que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;
pues de los hombres hartos, para ofender a Cristo,
tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por ti, sus buenos hijos, acongojado el pecho,
la frente doblegamos bajo glacial dolor,
y hasta en la tierra extraña, que nos ofrece un techo,
nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor!

JOSÉ MARMOL. (1817-1871). — Célebre poeta y político. Vivió largos años en la proscripción, volviendo a la patria a la caída de Rosas.

OBRAS: *Armonías*, *El Peregrino*, (poesías); *Amalia* (novela); *El Cruzado* y *El Poeta*, (dramas).

JUICIO: "José Mármol es la personificación poética de la libertad: en la forma, por su innovación de los cánones clásicos; en el fondo, por sus amores y visiones, y sobre todo en su vida, en su azarosa vida de bardo errante, protesta infatigable contra la tiranía que le había expulsado de la patria". — (*Carlos Octavio Bunge.*)

EDUARDO WILDE

74.

LA CONVALECENCIA

(FRAGMENTO DE "LA LLUVIA")

El que no ha sido convaleciente no sabe lo que es bueno, como el que no tiene callos no conoce las delicias de sacarse las botas. Yo no he tenido nunca callos ni botas, pero sé lo que digo por el testimonio de personas fidedignas y experimentadas.



La convalecencia es una nueva vida que se comienza siendo grande. Uno nace de la edad que tiene al salir de su enfermedad.

¡Cómo se aspira la vida, cómo se siente uno vivir! Para el convaleciente la vida tiene sabor, perfume, música y color; la vida es sólida; puede uno tocarla, sentirla, alimentarse con ella y absorberla en todo momento.

La luz es más luz, el aire más puro, más fresco, más joven; la naturaleza es nueva, risueña, alegre, coqueta, sabrosa, encantadora.

Los órganos que asimilan el alimento con incomparable rapidez, se apoderan de todo con la energía del hambre y la ambición de las necesidades imperiosas de la vida.

¡Convalecer es una suprema delicia!

Parece que la debilidad nos vuelve a la infancia y nues-

tros sentidos gozan con todo, hallando a cada cosa la novedad y el atractivo que los niños le encuentran.

Ninguna mala pasión, ninguna de esas ideas insanas, que son el sustento de la sociedad, germina en la cabeza de un convaleciente; ¡él no quiere sino vivir, comer y descansar!

Se levanta tan pronto como puede para tomar el día por la punta, vive con gusto su vida durante unas cuantas horas y se acuesta después para dormir con un sueño profundo, robusto, intenso, dormido de una pieza.

Y luego las gentes son buenas, compasivas; las caras amables; hay sonrisas en todas las bocas para el convaleciente que se deja adular, regalar, felicitar y cuidar, sin inquietarse siquiera con la sospecha de que sus contemporáneos no esperan sino que se ponga fuerte para volver a agarrarlo por su cuenta y morderlo, despedazarlo y combatirlo, como se usa entre hombres que se quieren y que por eso viven en sociedad.

En fin, yo estaba convaleciente, pálido, flaco, sin fuerza.

¡Qué traza la que tenía! Me parecía que yo era mi propio abuelo; un abuelito chico, disminuído, como si me hubiera secado y acortado; era mi antepasado en pequeño, un antiguo concentrado que no había comido nada durante muchas generaciones; mi apetito era del tiempo de Sesostris y yo había estado en Jerusalén; la conciencia de mi persona se confundía con las más remotas tradiciones y no podía entender cómo pudo llegar hasta mí la noticia de mi existencia, siendo como era una momia mayor que sí misma y contemporánea de los mastodontes.

La enfermedad había retirado en mi memoria las épocas, y yo tenía por sensaciones todas esas paradojas disparatadas.

Conforme iba ganando en fuerza, los días eran más plá-

cidos. Durante algunas horas me sentaba a recibir el sol que entraba en la pieza, y mi silla lo seguía en sus cambios de dirección hasta la tarde.

Nunca he visto sol más amable, más abrigado ni más cariñoso.

Verdad es que mi dicha se aumentaba con las delicias de una excepción legítima: no iba a la escuela y mis hermanos iban. No ir yo era por sí solo una bienaventuranza; que otros fueran era el colmo de la dicha. ¡Tan cierto es que nada abriga tanto como saber que otros tienen frío!

EDUARDO WILDE. (1844-1913). — Médico, escritor y diplomático. Ocupó altos cargos públicos, distinguiéndose por su abnegada conducta durante la epidemia de fiebre amarilla que azotó a Buenos Aires en 1871.

OBRAS: *La primera noche de cementerio*, *Alma callejera*, *El hipo*, *Tini*.



ENRIQUE BANCHS

75.

CANCIÓN

Floridos están los árboles
bajo el bello cielo azul;
se duerme una nube pálida
solitaria en el azul.

Por ventura canta un pájaro
como un tímido violín;
caen temblando los pétalos
a puñaditos sin fin.

Rosados están los céspedes
con tanto despojo en flor:
tantos besos de los pétalos
los llenaron de rubor.

Blanco el sol, las casas pálidas
y el silencio musical...
Picotea otra vez, pájaro,
en la tarde de cristal.

Querman los muertos inmóviles
bajo el bello cielo azul;
derramad vosotros, árboles,
flor rosada y flor azul.

ENRIQUE BANCHS. — Poeta contemporáneo. Nació en Buenos Aires en 1888.

OBRAS: *Las barcas, La urna, El libro de los elogios, El cascabe: del halcón.*

ATALIVA HERRERA

76.

ESTUDIANTINA RURAL



De harto leer hundida la retina,
el inflexible dómine de aldea
con paternal austeridad moldea
la vigorosa y ruda estudiantina.

Junto al rancho escolar, la tropa equina
que cabalgan los chicos, cabecea;
la monótona clase deletrea
cansadamente, hasta que el sol declina.

El golpe alegre de una campanada
despierta a los sonámbulos pollinos
y despide a la agreste muchachada,

que mascullando inútiles lecciones
se desparrama en todos los caminos
en parlera bandada de gorriones.

ATALIVA HERRERA. — Poeta y jurisconsulto contemporáneo.
Nació en Córdoba en 1888

OBRAS: *Las vírgenes del sol*, *Mis noches*, *El poema nativo*,
Bamba.

JOSÉ JUAN BIEDMA

77.

UNA LECCIÓN DE SAN MARTÍN



Se van a librar a los resultados de una batalla los destinos de un mundo republicano. De Maipú depende la suerte de América. Hoy sabemos que sin Maipú no habríamos cantado a Ayacucho.

San Martín, el genial vencedor de los Andes, marchaba dueño de todas sus arrogancias en el centro de aquellas columnas de hombres que llevaba a la muerte. Pensaba en los destinos de América que estaban en juego. ¡Qué gigante sería su preocupación!

De ella le arrancó por un instante la presencia del general Brayer, aquel que “más de veinte años de combate lo han hecho conocer con distinción en Europa”, a estar a los términos de su exposición contra San Martín, después de lo cual huyó a Montevideo.

¿Qué le llevaba a presentarse al general de los Andes en aquellos momentos?

Oigámosle con el profundo respeto que su palabra merece:

“Las columnas marchaban al enemigo y nuestros tiradores estaban empeñados con los suyos. En este momento crítico se me presentó el señor Brayer cojeando y *solicitando le concediese licencia para pasar a los baños de Colina*; mi contestación fué que con la misma que se había retirado de Talca a Santiago podía hacerla a los baños; pero que respecto a que en el término de media hora íbamos a decidir la suerte de Chile, y que dichos baños distaban trece leguas y el enemigo media, podía quedarse, si sus males se lo permitían. El señor Brayer me contestó que no estaba en estado de hacerlo, porque la antigua herida de su pierna no se lo permitía. Esta respuesta me exaltó, es verdad: mi primer impulso fué el de pasarlo por las armas; pero no pude contenerme de decirle públicamente: *Señor general, el último tambor del ejército unido tiene más honor que V. S.*”

Y dándole la espalda con soberbio desprecio, llamaba a Balcarce y le impartía una orden que se ha salvado en la crónica de aquellos tiempos para que sirva de ejemplo y enseñanza. Clarines y tambores hacen resonar el toque de alto inexplicable en aquellos momentos en que se marchaba a la batalla, y los soldados del ejército de las Andes saben con estupefacción que el general Brayer acaba de ser separado ignominiosamente por indigno de formar en sus heroicas filas...

Y cumplida la orden, clarines y tambores resonaron nuevamente haciendo vibrar el toque de ¡a la carga! La batalla fué una explosión de gloria en que todos, menos Brayer,

comulgaron con el honor y supieron cumplir con su deber, mereciendo su indigna acción el vituperio de la posteridad, así como recibió el de sus contemporáneos y conmlitones, porque la historia no sirve para satisfacer nuestra banal curiosidad del pasado, sino para desentrañar de ella las enseñanzas de que son pródigos los tiempos que fueron.

Yo no puedo creer que exista un argentino capaz de excusar por ninguna razón la contribución de sangre que le debemos a la Patria todos sus hijos; pero si alguno existe debe meditar en beneficio del apellido que mañana legará a los suyos.

NICOLÁS AVELLANEDA

78.

LA PROPIEDAD



La propiedad engrandece y dignifica al hombre; y el proletario de ayer, cuando ha conseguido, después de algunos años de penosa labor, adquirir su campo, se siente revestido con nuevas fuerzas y ennoblecido a sus propios ojos. No se considera ya como huésped de tránsito por su propio país, y parece que la propiedad ha venido como un segundo nacimiento a vincularlo al suelo de su cuna. Si es extranjero, la peregrinación ha

concluído desde que se encuentra ligado a una tierra que es suya. El país de destino se ha presentado por fin para fijar su paso errante: y hasta el carácter aventurero, que en él habían desenvuelto los largos viajes, desaparece bajo el impulso de aquella ley, que da por patria estable al hombre, el lugar de su bienestar o de su fortuna. *Ubi bene, ibi Patria.*

La propiedad levanta la condición del hombre e imprime a su carácter la independencia que su vida asume; y como ha sido adquirida por el trabajo, que es un esfuerzo, y preparada por la economía, que es una previsión, le da la conciencia enérgica de sus facultades y de sus fuerzas. El propietario se reconoce entonces dueño de su destino, porque ha luchado hasta realizar el sueño de su ambición, y porque ha vencido.

De ahí en adelante principia para él una nueva vida, porque la propiedad la ocupa y la dilata, trayendo consigo aquellas preocupaciones de porvenir que son el tormento y el orgullo del hombre. Su alma deja de flotar incierta, porque sus pensamientos tienen ya un rumbo y su voluntad una dirección. La propiedad le ha incorporado al mismo tiempo a la vida del país. Sus leyes le protegen, la prosperidad general acrecienta su valor; y sus instituciones libres le aseguran el empleo de su inteligencia y de sus brazos, para continuar siempre ascendiendo por el camino de la fortuna y de la consideración social.

Así el propietario, aunque haya nacido en lejanas regiones, se convierte en *ciudadano*, porque realiza la hermosa definición de la ley romana, *viviendo del derecho y la vida de la ciudad*. Hay entre ambos identidad de intereses y de destinos. El hombre pertenece a la ciudad. La ciudad posee al hombre.

Luego entonces, si hay un país regido por una constitución social no basada sobre el privilegio que favorece y que excluye, sino sobre la igualdad que no admite distinciones y en el que se requiere sobre todas las cosas, respecto de los individuos que lo componen, amor a las instituciones públicas, inteligencia y energía para ejercer los propios derechos, firmeza para mantenerlos, este país debe tener por ciudadanos propietarios libres; porque sólo la libertad y la propiedad pueden desenvolver estas calidades y estos sentimientos en el hombre. Las palabras de Bentham en el Senado de los Estados Unidos deben, por lo tanto, ser nuestra bandera, principiando por abjurar a su sombra viejas preocupaciones: "Multipliquemos por todos los medios la clase de los propietarios libres, para perpetuar la República".

NICOLÁS AVELLANEDA. (1837-1885. — Eminente político, orador y maestro. Fué rector de la Universidad de Buenos Aires, ministro y presidente de la Nación (1874-1880).

OBRAS: *Discursos, Estudio sobre las leyes de tierras públicas*. Sus obras completas han sido editadas en diez volúmenes con el título de *Escritos y discursos*.

JUICIO: "Posee el estilo de Avellaneda caracteres que lo diferencian notablemente del de sus coetáneos antecesores y sucesores inmediatos en nuestra literatura. Él es el primero que ha tenido el culto de la forma a la manera de un Chateaubriand o de un Flaubert, y sin llegar al *preciosismo* estéril, ha cuidado severamente su prosa, persiguiendo siempre al escribir un propósito de economía verbal y de intensidad en los rasgos." — (*Alvaro Melián Lafinur*.)

MARTÍN CORONADO

79.

CARAPACHAY

Alzada la esbelta proa
el agua en sus flancos riza
y rápida se desliza
como un cisne, mi canoa.

Los sauces, la cabellera
sumergida entre las ondas,
alzan murallas de frondas
en una y otra ribera.

En lechos de algas, mecidos
por una brisa indolente,
al paso de la corriente
tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona
el árbol al lado mío
porque ha empezado el estío
a deshojar su corona.

A veces furtiva lanza
un destello a la pupila

una luz que tiembla, oscila
y se extingue en lontananza.

Y a veces, lejano suena
un rumor que hasta el oído
llega claro, confundido
en la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado
de algún remo que voltea,
ya es el ave que aletea
entre el ramaje callado.

La noche está transparente,
tibia, vestida de gala,
y mi canoa resbala
sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo
de la madre ante la cuna,
está mirando la luna
el paisaje, desde el cielo.

MARTÍN CORONADO. (1850-19..). — Poeta y dramaturgo.

OBRAS: *Siempre viva*, *Los poetas*, *A la luna*, *Carapachay*, *El cantar de los cantares*, (poesías); *Justicias de antaño*, *La piedra de escándalo*, *Culpas ajenas*, *El sargento Palma*, (dramas).

JUICIO: "Coronado, después de Ricardo Gutiérrez, quedará entre nosotros como el poeta del amor, con todos sus arranques y desvelos, con todos sus sueños de felicidad y sus horas de tristeza, con todas sus ingenuidades infantiles y todos esos sedimentos amargos que envenenan el corazón con la ingratitude y el olvido".

— (M. García Mérou.)

ALBERTO GERCHUNOFF

80.

EL CANDELABRO DE PLATA

(CUENTO DE COSTUMBRES JUDÍAS)



El rancho estaba envuelto en profunda claridad, esa claridad plácida que da el sol de las mañanas de otoño. Por la ventanita abierta en la gruesa pared de adobe, barrosa y agrietada, se veía prolongarse el campo, hacia muy lejos, hacia más allá de la loma, sobre la cual amarilleaban los troncos de cardo y estiraba sus ramas nervudas el único paraíso. Un poco más cerca, la vaca,

con un pedazo de soga en el pescuezo, lamía el anca del ternero.

Era sábado. La colonia se hallaba en silencio y de cuando en cuando llegaba la voz de una vecina que canturreaba.

Al entrar la mujer, Guedali se había puesto ya la túnica blanca, y, abstraído por las primeras oraciones, apenas advirtió su presencia.

Le hizo señas, frunciendo la boca y moviendo la cabeza para atrás, a fin de que no le interrumpiera. En efecto, la mujer miró desde el interior del rancho y salió sin ruido.

Guedali oyó lo que dijo a la hija, del otro lado de la puerta:

—No le pude preguntar porque ha comenzado los rezos. Guedali era muy religioso. No le consideraban entre los

más instruídos de la colonia, ni se distinguía en las reuniones de la sinagoga, en las disputas interesantes que siempre se entablaban sobre comentarios difíciles y sobre puntos oscuros de los textos. Era de humor apacible, de voz grave y triste. En sus ojos sombreados por cejas revueltas y cenicientas, ardía una mirada tímida y dulce como una llamita sin fuerza.

Vuelto con el rostro hacia Oriente, su cuerpo alto y flaco parecía alargado bajo la túnica, que caía en pliegues iguales hasta tocar el suelo.

De pronto sintió que alguien estaba cerca de la ventana. Sin dejar de rezar volvió la cabeza con lentitud para cerciorarse de lo que ocurría, pensando en el vecino que había hecho el servicio militar y solía burlarse de su devoción.

No se trataba del vecino, sino de un desconocido que metía la mano para alcanzar el candelabro de plata, la noble herencia de la familia, y que en aquel rústico rancho de inmigrante atestiguaba la distinción de su origen: se erguía majestuoso y rutilante, con los siete brazos arqueados, en cuyas rosetas cándidas fulgía la luz como si ardieran los pabilos de los velones rituales.

Guedali no interrumpió la oración. Miró severamente al desconocido, e intercaló entre las palabras sagradas esta advertencia:

—No . . . es sábado . . . es sábado . . .

Es lo que podía decir sin profanar su ocupación devota. El desconocido se llevó el candelabro y Guedali continuó rezando y moviendo el busto al compás de las frases rítmicas de los versículos. Recitaba las bendiciones, murmuraba en tono mustio hasta concluir el último rezo. Entonces respiró

fuertemente. La claridad bañaba su cara escuálida, su frente rugosa, su barba larga y rala, que empezaba a blanquear.

Plegó cuidadosamente la túnica y la guardó en el cajón de la cómoda. Cuando entró la mujer, Guedali anunció con tranquilidad:

—Nos han robado el candelabro.

Tomó un trozo de pan que había sobre la mesa y se puso a comer, como hacía siempre después de rezar. La mujer lanzó un grito de indignación:

—¿Y no estabas allí, pedazo de . . . ?

Reposadamente, como quien intenta persuadir de que ha cumplido con su deber, contestó:

—Yo le advertí que era sábado . . .

ALBERTO GERCHUNOFF. — Periodista y escritor contemporáneo. Nació en Entre Ríos.

OBRAS: *Los gauchos judíos*, *La jofaina maravillosa*.

EDUARDO L. HOLMBERG

81.

LAS CATARATAS DEL IGUAZÚ

Todo es glorioso allí: una vegetación lozana y vigorosa arraiga entre las rocas volcánicas por las cuales se deslizan los torrentes y los arroyos, ora salpicando los troncos de los árboles, ora las grandes piedras que los torrentes arrastraron en el tumulto de su caída. El verde variado de las hojas se destaca sobre el rojizo oscuro de las moles pétreas; las flores embalsaman el ambiente húmedo y tibio de la mañana; las

nubecillas de vapor suavizan, al interponerse, lo duro de los tonos.

Un cielo puro y azul como un dosel divino, tiende sobre el cuadro su concavidad infinita, y un hondo rumor, inmenso, continuo, se levanta de las profundidades del abismo saludando la majestad del cielo que lo cubre y lo contiene.

En la plenitud indefinible de ese rumor de las grandes cataratas, bordan su melodía politónica los hilos de agua que se escapan por las grietas, y al perfilarse la vaga sinfonía, sus notas fugitivas parecen adormecerse o despertar en los misterios de un murmullo eolio. Se oye ruido de vientos que zumban en las olas de un mar inmenso, quejidos de montañas, rugidos de panteras míticas, bramar lejano de leones apocalípticos, y una voz indescifrable que nos dice algo en un lenguaje sin sílabas. Y cuando la noche descorre el luminoso tul del firmamento, cuando los velos blancos imitan grandes fantasmas que divagan entre las sombras, y el rumor incesante de la gran sinfonía penetra lo más íntimo del alma subyugada, la voz misteriosa se torna inteligible y la fantasía sonriente alcanza a comprender lo indescifrable, porque los rumores de la naturaleza son himnos y los cantos eran el poema de las espumas.

EDUARDO L. HOLMBERG. — Naturalista y escritor contemporáneo.

OBRAS: *Carlos Roberto Darwin, Tratado de botánica, El tipo más original, Dos partidos en lucha.*

JUICIO: "Holmberg es el producto extraño de un genio exótico en nuestra civilización... En su espíritu se observa esta curiosa dualidad: un alma de poeta, apasionada e imaginativa, y una educación severamente científica, en que predomina el estudio de las ciencias naturales". — (M. García Mérou.)

FLORENCIO BALCARCE

82.

EL CIGARRO

En la cresta de una loma
se alza un ombú corpulento,
que alumbra el sol cuando asoma
y bate si sopla el viento:

Bajo sus ramas se esconde
un rancho de paja y barro,
mansión pacífica donde
fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
y con labios casi yertos:
“¡Feliz — dice — quien respira
el aire de los desiertos!

“Pueda, en fin, aunque en la fuente
aplaque mi sed sin jarro,
entre mi prole inocente
fumar en paz mi cigarro.

“Que os mire crecer contentos
el ombú de vuestro abuelo,
tan libres como los vientos
y sin más Dios que el del cielo.

“Tocar vuestra mano tema
del rico el dorado carro:
a quien lo toca, hijos, quema
como el fuego del cigarro.

“No siempre movió en mi frente
el pampero fría cana;
el mirar mío fué ardiente,
mi tez rugosa, lozana;

“La fama en tierras ajenas
me aclamó noble y bizarro;
pero ya, ¿qué soy? Apenas
la ceniza de un cigarro.

“Por la patria fuí soldado
y seguí nuestras banderas,
hasta el campo ensangrentado
de las altas cordilleras.

“Aun mi huella está grabada
en la tumba de Pizarro.
Pero ¿qué es la gloria? Nada;
es el humo de un cigarro.

“¿Qué me dejan de sus huéllas
la grandeza y los honores?
por la paz hondas querellas,
los abrojos por las flores:

“La patria al que ha perecido
desprecia como un guijarro...
como yo arrojó y olvido
el pucho de mi cigarro.

“Las horas vivid sencillas
sin correr tras la tormenta:
no dobléis vuestras rodillas
sino al Dios que nos alienta.

“No habita la paz más casa
que el rancho de paja y barro;
gozadla, que todo paşa.
y el hombre como un cigarro.”

FLORENCIO BALCARCE. (1818-1839). — Poeta y prosista. Muerto en plena juventud, su obra fué escasa, reduciéndose a algunas composiciones en verso y varias traducciones del francés. Las más conocidas de aquéllas son *La partida*, *El lechero*, *Las hijas del Plata* y *El cigarro*.

MARIANO A. PELLIZA

83.

EL JUEGO DEL PATO

(COSTUMBRES DE ANTAÑO)

Reuníanse en una pulpería tres o cuatrocientos criollos, y a veces doble o triple número, todos en buenos caballos, bien aperados y luciendo sus mejores prendas. Los más conceptuados por su valor en las peleas a cuchillo, los más forzudos en los trabajos de campo, los que ostentaban mejores corceles y más lucientes chapeados, formaban el centro de aquella reunión y decidían pedir el pato al pulpero. El pato, un verdadero pato casero, y, a falta de este palmípedo, un gallináceo cualquiera metido muerto dentro de un saco de piel cerrado por cuatro manijas corredizas, constituía el objeto sobre el cual se iba a probar la fuerza de los jugadores. Bien montados, firmes en los estribos, agrupaban las ancas de los cuatro caballos y cada uno de los jinetes agarraba con la diestra una de las manijas, tomando las riendas en alto con la mano izquierda, para no apoyarla en el apero.

De este modo, toda la resistencia estaba en los estribos. Cada uno de los jugadores tiraba en su dirección con todas las fuerzas, picando los caballos con las espuelas o animándolos con la palabra. Aquellos brazos se estiraban en una tensión hercúlea, los jinetes se enardecían, y, cuando ya parecía que los tendones iban a estallar o a salirse el hombre del caballo, una mano se abría y soltaba la presa; luego una segunda, y después de un nuevo esfuerzo, el tercer brazo caía

también y el pato quedaba en poder del vencedor. Un ¡viva! estruendoso lo saludaba; pero éste no era más que el principio de la victoria. Arrebatado el trofeo, cerraba las espuelas a su caballo y, llevándose todo por delante, se lanzaba a la carrera hacia el rancho más próximo, si no se dirigía hacia otra pulpería lejana. Detrás del vencedor volaban todos los quinientos o mil gauchos allí reunidos, para quitarle el pato. Si algún jinete alcanzaba a tomar de las manijas que debían ir flotantes, tenía que luchar a la carrera y defenderlo contra éste y contra todos los que lo seguían dando alaridos salvajes y haciendo retumbar la tierra como una tromba. Si el vencedor llegaba a la casa elegida por meta, sin perder el pato, lo arrojaba al patio y ya se declaraba victorioso, quedando establecido que tenía el brazo más potente y el caballo más veloz. La familia del rancho o de la pulpería donde se arrojaba el saco, tenía el deber de quitar el ave muerta y poner otra en su lugar. Cerrado nuevamente, se recomenzaba la jugada por otros jugadores, que procedían como los anteriores, siguiendo la corrida hasta que la noche envolvía en sus sombras la gigantesca y estrepitosa cabalgata que celebraba aquellos juegos de centauros en que el hombre y el bruto, por la naturaleza de la lucha, no formaban más que una pieza. Desgraciados, empero, los caminantes, los rebaños de ovejas y todo lo que se presentaba por delante de la feroz batida: todo rodaba a los pies de los caballos y los jinetes mismos quedaban muchas veces tendidos en medio de la extensa rastrellada por donde había cruzado el pato con la violencia del huracán.

MARIANO MORENO

84.

FUNDACIÓN DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES

Los pueblos compran a precio muy subido la gloria de las armas; y la sangre de los ciudadanos no es el único sacrificio que acompaña los triunfos: asustadas las Musas con el horror de los combates, huyen a regiones más tranquilas, e insensibles los hombres a todo lo que no sea desolación y estrépito, descuidan aquellos establecimientos que, en tiempos felices, se fundaron para cultivo de las ciencias y de las artes. Si el magistrado no empeña su poder y su celo en precaver el funesto término a que progresivamente conduce tan peligroso estado, a la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro, y la rusticidad de los hijos deshonra la memoria de las grandes acciones de sus padres.

Buenos Aires se halla amenazado de tan terrible suerte, y cuatro años de glorias han minado sordamente la ilustración y las virtudes que las produjeron. La necesidad hizo destinar provisionalmente el colegio de San Carlos para cuartel de tropas; los jóvenes empezaron a gustar una libertad tanto más peligrosa cuanto más agradable; y atraídos por el brillo de las armas, que habían producido nuestras glorias, qui-



sieron ser militares antes de prepararse a ser hombres. Todos han visto con dolor destruirse aquellos establecimientos de que únicamente podía esperarse la educación de nuestros jóvenes, y los buenos patriotas lamentaban en secreto el abandono del gobierno, o más bien, su política destructora, que miraba como mal de peligrosas consecuencias la ilustración de este pueblo.

La junta se ve reducida a la triste necesidad de crearlo todo; y aunque las graves atenciones que la agobian no le dejan todo el tiempo que deseara consagrar a tan importante objeto, llamará en su socorro a los hombres sabios y patriotas que, reglando un nuevo establecimiento de estudios adecuado a nuestras circunstancias, formen el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y la gloria de la patria.

Entretanto que se organiza esta obra, cuyo progreso se irá publicando sucesivamente, ha resuelto la junta formar una biblioteca pública, en que se facilite a los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos.

Las utilidades consiguientes a una biblioteca pública son tan notorias que sería excusado detenernos en indicarlas. Toda casa de libros atrae a los literatos con una fuerza irresistible, la curiosidad incita a los que no han nacido con positiva resistencia a las letras, y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos, que se aumentan con la discusión y se afirman con el registro de los libros, que están a mano para disminuir disputas.

Estas seguras ventajas hicieron mirar en todos los tiempos las bibliotecas públicas como uno de los signos de la ilustración de los pueblos y el medio más seguro para su conserva-

ción y fomento. Repútese en horabuena un rasgo de loca vanidad la numerosa biblioteca de Ptolomeo Filadelfo: setecientos mil libros entre el edificio antiguo de Ptolomeo Sater, y la nueva colección del templo de Serapis, no se destinaron tanto a la ilustración de aquellos pueblos, cuanto a ser demostración magnífica del poder y sabiduría de los reyes que los habían reunido. Así, los fines de esta numerosa colección correspondieron al espíritu que le había dado principio: seis meses se calentaron los baños públicos de Alejandría con los libros que habían escapado del primer incendio ocasionado por César, y el fuego dispó ese monumento de vanidad de que los pueblos no habían sacado ningún provecho.

Las naciones verdaderamente ilustradas se propusieron y lograron frutos muy diferentes de sus bibliotecas públicas. Las treinta y siete que contaba Roma en los tiempos de su mayor ilustración, eran la verdadera escuela de los conocimientos que tanto distinguieron a aquella nación célebre, y las que son hoy día tan comunes en los pueblos cultos de Europa, miradas como el mejor apoyo de las luces de nuestro siglo.

Por fortuna tenemos libros bastantes para dar principio a una obra que crecerá en proporción del sucesivo engrandecimiento de este pueblo.

La junta ha resuelto fomentar este establecimiento, y esperando que los buenos patriotas propenderán a que se realice un pensamiento de tanta utilidad, abre una subscripción patriótica para los gastos de estantes y demás costos inevitables, la cual se recibirá en la secretaría del gobierno, nombrando desde ahora por bibliotecarios al doctor Saturnino Seguro y al reverendo padre fray Cayetano Rodríguez, que se han prestado gustosos a dar esta nueva prueba de su patriotismo

y amor al bien público; y nombra igualmente por protector de dicha biblioteca al secretario de gobierno que suscribe, confiriéndole todas las facultades para presidir a dicho establecimiento y entender en todos los incidentes que ofreciese.

MARIANO MORENO. (1778-1811). — Orador, periodista y magistrado. Fué alma de la Revolución de Mayo y uno de los más ilustres precursores de la democracia argentina.

OBRAS: *Representación de los hacendados*, *Memoria sobre la invasión de Buenos Aires por las armas inglesas*. Numerosos escritos suyos de carácter político y económico fueron publicados en la *Gaceta*.

JUICIO: "En Moreno primaba el hombre de acción. Moreno el escritor, era sencillamente un medio — iba a decir un instrumento — al servicio de Moreno el político, el estadista, el reformador o el revolucionario. Moreno no ha escrito por amor al arte. Sus publicaciones han sido simples medios para obtener el reconocimiento de un derecho, para llegar a la realización de una reforma o para conseguir el fin capital de su acción, el ideal que con más vigor acarició en la vida: la organización y la independencia del país".
— (Norberto Piñero.)

JOAQUÍN CASTELLANOS

85.

LA LEYENDA ARGENTINA

(FRAGMENTO)

¡Pueblo argentino, trono reservado
para que reine un porvenir sin nombre,
Dios a la humanidad tu suelo ha dado
y en ti encuentra una patria el desterrado,
un alma el culto y un hogar el hombre!

Su poder soberano,
regio homenaje a tu beldad suprema,
puso el rayo al alcance de tu mano;
como alfombra a tus pies, el oceano,
sobre tu frente el sol, como diadema!

De un profético sueño en las visiones,
ves que en el cielo, tu destino escrito,
dice que al frente irás de las naciones
a alzar en la creación nuevas creaciones
y a tomar posesión del infinito!

JOAQUÍN CASTELLANOS. — Poeta, prosista y orador contemporáneo. Nació en Salta en 1860.

OBRAS: *El viaje eterno*, *La leyenda argentina*, *El borracho*, *Fantasia poética*, (poemas); *Labor dispersa* (prosa).

JERÓNIMO ESPEJO

86.

LA FUERZA DE LA CONSIGNA

Los puestos de guardia en guarnición y las avanzadas en campaña se manejaban con el mayor celo y vigilancia, tanto por deber cuanto por el temor de una sorpresa del general, a la hora menos pensada. Si era severo el general en la corrección de las faltas en el servicio, era justo y equitativo también en los premios y recompensas por la exactitud y servicios notables, sin distinción de clases ni rangos.

Para que se forme idea sobre este punto, voy a referir un episodio que presencié en Santiago de Chile, a fines de 1817.

El batallón de Artillería de los Andes, al que yo pertenecía entonces, estaba acuartelado en el Convento de San Pablo, y yo me hallaba al mando de la guardia de prevención, cuando, entre siete y ocho de la mañana, se presentó el general San Martín, a caballo, acompañado de un ordenanza, a visitar el cuartel.

Ninguno de los jefes u oficiales superiores del cuerpo se hallaba presente a esa hora, porque ya se habían llenado todas las distribuciones del reglamento.

Una imaginaria que se situaba en la esquina de la iglesia para observar las cuatro bocacalles y avisar de cualquier novedad que advirtiera, dió el grito de: “¡Cabo de guardia! . . . ¡El general en jefe!”

Yo, que oí este aviso, grité a mi turno: “¡Arriba la guardia!”

La guardia se formó y le hizo al general los honores del caso.

—*¿Se puede entrar?* — preguntó éste, saludando a la guardia con su elástico, — y yo le respondí: *¡Adelante, señor!*

Al entrar al patio hizo seña de que se retirara la guardia, y la tropa, después de colocar los fusiles en el armero, quedó en pelotón en el zaguán.

El general se apeó, entregó la brida a su ordenanza y yo mandé al sargento de la guardia que lo acompañase a los patios, cuadras y demás departamentos que deseara examinar. Así visitó el cuartel, vió la limpieza de las cuadras, la del armamento, los tablados, la colocación de las mochilas, el estado de las cocinas, el rancho, etc., etc., y, conforme iba visitando las cuadras, los sargentos de mejor educación y más desembarazo iban formándole cortejo.

Luego que hubo explorado hasta el último rincón, regresó al segundo patio y, fijándose en una puerta cerrada, forrada con pieles de carnero colocadas con la lana para afuera y custodiada por un centinela, preguntó:

—*¿Qué es aquéello?*

—*El laboratorio de mixtos* — le respondieron los sargentos.

—*¿Trabaja ahora?*

—*Sí, señor; se están haciendo cartuchos, lanzafuegos, estopines, espoletas para granadas y otras cosas.*

Sin más averiguar, se dirigió allí con ademán de entrar; pero, poniéndosele por delante el centinela le dijo:

—*¡Alto ahí! No se puede entrar.*

A esta respuesta, el general exclamó con vehemencia:

—¿Cómo es eso! ¿No sabe usted que soy el general en jefe?

El centinela le respondió:

—Sí, señor, lo sé; pero así no se puede entrar.

Es de advertir que el general vestía su traje militar, casaca, botas con herraduras y espuelas, como se usaba entonces.

Volvió a hacer ademán de empujar la puerta y entrar. El centinela entonces caló la bayoneta y volvió a repetirle:

—Ya he dicho, señor, que así no se puede entrar, — y gritó con fuerza: ¡Cabo de guardia, el general quiere forzar el puesto!

Al ver esto, uno de los sargentos corrió al cuerpo de guardia a llamar al cabo, y así que éste llegó a presencia del general, le dijo:

—Señor, la consigna que el centinela tiene es que nadie puede entrar al laboratorio vestido de uniforme, por temor de un accidente, y por eso le ha resistido la entrada. Si V. E. quiere entrar, sírvase pasar a este cuarto a cambiar de traje, para que pueda hacerlo en la forma en que es permitido.

En efecto, el general, sin decir palabra, entró al cuarto, se quitó su uniforme, se puso un par de alpargatas, pantalón, saco y gorro de brin, de varios que había con ese expreso destino, y, presentándose al centinela con ese nuevo traje, no vaciló éste en abrirle la puerta y dejarlo entrar, seguido de dos sargentos que también cambiaron de vestido con el objeto de acompañarlo, y luego que el general hubo registrado este departamento y examinado los aparatos y el trabajo que se hacía, volvió a desnudarse para tomar su uniforme y retirarse. Montó a caballo y, al salir por el cuerpo de guardia, me ordenó que le mandara a palacio, una vez que la guardia

fuera relevada, al soldado que estaba de centinela en la puerta del laboratorio.

El soldado se presentó al general y, a su regreso al cuartel, refería que éste, después de hacerle varias preguntas y de echarle un largo sermón sobre la subordinación, la obediencia y el patriotismo, le había regalado una onza de oro.

JERÓNIMO ESPEJO. (1801-1869). — Militar e historiador.

OBRAS: *El ejército de los Andes, Entrevista de San Martín y Bolívar en Guayaquil, Datos históricos biográficos del coronel Pringles.*

JUICIO: "Sin ser un escritor, sus escritos tienen el mérito de ser la confidencia de un hombre de acción; el interés de sus temas trasciende a su pluma y la sensación o la emoción de las cosas vividas infunden a su prosa un valor que reemplaza al arte". —
(R. Rojas.)

ANGEL DE ESTRADA (H.)

87.

EN LA PAMPA

Sobre la inmensa soledad dormida,
salvando el mar ondeante de verdura,
va el centauro pastor de la llanura
como flecha de un arco desprendida.

Da a la tarde postrera despedida;
parece la delicia y la amargura
de salvaje existencia de aventura
arrebatar en su violenta huída.

Y cuando el sol el horizonte encierra
tras el linde lejano de la tierra,
en él, vertiginoso, es una sombra

rauda volando cual visión de un mito,
que, trascendiendo de la herbosa alfombra,
fuese a seguir el astro en lo infinito . . .

RICARDO GUTIÉRREZ



88.

LA PROPIEDAD

Esta es mi propiedad, dijo el magnate.
y señaló un espacio de la tierra:
la costa de la mar es costa mía,
esa montaña es mi heredad paterna:

los pinos seculares de su falda,
el salvaje torrente que los riega,
todo es por siempre mío, todo es mío:
soy tu señor, aquí, Naturaleza . . .

Y el infinito tiempo de la vida
continuó imperturbable su carrera;
y el soberbio cadáver del magnate
alimentó al gusano de la tierra,

allí a los pies de la montaña enorme
que llamó un día su heredad paterna;
a la fúnebre sombra de los pinos,
y del inmenso mar en la ribera.

89.

LOS HUÉRFANOS

Cuando el estruendo del festín resuena
en torno de tu mesa regalada,
y entre las ondas del quemado aroma
el rumor de los brindis se levanta,
¡acuérdate de aquellos
que a los umbrales de la puerta llaman!

Cuando, en el día de tus padres, gires
en el salón de la revuelta danza,
y dejes, al pasar, enternecido
el beso de tu amor sobre sus canas,
¡acuérdate de aquellos
que sólo al borde de su tumba pasan!

Cuando el concierto de armonioso canto
te arrulle con su música inspirada,
y el lujo y el fulgor y la alegría
doblen el espectáculo que embarga,
¡acuérdate de aquellos
que sólo al ¡ay! de los pesares cantan!

Cuando en las horas de la noche negra
contra tus muros la tormenta brama,
mientras en lecho de mullida ropa
junto a los hijos de tu amor descansas,
¡acuérdate de aquellos
que al solo amparo de los cielos andan!

Y cuando el rayo del albor primero
entre por el cristal de la ventana
a encender, bajo el párpado que duerme,
el fuego de la vida en tu mirada,
¡acuérdate de aquellos
que no despiertan más en la mañana!

¡Ah! piensa que el Señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma
y sobre el cielo de la tierra triste
el sempiterno hogar de la esperanza!

RICARDO GUTIERREZ. (1836-1896). — Médico y poeta.

OBRAS: *El libro de las lágrimas*, *El libro de los cantos*, *Lázaro*,
La fibra salvaje, *Cristián*.

JUICIO: "Ricardo Gutiérrez fué el poeta de las congojas y de las penas, reconcentrado y alto, prestigioso como un misterio, acufiado con el sello que la naturaleza pone en almas soberanas; nacido para el bien y el sacrificio y que, ya subiendo a las cumbres claras del arte, o ya bajando a las profundidades oscuras de la enfermedad del niño — "que no se sabe explicar", — conoció todos los horizontes del pensamiento y todas las limitaciones de la ciencia".
— (Juan Antonio Argerich.)

AGUSTÍN ALVAREZ

90.

LA OPORTUNIDAD



El tiempo es como la Esfinge griega, que mataba a los que no sabían interpretar el enigma de la vida. Y para indicar que el tiempo que se va inaprovechado no vuelve, los griegos tenían una estatua, que se ha perdido, pero cuya descripción se conoce por esta conversación que tuvo con un viajero:

“—¿Cómo te llamas?

“—Me llamo la Oportunidad.

“—¿Por qué estás sobre la punta de los pies?

“—Para advertir que sólo me detengo un momento.

“—¿Por qué tienes alas en los pies?

“—Para advertir que paso rápidamente.

“—¿Por qué tienes el pelo tan largo sobre la frente?

“—Para que los hombres puedan atraparme cuando me encuentran.

“—¿Por qué, entonces, eres tan calva en la nuca?

“—Para manifestar que cuando he pasado ya no pueden agarrarme.”

La oportunidad es el presente, que se va estéril al pasado, sin agregar nada a la vida del indolente o del incapaz de mejorar su ser, su valer o su haber, sin dejar ningún rastro de su paso en las tribus salvajes, sin cambiar nada en las sociedades maniatadas para el hacer de los vivos por la fe en el

hacer de los muertos, que encienden velas a los santos para que vean a quiénes deben hacer milagros, y no encienden luces en la inteligencia de los niños, para alumbrarles el camino de la existencia.

La oportunidad es el ahora que transcurre infecundo para el que ruega y espera, y fecundo para el que piensa y obra, dejando acrecentado el haber, el saber o el sentir del que ha sabido y querido aprovecharlo u ocuparlo con una obra realizada, con una experiencia o con un conocimiento adquiridos, con otras existencias sustraídas a la enfermedad o a la ignorancia, a la inquietud o a la infelicidad, con el recuerdo vivificante de un goce noble o de una sana alegría, y para quien los momentos desaparecidos están representados siempre por algún aporte que subsiste en el espíritu propio o en el ajeno; la oportunidad es el tiempo que pasa infructuoso para las sociedades retardatarias y fructuoso para las progresistas, marcando su rastro en el terreno con caminos y construcciones, con puentes, habitaciones, puertos, canales, escuelas, ferrocarriles y túneles, y su trayectoria en el espíritu humano con nuevas ideas y sentimientos, y con instituciones benéficas en la estructura social.

AGUSTÍN ALVAREZ. (1857-1914). — Escritor, sociólogo y educador. Su vida fué un alto ejemplo de virtud y patriotismo.

OBRAS: *Educación moral, Historia de las instituciones libres, La transformación de las razas en América, ¿Adónde vamos?, La creación del mundo moral, La herencia moral de los pueblos hispano-americanos.*

JUICIO: "Sus libros son como puñados de ideas, cada una de las cuales merece el honor de un surco separado. Nunca se dió el tiempo de componer un libro que ofreciese, debidamente enlazada, su filosofía. Si tal hubiese hecho, hace tiempo que alguien le habría proclamado el primer reformador, el primer pensador de su país. Porque, la verdad sea dicha, Alvarez no ha sido comprendido plenamente. Desde luego sabíamos que en Alvarez había bastante sus-

tancia como para dar nombradía a los cuatro o cinco hombres que llevaba dentro: el escritor, el maestro, el amigo, el hombre público, etc.; pero el grande hombre de quien esas personalidades eran componentes necesarios, no ha sido plenamente ensalzado". — (Ernesto Nelson.)

VICENTE FIDEL LÓPEZ

91.

BUENOS AIRES ANTIGUO



Buenos Aires era una ciudad baja, aplastada y cubierta con las capuchas de los tejados de feísimo aspecto; que tenía sin embargo la reputación de la *belleza* entre las otras ciudades españolas. Pero esa fama le venía de sus habitantes más bien que de su suelo. En ambos sexos, ellos eran de espíritu alegre y suelto; de alma impresionable y simpática; admiradores entusiastas y copistas ardientes de las grandes novedades de la civilización. Naturalmente inclinados a lo liberal; con algo de aturdido y de liviano, pero siempre bien inspirados, inclinados a la pompa y halagados por la vanagloria que viene de hacer el bien y de realizar hazañas. La sociedad era por esto expansiva y hospitalaria. Su arrogancia era abierta, porque consistía siempre en el anhelo de que su revolución y sus progresos sirviesen a todos, e hiciesen de nuestro suelo y de nuestras leyes el abrigo de todas las razas del mundo que no estuvieran bien avenidas en el suyo.

Tal era entonces la capital, en cuya frente el poeta de la Revolución había escrito estos versos tan arrogantes como adecuados, entonces, al genio de la Comuna:

*Calle Esparta su virtud:
Sus grandezas calle Roma:
¡Silencio! que al mundo asoma
la gran Capital del Sud.*

Pero, ésta era la ciudad que había hecho la revolución de Mayo, que la había defendido y salvado contra todo el poder de la España, proclamando los principios más elevados, más generosos y más humanitarios de la civilización moderna. Esta misma era la ciudad que había vencido y rendido dos ejércitos ingleses; que había deshecho y apresado tres escuadras españolas; que había plantado la bandera argentina en las murallas de Montevideo; que iba con un paso seguro a reconquistar a Chile, a libertar al Perú, y a llevarle soldados a Bolívar para ganar la batalla famosa de *Junín* y libertar a Quito. Para motejar, entonces, la arrogancia de la cuarteta, sería preciso ver cómo podrían borrarse de la historia o cómo podrían motejarse los hechos gloriosos que la inspiraron.

VICENTE FIDEL LOPEZ. (1815-1903). — Eminente historiador y político. Durante la tiranía emigró a Chile.

OBRAS: *Historia de la República Argentina, su origen, su evolución y su desenvolvimiento político hasta 1852, Debate histórico, Manual de historia de Chile*. Novelas: *La novia del hereje* y *La loca de la Guardia*.

JUICIO: "El doctor López ha preferido la belleza narrativa a la frialdad de una reconstitución científica: quiere enseñar deleitando, y escribió nuestra historia para que fuese vulgarizada, persiguiendo la alta finalidad democrática de la educación popular". — (Carlos Ibarguren.)

VENTURA DE LA VEGA



92.

DESPEDIDA A UN AMIGO

Con bien te lleven, mi querido amigo,
propicio el viento, bonancible el mar.
¡Oh, si pudiera saludar contigo,
tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

¡Oh, cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
sí en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh, si a este suelo, donde sufro tanto,
podiera darle mi postrer adiós!

Tranquilo viera y con serena calma
desatarse bramando el aquilón:
Junto a la horrible tempestad del alma,
las tempestades de la mar ¿qué son?

Mas, ya que quiere mi fatal estrella
con duros lazos sujetarme aquí,
por mí te postra y con tus labios sella
la tierra amada en que feliz nació.

Llévale tú los ecos de mi lira,
que ya desde hoy resonará en su honor:
Dile que es ella el numen que me inspira
y el solo objeto de mi ardiente amor.

VENTURA DE LA VEGA. (1807-1865). — Insigne poeta y dramaturgo. Aunque nativo de Buenos Aires, residió constantemente en España, donde falleció.

OBRAS: *Imitación de los salmos*, *La agitación*, *Orillas del Pusa*, (poesías líricas); *El hombre de mundo*, *La muerte de César*, *Don Fernando el de Antequera*, (teatro).

JUICIO: "Su lenguaje castizo y clásico puede hacer que se le perdone un tanto de pedantería y alguna que otra transposición violenta por la exageración de latinismo que hace alguna vez pesado y obscuro su estilo; pero éste siempre es varonil y majestuoso, como el coturno exige, y algunas veces se remonta hasta ser terriblemente trágico y sublime". — (*Conde de Cheste.*)

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

93.

L A P O E S Í A

¡Ah, no desdeñéis los versos, vosotros, espíritus positivos que os afanáis en prosa por lograr los bienes tangibles de este mundo! Reflexionad un momento y veréis que un endecasílabo bien hecho tiene todas las calidades de una guinea inglesa — el sonido metálico, el brillo, la gracia perfecta de sello, la buena ley y el peso íntegro, — y que por esta razón los renglones que acuñaba el genio de Byron se cotizaban a la par de las libras esterlinas sobre el mostrador de su librero.

Hay pobres de espíritu que, en servicio de lo que entienden por moral, levantan como a manera de un cordón sanitario de libros indigestos, en torno de las mariposas de su cariño que constituyen la ventura de sus hogares. ¿Por qué? ¿No se aperciben que con esa táctica paraguaya las echan a volar por los desiertos, expuestas al pico voraz de mil aves de pésima ralea? Denles, por el contrario, un rumbo salvador en las correrías de la imaginación. Su mejor piloto será un poeta, y la más segura barquilla de su aerostático un libro de versos selectos. La mujer nacida en el Paraíso en medio de fantasías, seducciones y deseos, fraguará a su modo, entre puntada y puntada de su costura, poemas enmarañados e imposibles que le produzcan vértigo y caídas, si no se los dan hechos de antemano por alguno de esos maestros del corazón, diestros en educarla y en conducirla con riendas de seda.

Las cosas más visibles se nos esconden entre las sombras

de nuestras distracciones. Desdeñamos la poesía mientras que todo es música y poesía en la naturaleza, puesto que cantan las aves, susurran las ramas y los arroyos, y silba el huracán en las montañas, en la cima de las ondas hinchadas del mar. El libro por excelencia, la fuente perenne de la mejor moral, el que rebosa su espíritu de sabiduría, ya que lo dictó el Espíritu Santo; el código de nuestra religión, en una palabra, está escrito en verso con el cálamo de los vates. David lo era, y compuso en rima su Salterio para que fuese más digno de Jehová. Job se lamenta en consonantes hebraicos, y los profetas vieron lo futuro porque estaban dotados con los ojos inspirados de aquellos seres que viven en el porvenir.

Por consentimiento unánime de las naciones civilizadas, los maestros primeros de la juventud son los poetas. Virgilio, Horacio, desde que renacieron las letras, son quienes abren las puertas del alma a la claridad de lo bello, imprimiendo el carácter de su inteligencia a cuantos cultivan sus facultades intelectuales en las escuelas y liceos. Sus nombres, sus gustos, sus ideas, a manera de ondas que cunden sin detenerse ni agotarse, pasan de generación en generación, rejuveneciéndose, por medio de mil traducciones y comentarios que dan a luz las imprentas de ambos mundos.

JOSÉ M. ZUVIRÍA

94.

CORRIENTES

(FRAGMENTO)

Como a reina, los tributos
de comarcas aparatadas
tres corrientes esmaltadas
van sus dones a llevar.
El Bermejo da a su manto
viva púrpura, al vestido
todo el oro que escondido
en la sierra halló al bajar.
El Paraguay trae los cedros
de sus bosques primorosos,
y de pájaros hermosos
plumas de vario matiz.
También lleva a su corona
que al pasar, le dan galantes
con sus flores, los diamantes
los arroyos del Brasil.
Mas el paso les disputa,
lucha y vence poderoso,
y sus perlas da gozoso
a su reina, el Paraná.
Ella acepta complacida
de los tres rico presente,
mas a éste sólo consiente
su diestra y su pie besar.

El Paraná desde entonces
da su nombre a los vencidos
y a su carro van uncidos
el Bermejo y Paraguay.
Hasta que, entrando en el Plata,
depone su gesto osado,
viendo rodar a su lado
las ondas del Uruguay.
Cuando el sol su rayo intenso
clava en tu faz sin recelo,
son los vapores tu velo,
son los bosques tu dosel.
Los aromos y naranjos
te dan perfumes süaves
y su música las aves
volando en torno a tu sien.
Es el musgo blando lecho
a tu cuerpo si reposas,
son tu almohada frescas rosas,
es tu baño el Paraná;
y si buscas presuntuosa
de tu imagen el reflejo,
ahí la tienes, en tu espejo:
la laguna de Iberá.

JOSÉ M. ZUVIRÍA. (1830-1891). — Literato, historiador y juriconsulto.

OBRAS: *Estudios de historia contemporánea, Sarmiento. El siglo XIX en su evolución ante la filosofía y la historia.* Publicó, además, un tomo de poesías titulado *El peregrino del Plata.*

CARLOS IBARGUREN

95.

LA MÚSICA POPULAR

La melodía popular argentina es triste, tanto la que se canta en las montañas, cuanto la de los llanos interiores y la de las pampas del litoral.

La cordillera inmensa, los imponentes cerros, los abismos, las cuevas fragosas, no provocan la alegría que se traduce en las coplas populares sonoras y rientes.

La música en todas esas regiones montañosas es plañidera.

Una zampona de varias flautas, la "quena" o flauta simple, un tamboril o "bombo" y el "charango", suerte de guitarra rústica cuya caja es hecha con la caparazón de un armadillo, son los instrumentos predominantes en las montañas del Norte. Las notas de la "quena" suenan como un lamento. En los confines con Bolivia se canta el "Yaraví" del padre Lersundi, vieja canción fúnebre y angustiosa: es el amor trágico de un monje que, enloquecido por la pasión, compró al sepulturero el cadáver de su amada, lo llevó a su celda, cayó allí la fosa y antes de enterrarlo le extrajo una tibia, fabricando con ella una "quena". El fraile murió sobre la tumba de esa mujer, desgarrado por el amor y vertiendo su profunda tristeza en notas lastimeras que se las llevó el



viento de la noche. Esta fábula interpreta y simboliza la voz de la "quena": es llanto; su música expresa el dolor, la desesperanza, la angustia del eterno drama humano: el amor y la muerte.

El "charango" es menos quejumbroso, y al son de sus rasgueos los cantores dicen sus aventuras en versos salpicados con palabras quichuas.

Los naturales de la Puna cantan y bailan con gravedad, entre dentelladas de coca y libaciones de alcohol: los músicos, con tamboriles y zampoñas, agrupados en el centro, se mueven cadenciosamente tocando sus instrumentos; en derredor, las mujeres dan vueltas siguiendo el ritmo; más lejos, en un círculo que los encierra, los hombres, solos, giran a compás, sin tocar a sus compañeras. La monotonía de la danza no provoca cansancio, por el contrario, paulatinamente se animan las caras impasibles, se abrillantan los ojos deslustrados y enigmáticos, se encienden las mejillas cobrizas, y diríase que solamente al conjuro de esas danzas graves y lentas, el indio abandona su desconcertante indiferencia y muestra, merced a esa música primitiva, un latido de vida interior.

En los llanos mediterráneos, secos y desolados, y en la pampa litoral, húmeda y pastosa, en esas planicies infinitas como el mar y silenciosas en su extensión ilimitada, la vida no infundía alegría, el paisano era taciturno y derramaba en sus "tristes", en sus "vidalitas", en sus "milongas" las cuitas de su vida doliente y nómada.

Las danzas argentinas no tienen la rudeza bárbara que caracteriza a las rusas, ni la sensualidad que descuella en las gitanas y en las españolas, ni la voluptuosidad que estremece a los bailes de Oriente. Son mesuradas y armoniosas. En el Norte, la cueca galante es acompañada con mesura y recato,

su ritmo expresivo acompaña la mímica ondulante y subraya la gracia espontánea de la mujer. El “pericón” de figuras pintorescas, el “gato” entusiasta con sus relaciones amorosas, se van perdiendo a medida que los campos son colonizados, que las poblaciones se urbanizan y que el tipo nacional se transforma con el abundante aporte cosmopolita.

Esos bailes autóctonos, como las flores agrestes de nuestros campos o los helechos de nuestras quebradas, no han trascendido al extranjero. Sin embargo, un producto ilegítimo que no tiene la fragancia silvestre, ni la gracia natural de la tierra, sino el corte sensual del suburbio, ha corrido por todo el mundo deleitando a la clientela abigarrada de los hoteles europeos y de los cafés cantantes de las grandes capitales: el tango, que el mundo le ha dado patente de argentino, otorgándole una filiación que, en realidad, no tiene. El tango no es propiamente argentino; es un producto híbrido o mestizo, nacido en los arrabales y consistente en una mezcla de habanera tropical y de milonga falsificada.

¡Cuán distinto al crudo balanceo del tango es el noble y distinguido de la “cueca”, que se desenvuelve con una mímica tan aristocrática como la de una pavana o la de un minuet!

CARLOS IBARGUREN. — Jurisconsulto y escritor contemporáneo. Ha ejercido, entre otros cargos públicos, el de vocal del Consejo Nacional de Educación.

OBRAS: *De nuestra tierra.*

RICARDO ROJAS

96.

EL KACUY

Vive en la selva un pájaro nocturno que al romper el silencio de las breñas, estremece las almas con su lúgubre canto. Esa ave tiene una historia; y es la tragedia de su origen lo que evoca su grito lastimero, ayeando entre las arboledas tenebrosas.

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba su rancho en las selvas. Solos vivían desde la muerte de sus padres, sin que la comunidad de su sangre hubiese atenuado las diferencias de sus idiosincrasias antagónicas. Él era bueno; ella era cruel. Amábala el muchacho como pidiéndole ventura para sus horas huérfanas; pero ella acibaraba sus días con recalitrante perversidad. Desesperado, abandonaba en ocasiones la choza, internándose en las marañas; y amainando el aislamiento sus iras, la mala apaciguaba hilando alguna vedija en la rueca o tramando una colcha en sus telares. Vagando él triste por las umbrías, pensaba en ella: las algarrobas más gordas, los mistoles más dulces, las más sazoadas tunas, llevábalas al rancho.

Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose en sus penas. . . Volvió una tarde sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa, pues, como reinaba la seca, estaban yermos y en escasez los campos. Sangrábale la mano, porque al pretender agarrar una perdiz boleada a laves y

caída entre unas matas, pinchóle un *uturuncu-huakachina*, el cactus espinoso “que hace llorar al tigre”. Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla y otro de agua para restañarse los harponazos.

Trajo ambas cosas, mas, en lugar de servírselas, derramó en su presencia la botijilla con agua y el tubo de miel.

El hombre, una vez más, ahogó su desventura; pero, como al siguiente día le volcara la ollita donde se coccionaba el loco de su refrigerio matinal, la invitó para que le acompañase a un sitio no distante, donde había descubierto miel abundante de *moro-moros*. Su invitación encubría upalleros designios de venganza.

No vistió su zamarra profesional, ni los guanteletes, ni el sachasombrero, ni llevó la bocina de las meleadas porque juzgaba fácil la aventura. El árbol, un abuelo del bosque, era, sin embargo, de gigantesca talla. Cuando llegaron allí, la persuadió a que debían operar con cuidado, buscando beneficiarse del néctar sin destruir las abejas pequeñitas, pues se referían historias de meleros desaparecidos misteriosamente a manos de un dios invisible que protege las colmenas. . . . Sobre la horqueta más alta hizo pasar su lazo; y preparó en un extremo, a guisa de columpio para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho, en defensa del enjambre ya alborotado por la maniobra. Tirando al otro extremo, a manera de corrediza palanca, la solivió en el aire, hasta llegar a la copa; y cuando ella se hubo instalado allá, sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, desgajándolo a hachazos, mientras bajaba en realidad. Zafó después el lazo; y huyó sigilosamente. . . .

Presas quedaba en lo alto la infeliz.

Transcurrieron instantes de silencio.

Ella habló.

Nadie le respondía . . .

Como empezará a temer, sollevantó la manta que la tapaba dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado enjambre revolaba furioso en derredor, vibrante de alas y de trompas. Ese rumor confuso revelaba la profundidad del silencio. ¿Qué podría ser? No sospechaba la hora, ni el lugar. Ciega de horror y de coraje, se desembozó de súbito, así la acribillaran las *moro-moros*; y al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó . . . ¡Sola, sola, sola para siempre!

Abandonada a semejante altura, sobre un tronco liso y largo sin otras ramas que ésas a las cuales se aferraban sus manos prietas en constreñir de nudo, espiaba para ver si el hermano reaparecía por ahí. La acometían deseos de arrojar-se, pero la brusquedad del golpe amilanábala. No obstante, si perecía allá, quién sabe si los caranchos voraces no vendrían a saciarse en ella como en las osamentas de los animales que morían ignorados en el monte.

Mientras tanto la noche iba descendiendo en progresiva nitidez de sombra. El sol, hundiéndose tras de los árboles, la impresionó más soberbio que nunca, iluminando el enorme lomo del bosque con su claridad apacible y decorado el cielo de occidente por cosmogónicos esplendores. Luego vió aquella gran luz aguar-se hasta disolverse toda en la noche, ¡noche sin astros para mayor desventura! . . . Nunca se le mostraron más pavoroso el cielo, ni más callada la breña. Viniéronle ansias locas de perderse en lo ignoto, de hender esa inmensidad de árboles y tinieblas, o llenar el silencio de un solo grito.

Mas, ahora, se le añuscaba la garganta muda y la lengua se le pegaba en la boca con sequedad de arcilla.

Tiritaba como si el ábrego la azotase con su punzante frío y sentía el alma toda mordida por implacables remordimientos. Los pies, en el esfuerzo anómalo con que ceñían su rama de apoyo, fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorvaban; y los dos brazos abiertos en agónica distensión emplumecían desde los hombros a las manos. Dispnea asfixiante la estranguló; al verse, de pronto, convertida en ave nocturna, un ímpetu de valor arrancóla del árbol y la empujó a las sombras.

Así nació el Kacuy, y la pena que se rompió en su garganta llamando a aquel hermano justiciero, es el grito de contricción que aún resuena sobre la noche de los bosques natales, gritando:

—¡Turay... turay... turay!...

NICOLÁS GRANADA

97.

AL 25 DE MAYO

Ya las tinieblas espanta
la luz que el alba clarea,
y en las alturas ondea
la bandera sacrosanta.
En el río, en la floresta,
en el valle y serranía,
se alza una vaga armonía,
con mil acentos de fiesta.
Ya se agolpan las memorias
en fantástica mesnada,
hacia esa gran alborada
que es como un volcán de glorias.
Ya vocean los cañones
su marcial ¡hurra! en el viento;
ya trepida el pavimento
al marchar de las legiones.
Ya el himno patrio resuena
en el ambiente sonoro;
y del Tedéum el coro
la sagrada nave llena.
Ya, rodeada de vergeles,
se alza el ara sacrosanta,
do la patria se levanta
coronada de laureles.
Y al pie de su altar bendito,
llegan todas las naciones,

tremolando los pendones
en que está su nombre escrito.

Ni un solo grito de guerra
turba el solemne momento;
¡GLORIA! dice el firmamento,
y ¡PAZ! repite la tierra.

Pasa algo que no es humano
por el aire estremecido,
y palpita enardecido
todo pecho americano.

Desde Méjico al confín
de nuestros hielos polares,
toca dianas militares
de Mayo el áureo clarín.

Se desata en onda rauda
el rumor de la alegría;
no hay un labio que no ría,
ni una mano que no aplauda.

Gira en sus ejes el mundo,
y surge otro astro sagrado
de entre un piélago dorado
y bajo un cielo profundo.

Con mil ecos de victoria
estalla un grito potente,
que asciende en haz esplendente
hasta el trono de la gloria.

La que con regia altivez
escribe con luz de rayo:
¡AL 25 DE MAYO
DE MIL OCHOCIENTOS DIEZ!

ROBERTO J. PAYRÓ

98.

EL CABALLO QUE SE COMIÓ A SÍ MISMO



He pasado hace pocos días frente a la casa que, allá por 1882, ocupábamos mi familia y yo en la calle General Rodríguez. Está poco más o menos como entonces, salvo la desaparición de las grandes higueras del patio, que tantos desayunos y meriendas sabrosas me ofrecieron. Eran viejos árboles paternos que me brindaban asiento en sus horquetas para poner sus frutos más al alcance de mi mano; y aunque ya no existan los he vuelto a ver, con sus gruesas ramas nudosas y quebradizas, cubiertas de follaje tan espeso que la sombra era deliciosa en un vasto círculo capaz de cobijar a toda la familia. Así he vuelto a ver desde fuera mi inmenso cuarto de la esquina, con su puerta en ochava — suprimida hoy — y su puerta lateral, pues su primer destino debió ser el grave y provechoso de tienda o almacén y no el poco envidiable de aposento y estudio de un escritor en ciernes. . .

Los muchachos hacíamos a menudo grandes paseos a caballo, a veces en cuadrilla. Muchas fuimos a bañarnos en el Arroyo del Rey, pero nunca lo hicimos realmente, no recuerdo bien si porque escaseaba el agua, o porque estaba del todo seco, o simplemente porque lo pasábamos de largo, sin descubrir-

lo . . . No quiero decir con esto — lejos de mí tal enormidad — que nuestro arroyo sea fantástico, y su existencia andaluzada de pueblo pretencioso que quiere “darse corte”. Lo he visto muchas veces, juro que lo he visto por lo menos en el mapa en escala mayor de la provincia.

Montaba yo un caballo blanco que me regalara un amigo entrerriano, Mansilla, animal hermoso, grande y manso que me seguía como un perro . . . los muchachos decían que de hambre, y completaban la criminal calumnia afirmando que lo alimentaba con versos . . . Lo prodigioso es que mi caballo — que llegó a ser parejero — se comió a sí mismo, así como suena, señores, se comió a sí mismo.

La explicación es clara. Tuve que marcharme a Córdoba, como colaborador literario de uno de sus mejores periódicos, y dejé en pensión a mi blanco, quien mejoró muchísimo con ello, a decir verdad . . . Y cuando volví — no al mismo Lomas sino a Temperley — resultó que debía por la pensión más de lo que mis escarcelas de poeta contenían. Pagué con el caballo, que así, se comió a sí mismo . . .

CARLOS MARÍA URIÉN

99.

CURUPAYTÍ

RECORDACIÓN



Se oye el estampido del cañón, el estallido de la metralla y el crepitar de la fusilería.

Vibran clarines, redoblan tambores, ondean enseñas y marchan las tropas con las armas a la funerala.

Se sienten voces de mando y, al pasar los despojos de los que fueron, se abaten las banderas, y jefes y oficiales se quitan quepíes y morriones

para rendir homenaje a los que heroicamente sucumbieron.

Es el momento en que se realizan los desposorios con la gloria de los que noblemente perecieron ofrendando sus vidas a la patria.

Se rememora la acción de los paladines, que al dejar sus cuerpos en los fosos y trincheras de Curupaytí, legaron sus nombres a la historia.

Todo es grande en el momento de la emocionante escena. La expresión de los rostros de los espíritus varoniles que dicen de la impresión recibida, el ambiente, el silencio emocionante, el sonido del clarín y el redoble destemplado de las cajas de guerra que llevan sus ecos tristes en alas del

viento al centro y a los extremos de los regimientos y batallones tendidos en batalla.

Se pasa lista y falta un campeón a la cita... ¡No se presenta!... ¡No responde al nombre de Manuel Roseti!... ¡No acude a ponerse a la cabeza de la brigada su coronel!

Es que cayó al frente del primero de línea, desplegado en guerrillas en lo más intenso del fuego, con la vista fija en los baluartes, y cuando ordenaba el avance y el asalto.

Se llama a la vida el nombre preclaro del coronel Juan Bautista Charlone, cuya arrogante figura y varonil espíritu son reflejo de su alma tanto más serena cuanto más inminente es el peligro, hacia el que avanza, entre el paso marcial de la "Legión Militar".

Se recuerda una vez más a Manuel Fraga, que no sabe de temores, cuyo estoicismo dice de su temple de soldado, que es frío como el acero que empuña su diestra, y que, en el fragor del asalto y con el presentimiento de su muerte, manda: "¡Batallón cuatro! ¡Hay que escalar la trinchera y lucir las bayonetas argentinas, que son de tradición libertadora, al resplandor de la victoria!..." ¡Vencer o morir es la consigna!

Se aparta el polvo que cubre los sagrados restos de Alejandro Díaz, el brillante alumno de la escuela de Saint-Cyr. Le han visto avanzar con su unidad, deseoso de tejer con la hazaña la guirnalda de la epopeya. Al evocarle la imaginación le ve el primero en el asalto, sobre la cresta de la trinchera, agitando la bandera, cuando exclama: "¡A mí, batallón tres!... ¡A mí!..." — y muere.

Se exalta al mayor Lucio Salvadores, con su mirada centelleante de valor y su espíritu desdeñoso del peligro, que anima al batallón tercero de Entre Ríos en la acción. ¡Que

ama a la patria, que es su pasión, y a la gloria, que es su ideal!

Se te evoca a ti, capitán Dominguito Sarmiento, mente de escritor y alma de soldado, fundida en el crisol de las virtudes más puras, porque el valor y la hidalguía son tu blasón, y que herido en el tendón de Aquiles, miras con serenidad espartana la sangre fluír de la herida, y al presentir tu muerte, hermanas el recuerdo de la madre, que es el amor más puro, al de tu predilecta, para consagrarles en las postrimerías de la vida las últimas palpitaciones de tus ideales y ensueños de niño en la recordación del hogar y del amor.

A Nicolorich, a Darragueira, a Benavente, a Paz, a Hidalgo, a Córdoba, a Caliva, a Cejas, a Yermal, a Grandoli, a Muñoz, a Vásquez, a Guiñane. A los soldados oscuros, a los héroes ignorados; a todos los que en el atardecer, en la hora crepuscular del 22 de septiembre de 1866, no respondieron a la lista, no se presentaron al llamado, porque yacían heridos o velaban con sus armas orladas de palma y laurel por el porvenir de la patria, en las regiones inmortales.

CARLOS MARÍA URIEN. — Historiador y jurisconsulto.

OBRAS: *La guardia nacional argentina, El derecho de intervención y la doctrina de Monroe, Curupayti, Esteban Echeverría.*

JUICIO: "Su idiosincrasia fué la de un escritor vibrante, que narraba con facilidad y con candorosa elegancia los episodios de nuestro pueblo". — (José León Suárez.)

CLEMENTE ONELLI

100.

EL ZORRO SIN COLA

Encerrado en estrecho cajón llegó un día de regalo al Jardín Zoológico un zorro. Desclavada la tapa de su encierro, fué largado en una jaula donde había muchísimos otros. Todos lo vieron y los otros zorros también: al recién llegado le faltaba la cola. Los niños se reían y los zorros, después de haberlo olfateado un rato con el hocico en el aire, lo dejaron solo en un rincón de la jaula.



En ese día el pobre forastero no probó ni agua; pero al día siguiente un zorrillo joven y más alegre se le acercó, lo tocó con sus patitas, y jugando y jugando lo llevó hasta el bebedero. ¡Qué sed tenía! ¡Y qué hambre también! Pero al fin el pobre zorro sin cola había encontrado un amigo al cual contó todas sus penas.

Los zorros, como todos los animales, no hablan; pero se miran en los ojos y se entienden. Yo también los entiendo; y en la plácida hora del mediodía, cuando el jardín todo lleno de sol está desierto y callado, comprendí toda la historia que contaba de su vida el pobre zorro sin cola.

Los dos, echados uno en frente de otro, con su hociquito pegado en el suelo, se miraban fijamente, y el chico decía:

—¿Cómo tú, tan grande y tan fuerte, has caído en manos

del hombre? Yo un día me desperté adentro de una casa, mi mamá ya no estaba y otro animal me criaba: supe más tarde que era una perra. Yo no conozco la vida del campo; cuéntame tu historia.

Y el zorro sin cola, en el gran silencio de la siesta, dijo con su larga y profunda mirada:

—Yo tenía un hermanito, vivíamos en una casa muy linda y profunda, adentro de un ombú. Un día que mi madre había ido a cazar, tratamos de salir afuera. ¡Qué lindo era el campo, grande, verde y lleno de pajaritos que venían a posarse sobre las ramas de nuestra casa: llegó mi madre, nos agarró con la boca y nos llevó a la cama. Pero una semana más tarde ella salió y al rato nos llamó afuera. El ombú tenía sobre el suelo unas montañas donde trepábamos y jugando caíamos al suelo; nuestra madre, echada en el suelo, nos miraba y miraba a todas partes. Y un día nos hizo esconder de prisa: al rato oímos raspar la tierra, y después en la puerta de nuestra casa, un olfateo fuerte como resuello y gritos terribles: acurrucados en el fondo y tras de madre, vimos en la puerta dos ojos grandes y una bocaza de infierno. Después de largo rato volvió el silencio. Madre nos dijo que era un perro, que no había podido entrar porque la puerta era chica, que era un pariente malo, vendido al hombre y que nos mataría si nos encontraba.

Madre salió una mañana y ya no volvió: teníamos hambre; al anochecer salimos afuera, la llamamos largo rato, pero no contestó a nuestros gritos; vimos lejos, al claro de la luna, dos hombres a caballo que pasaban, y el viento nos trajo las palabras de uno que decía: "Los zorros llaman a *Juan*": no sabían, seguramente, que teníamos hambre y llamábamos a madre.

A la otra mañana fuimos a cazar, y tras de una mata de pasto mi hermano alcanzó a cazar una torcaz. No me la quiso dar y se la quitó; nos peleamos y esa noche ya no volvimos al ombú: caminé toda la noche, me asusté cuando las martinetas, despertadas a mi paso, se levantaban de improviso, y al día siguiente para almorzar no encontré otra cosa que una osamenta vieja y reseca en el campo. Subí arriba de la cabeza de aquella vaca muerta para orientarme: el campo era grande, grande, y verde todo igual al en que nací, pero el ombú ya no se veía; había vacas que dormían, había corderos que retozaban, y muy lejos un bulto donde los caranchos se reunían alegres. Madre siempre decía que estos pájaros eran amigos nuestros y nos enseñaban desde lejos donde había comida.

Iba allá, cuando oigo temblar el suelo por un galope: tuve apenas tiempo para entrar en una vizcachera; pero dos perros me habían visto al entrar y gritaban y me desafiaban para que saliera. Pero el que galopaba en su caballo iba de prisa y los llamó: hasta me pareció oír el chasquido del cabresto con el que los castigaba.

A la noche, cuando todo era silencio, me dirigí al punto donde había visto los caranchos, pero estos buenos amigos se habían comido todo. Me hubiera quizás muerto de hambre si unos teros que me oyeron venir no hubiesen gritado. Madre siempre decía que a poca distancia de donde gritan los teros está un nido lleno de huevos. ¡Y qué ricos son los huevos de tero! Tú, chicuelo, nunca los has probado: me comí los cuatro que había, después hice una cama mullida desparramando las pajas de ese nido.

Había comprendido que de día me sería imposible andar por la campaña; ¡caminaba tanto todas las noches! A veces me encontraba con otros zorros: un saludo, un *Juan seco*, y

cada uno por su lado. Llegué una noche a un arroyuelo, en frente había algo con luces: una casa de hombre, como diría madre, donde hay mucha comida pero mucho peligro. Estuve largo rato olfateando: allí había un solo perro que gritaba; cuando todo fué silencio, me acerqué con prudencia; el perro me oyó, ladró, pero no se movió: estaba con cadena; dí una vuelta larga para que no me viera y, sigilosamente, entré a una pieza muy tibia y de donde salía un rico olor. Nadie estaba allí, pero había quedado solamente el olor: encontré en el suelo un hueso grande, desnudo y blanco, duro y desabrido como una piedra. Salí decepcionado y recordé que en la puerta había despreciado cierto bulto que fuí ahora a hurguetear impaciente: era un recado, y del bozal muy duro y reseco colgaba una magnífica manea fresca y recién sobada. Fué la pobre cena de esa noche; pero era tan dura que no conseguí comerla toda y volví a la noche siguiente; mientras trabajaba en ablandar el botón, tras de mí resonó un ruido seco y me encontré con la cola prendida entre unos dientes de fierro.

¡Qué angustias, amiguito! ¡Y qué dolor! Pasé horas de infierno, y la alborada ya empezaba a aclarar el cielo del otro lado del arroyo. Mi cola linda, la que ya había pensado lucir con una hermosa zorra que había encontrado una vez, me martirizaba y me detenía; no había tiempo que perder: rápidamente me dí vuelta, mordí con rabia mi cola y quedé libre. Perdí mucha sangre hasta llegar a una cueva, desde donde, con picós y palas, fueron a sacarme. Me hice el muerto, pues madre decía que es una estratagema que a veces permite una fuga. Pero un hombre dijo: "No se descuiden; Don Juan se hace el muerto y no lo está". Me encerraron en un cajón con un olor horrible: el mismo de ciertas luces que usan los hombres. Estuve allá adentro en la obscuridad por largas horas; oí sil-

bidos, bufidos, ruido de herrajes, hasta que ayer me encontré aquí entre tantos compañeros de desgracia y que me miran en menos porque no tengo cola. ¡Vaya una situación para hacerse los orgullosos! . . .

CLEMENTE ONELLI. — Naturalista y escritor, de origen italiano. Fué durante largos años director del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Falleció en esta ciudad en 1925.

ESTANISLAO DEL CAMPO

101.

FRAGMENTO DEL "FAUSTO"

—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita,
cuando agatas la puntita
del sol comienza a asomar!

Usté ve venir a esa hora
roncando la marejada,
y ve en la espuma encrespada
los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca
y con la vela al solsito,
se ve cruzar un barquito
como una paloma blanca.

Otras, usté ve, patente,
venir boyando un islote,
y es que traí'a un camalote
cabrestiendo la corriente.

Y con un campo quebrao
bien se puede comparar,
cuando el lomo empieza a hinchar
el río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
a la playa agatas vienen,
y allí en lamber se entretienen
las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
en que la mar ha bajao,
cáir volando al displayao
gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas, es divino
mirar las olas quebrarse,
como al fin viene a estrellarse
el hombre con su destino.

Y no sé qué da el mirar
cuando, barrosa y bramando,
sierras de agua viene alzando
embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
se mostrase retobao

al mirar tanto pecao
como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir
cuando el Señor la serena,
sobre ancha cama de arena
obligándola a dormir.

Y es muy lindo ver nadando
a flor de agua algún pescao:
van, como plata, cuñao,
las escamas relumbrando...

ESTANISLAO DEL CAMPO. (1835-1875). — Poeta, periodista y hombre público. Cultivó preferentemente la poesía gauchesca, siendo notable en este género su poema *Fausto (Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo)*.

JUICIO: "Estanislao del Campo tiene chispa, imaginación colorida, agudeza y el encanto de una palabra juguetona y burlesca. Ve pronto y bien el lado ridículo de las cosas, y no se quedará nunca en ayunas por falta de sal para sazonar su almuerzo; la tiene en abundancia y a veces de buena calidad". — (*Pedro Goyena.*)

FÉLIX FRÍAS

102.

LAVALLE Y SAN MARTIN

(FRAGMENTO)

Yo he visto muertos y he asistido al entierro de dos argentinos, cuyos nombres vivirán perpetuamente en la memoria agradecida de sus compatriotas: los generales don Juan Lavalle y don José de San Martín.

El general Lavalle murió en Jujuy, atravesado el pecho por la bala de un soldado del sangriento tirano Juan Manuel de Rosas, cuando se encaminaba al destierro, después de haber luchado con heroico denuedo en defensa del honor y de la libertad de su patria, durante la más larga y penosa campaña que haya hecho jamás un ejército argentino.

El fúnebre cortejo lo formaban sus compañeros de armas, los que le siguieron desde Martín García y se hallaron a su lado en las batallas del Yerúa, Don Cristóbal, Sauce Grande, Quebracho Herrado y Famaillá.

Durante muchos días les fué menester hacer frente a los bárbaros, que les disputaban el cadáver del amado jefe, para ofrecerlo a las salvajes profanaciones del más cruel de los déspotas.

Sus leales amigos salvaron al país de esa última victoria de la tiranía, y condujeron sus restos hasta la ciudad de Potosí, en cuya catedral se celebraron sus honras fúnebres . . .

El general Lavalle será recordado como el héroe de la libertad, porque murió por ella y en su defensa luchó más que nadie.

El general San Martín es el héroe de la Independencia. Sus hazañas son conocidas en el mundo; sus victorias emanciparon a cien pueblos; sus virtudes se elevaron tan alto como sus glorias. El fundador de tantos Estados, el que les dió el más valioso de los tesoros — la existencia misma, — vivió lejos de las riquezas y los honores, y más de una vez fué insultado por la calumnia y la ingratitud. Nada pidió para sí a los que le debían todo; y pudo escribir en su testamento estas bellas palabras: "Declaro que no he debido y no debo nada a nadie".

El más grande de los americanos, el que por lo menos era de la talla de Bolívar, fué el más modesto; igualó a Washington en el desprendimiento, y no tuvo más ambición que la de vivir olvidado en el hogar, donde una hija digna de llevar su nombre, le hizo gozar las inefables delicias de la vida doméstica, a la par del caballero a quien ella había unido su suerte, y de las nietas del ilustre guerrero.

Murió en el seno de la más hospitalaria de las naciones. Su entierro fué tan modesto como el del más oscuro ciudadano: un anciano español, el ministro de Chile, dos amigos franceses y cuatro argentinos, componían todo el cortejo fúnebre.

De los dos célebres generales, el uno murió en tierra extranjera, el otro en la propia, donde no pudo hallar, sin embargo, una tumba, y donde los esclavos del tirano persiguieron cobardemente su cadáver, a fin de presentarle la cabeza como trofeo digno de sus feroces instintos.

Los dos generales fueron dos grandes ciudadanos, porque fueron dos grandes hombres de bien; pues sin la honradez no hay reputación bien adquirida, ni gloria sólida. Fueron más que honrados, fueron virtuosos: hicieron todo sacrificio

en favor de su país, y ninguno exigieron del país en obsequio de sí mismos. Su única ambición fué ésta: ver a la tierra argentina soberana entre las naciones, y a los hijos de ella dueños de sus destinos.

¡La libertad y la independencia! Los pueblos no conocen bienes mayores, y los que no los poseen carecen de todo. Las glorias de nuestros padres no han sido infecundas, y seríamos indignos de recordarlas si no supiéramos mantener intacto el fruto de sus victorias; si nuestras virtudes no respondieran a las suyas, si consintiéramos que se amengüe, que perezca en nuestras manos la obra de ellos, obtenida a costa de tan esforzados sacrificios.

Para honrar la memoria de los héroes no bastan las estatuas, los bellos discursos, ni las manifestaciones del entusiasmo patrio: es menester algo más, es menester que todo corazón argentino esté pronto a amar lo que ellos amaron, que todo brazo argentino esté pronto a defender lo que ellos defendieron.

FÉLIX FRIAS. (1820-1885). — Escritor, diplomático y orador.

OBRAS: *Ley de tierras, El juicio de Rosas, Federalización de Buenos Aires, Libertad de enseñanza.*

JUICIO: "Literato, secretario del general Lavalle, escritor en Bolivia y en Chile, coronel boliviano en Valparaíso, diputado a la Convención y al Congreso argentinos, mostró dotes elevadísimas de orador austero y ardiente. Ministro plenipotenciario en Chile, estableció las bases de la cuestión de límites". — (*Sarmiento.*)

PEDRO B. PALACIOS (*Almafuerte*)



103.

¡ A D E L A N T E !

Si te postran diez veces, te levantas
otras diez, otras cien, otras quinientas . . .
No han de ser tus caídas tan violentas,
ni tampoco, por ley, han de ser tantas.

Con el hambre genial con que las plantas
asimilan el humus avarientas,
deglutiendo el rencor de las afrentas
se formaron los santos y las santas.

Obsesión casi asnal, para ser fuerte,
nada más necesita la criatura,
y en cualquier infeliz se me figura
que se rompen las garras de la suerte . . .
¡ Todos los incurables tienen cura
cinco minutos antes de la muerte !

DARDO ROCHA

104.

LOS PRESTIGIOS



Terminada la gran lucha que dió por resultado la organización de la República, se han calmado las pasiones que nos agitaron entonces, y nuestro juicio, libre de su influencia, aprecia con exactitud los hombres y las cosas.

De aquí la diferencia que nos sorprende, y que será mayor para la posteridad.

Esta es también la explicación de la grande influencia que tiene el tiempo sobre los prestigios personales.

Mientras unos se forman, se desenvuelven y se extienden a medida que una época pasa, otros se disminuyen y empequeñecen.

El tiempo continúa inflexible esta obra de la justicia, hasta que hunde la reputación de los unos en la obscuridad de donde no debieron salir, y levanta a los otros hasta su gloria merecida.

Esto muestra una profunda diferencia entre unos prestigios y otros, entre unas reputaciones y otras.

Es que unos prestigios son verdaderos y otros falsos, y tienen diferencia de causa, de medio, de tiempo y de resultado.

Los prestigios verdaderos nacen de la gratitud pública y son el premio de los leales servidores del país que sólo han

buscado su felicidad sin tratar de congraciarse las voluntades ni excusar la lucha con los malos intereses.

Los prestigios falsos reconocen por origen la complacencia a las pasiones y a las preocupaciones de un momento y la cobarde tolerancia a los intereses ilegítimos.

Los hombres que buscan los primeros, tratan de encaminar la sociedad en que actúan por el ancho camino que ha de conducirla a la felicidad y al engrandecimiento.

Los que procuran los segundos, la siguen como lacayos, sin tratar jamás de imprimirle dirección, aunque marche a la ruina, temerosos de enajenarse las simpatías de sus contemporáneos.

Los unos no tienen en cuenta las susceptibilidades y errores de su época, ni ocultan los defectos o los vicios que son propios a ésta.

Los otros transigen con los errores, con los defectos y con los vicios, por no irritar esas susceptibilidades.

Los prestigios primeros tardan en formarse, pero se desenvuelven a medida que el que los ha merecido se aleja de la vida activa.

Los segundos se forman instantáneamente y decrecen en razón inversa de los primeros.

Aquéllos dejan en pos de sí grandes obras o grandes servicios.

De éstos apenas suele quedar el recuerdo de una frase hueca o de una actitud teatral.

Los unos se convierten en los grandes nombres que recoge la historia.

Los otros desaparecen con las pasiones que les dieron vida, y el tiempo los sepulta en el osario de las mediocridades cuyos nombres rara vez recuerda la historia.

JOSÉ M. ZUVIRÍA

105.

EL PORVENIR DE AMÉRICA

No sé si será éste el momento más propicio para fotografiar el pensamiento argentino.

Los pueblos pasan por entre ráfagas de sombras y de luz. Tienen, como el mundo sideral, su rotación periódica, sus apogeos, eclipses y solsticios; como la naturaleza física, sus estaciones, su calor intenso, su frialdad extrema, su primavera y su otoño.

¿En qué período de su existencia se encuentra el pueblo argentino, hoy que este libro se propone estereotipar el grado de elevación y cultura de su alma, su ciencia y su progreso?

Libres nosotros, como el aire de nuestras pampas, en un suelo desnudo, a la intemperie, sin altas montañas que nos abriguen, sin excesivo calor que nos enerve y a la margen del más ancho río de la creación, usamos y abusamos de la libertad nativa, y, creyéndonos bastante viriles y fuertes para sustentarla y defenderla, ensayamos con fe y valor los más avanzados principios de la democracia; y desarrollando el comercio, en su más alta escala, sembramos la riqueza en tan vasto y despoblado territorio.

Llamamos a todos los hombres de la tierra, brindándoles un abrazo grande y fecundo, estrecho y fraternal.

La emigración del mundo se precipita a raudales en nuestro suelo, y difundiremos con ella a las repúblicas hermanas la población de Europa.

Ella nos traerá sus luces, los frutos de su larga experiencia,

sus hábitos pacientes de trabajo; bienes todos salvados de los incendios de la comuna, del naufragio de pueblos oprimidos, de los cataclismos sociales y de esas sangrientas guerras de Sisifo, de pueblos contra pueblos y hombres contra hombres, que, obcecados, aun persisten en buscar, por los viejos caminos, la ciencia, el principio y las fórmulas prácticas de la democracia, el medio de gobernarse por sí mismo y de vivir

¿Cuáles son, en fin, los destinos de América?
libres, tranquilos y felices.

Por el suelo argentino, por este Río de la Plata, la más amplia garganta del continente americano, vendrá la Europa, abandonando el antiguo lugar, las viejas armaduras de combate, los empolvados pergaminos de su ciencia política, de su derecho divino, de sus dinastías y blasones nobiliarios, para aleccionarnos con su experiencia; y al mostrarnos el fruto de su trabajo paciente, aprenderá de nosotros las intuiciones luminosas de la soberanía popular, los eternos principios de la democracia, las prácticas de la libertad.

Acaso decadente y caduca, en el Viejo Mundo, desciende ya allí la sociedad humana, como el Imperio Romano las gradas del Capitolio; y en vez de renacer, después de surcar el Mar Muerto de la Edad Media, en nuevas razas, pueblos y naciones, va a cruzar esta vez las ondas vivas del Atlántico, para resucitar aquí, en el paraíso americano, y levantar de sus vírgenes bosques ese himno humano, eterno, de sumisión y alabanzas al Dios que aniquila, al Dios que crea, al que puede postrar a la más soberbia de las naciones o alzarla de su tumba como a Lázaro; al que salva, en fin, en lo eterno, los destinos de la humanidad lanzándola al progreso indefinido, en mares de una vida inagotable, atada con los lazos del amor y alumbrada con la antorcha de la libertad.

JUAN CHASSAING

106.

A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
que en pos de ti me arrastras,
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?
Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el ángel de la inmensa muerte,
te agitas y nos llamas!

Allá voy, allá voy sobre las olas,
allá voy, allá voy sobre las pampas,
bajo el cañón del enemigo injusto,
a levantarte un trono en su muralla!
¡Ah, que la sombra de la noche eterna
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te verán mis ojos
huyendo en la batalla...
página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING. (1838-1864). — Orador y poeta. Sus composiciones más notables son el *Himno a Colón* y el canto *A mi bandera*.

JUICIO: "Chassaing no era todavía más que una sombra, pero se hallaba dotado de todas las cualidades para esculpir fuertemente su figura en la historia de su país. La muerte ha sido para él cruel, y dando a su memoria esa vibración simpática de la compasión y de las lágrimas, le ha arrebatado en verdad un gran papel en la escena de su tiempo". — (Nicolás Avellaneda.)

JOSÉ INGENIEROS

107.

FIRMEZA Y LUZ . . .

“ . . . como cristal de roca”, debemos ser los ciudadanos de esta nueva raza. El favor y la intriga tientan nuestro decoro con fáciles prebendas. Avergüénzate de ellas, joven argentino. Si eres artesano, evita enlodazarte recibiendo alguna cosa que no sea la compensación de tus méritos; si eres poeta, no manches la túnica de tu musa cantando en la mesa donde se embriagan los cortesanos; si eres sembrador, no pidas la protección de ningún amo y espera la espiga lustrosa que al encantamiento de tus manos rompe el vientre de la tierra; si eres sabio, no mientas; si eres maestro, no engañes; si eres pensador o filósofo, no tuerzas tu doctrina ante los poderosos que la pagarían sobradamente: por tu propia grandeza debes medir tu responsabilidad y ante la raza entera tendrás que rendir cuentas de tus palabras. Sea cual fuere tu habitual menester, — hormiga, rruiseñor o león, — trabaja, canta o ruge con entereza y sin desvíos: en ti vive una partícula de tu raza.

No imites al siervo que se envilece para aumentar la ración de su escudilla. Desprecia al corruptor y compadece al corrompido. Desafía, si es necesario, el encono y la maledicencia de entrambos, pues nunca podrán afectar lo más seguramente tuyo de ti: tu personalidad. Ninguna turba de lacayos puede torcer a un hombre de carácter. Es como si una piara diese en gruñir contra el chorro de una fuente dulce y fresca: el agua seguiría brotando sin oírlos y, al fin, los mismos gruñientes acabarían por abrevarse en ella.

Algo necesitamos de los demás, y no es poco: respeto. Debemos conquistarlo con la inflexible virtud de nuestra conducta. No es respetable el que obedece contra el sentir de la propia conciencia; la disciplina pasiva es una virtud feudal, que la nueva raza desdeña. Todos respetan al que sabe jugar su destino sobre la carta única de su dignidad.

Mienten los audaces que llaman política al arte de sus acomodaciones vergonzosas; no merece regir los destinos de una raza ningún hombre incapaz de conservar la integridad de su carácter. Cuanto más grave es la función que asumimos en la conducción de la raza, más firme ha de ser nuestra fidelidad a la Virtud; las cobardías morales de los grandes son las más funestas, en cuanto su mal ejemplo infecta a muchos.

No se cansaban los estoicos de repetir el gesto firme del senador Helvidio Prisco. Pidióle un día Vespasiano que no fuera al Senado, para que su austera palabra no perturbara sus planes.

—Está en vuestras manos quitarme el cargo, pero no fallaré al Senado mientras sea senador.

—Si vais, — repuso el emperador — será para callar vuestra opinión.

—No me pidáis opinión y callaré.

—Pero si estáis presente no puedo dejar de pedirlosla.

—Y yo no puedo dejar de decir lo que creo justo.

—Pero si lo decís os haré morir . . .

—Los dos haremos lo que está en nuestra conciencia y depende de nosotros. Yo diré la verdad y la nación os despreciará. Vos me haréis morir y yo sufriré la muerte sin quejarme. ¿Acaso os he dicho que soy inmortal?

Graba este ejemplo en tu memoria, artesano, poeta, sembrador o filósofo. Probable es que no puedas imitarlo en

grado heroico, pero no lo olvides en tu habitual escenario. Haz de él un mandamiento de tu argentinidad. Piensa que el porvenir de tu raza está en el temple moral de sus componentes. Ejemplos como ese necesitas; hombres que sepan desprenderse de todo, inclusive la vida, antes que declinar un minuto, uno sólo, su dignidad.

CARLOS OCTAVIO BUNGE

108.

¡ V I V A L A P A T R I A !

Érase un sabio anciano, padre de siete robustos mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia. Sintiendo cercana la hora de su muerte, un día los llamó. Presentóles un haz de siete varas sólidamente atado, y les dijo:

—Dejaré en herencia toda mi hacienda a aquel de vosotros que pueda quebrar este haz.

Uno a uno ensayaron en vano, los siete mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia, doblando sobre el haz sus rodillas de salvajes. Y exclamaron:

—No podemos, padre.

Entonces el anciano desató el haz, y lo rompió sin esfuerzo, vara tras vara.

Observáronle sus hijos:

—Así, también podríamos haberlo hecho nosotros, padre.
Y el anciano les repuso;

—Esta lección, hijos míos, es la mejor herencia que os lego. Meditadla. Aislados, cualquiera os podrá quebrar, como yo quebré esas varas. Unidos todos por el amor de hermanos, seréis fuertes e invencibles como el haz.

Esto, que dijera aquel sabio anciano a sus hijos, debe repetirlo la patria a todos sus hombres. Porque un pueblo no es más que una familia. Una nación es sólo un numeroso grupo de hermanos.

Los pueblos cuyos hijos viven en la discordia y la indiferencia, desgastan sus fuerzas en estériles reyertas. La envidia siega las cabezas que sobresalen con la guadaña de la muerte. La nación mata sus mejores guías, como Saturno, que devoraba a sus hijos. La guerra civil desangra a la patria, y la difamación la envenena. Enróscase entonces en su cuerpo indefenso la anarquía, una hidra feroz de dos cabezas: la mediocridad y el despotismo.

Los pueblos que fueron fuertes y gloriosos en la historia, lo fueron siempre porque sus hijos amaban a la patria. Y todos los hombres que fueron grandes cimentaron su grandeza en el desprecio a los intereses mezquinos y el amor a los hermosos ideales, especialmente al ideal de la patria.

Sólo en las sociedades decadentes y corrompidas, los hombres carecen de patriotismo. Esas sociedades están destinadas a debilitarse y perecer. Pues en la tierra hay muchas naciones, y las naciones fuertes son naturales enemigos de las débiles. Codician sus riquezas y requieren sus territorios. Ningún pueblo puede relajar sus lazos de asociación, porque ningún pueblo está solo en el mundo.

Aunque se pertenezca a un pueblo de historia innoble y lamentable, debe amarse a la patria. Pero cuando se tiene la suerte de nacer en una patria invicta, libre y gloriosa como la

República Argentina, entonces el amor a la patria no es ya forzado sacrificio sino legítimo orgullo. Pertenecer al pueblo de San Martín, Belgrano, Rivadavia, Sarmiento, Avellaneda, Mitre, es sentirse miembro de una familia de hombres ilustres. ¡Y ello nos obliga a ser dignos de nuestros padres!

Mas no ha de confundirse la gloria con la vanagloria, el patriotismo con el patrioterismo. Esto, es la torpe jactancia de los débiles y los incapaces; aquéllo, el esfuerzo callado y potente de los que trabajan y obran. Es lo uno, femenino apego al oropel y al fausto; lo otro, fuerza de varón y pujanza de héroe. Cubrios de hierro como los caballeros de los siglos medios, y no de brocados y encajes como las damas. En la palestra de la vida, los fuertes no son espectadores: ¡son luchadores!

Se dice que el amor a la patria es un sentimiento "lírico", sin ningún valor en la vida práctica del individuo. . . . ¡Nunca error más torpe! La grandeza de la patria es para el individuo la más pura y fecunda fuente de goces. Su derrota, principio de inagotables penas y hasta de físicas penurias. Vivir en tiempos de derrota es vivir en la indigencia, la tristeza, la sombra. En cambio, los triunfos de la patria son la luz y el aire para las almas de los ciudadanos, buenos o malos. ¡Seamos patriotas hasta por egoísmo!

La patria nos devuelve con creces nuestros servicios y homenajes. De su poder y su felicidad dependen el poder y la felicidad de cada uno. Seamos como los pámpanos, que cobijan y protegen amorosamente los ópimos racimos de la madre vid.

Si el culto de la patria es el culto de lo mejor de nosotros mismos, el amor a la patria se funda en el conocimiento de nuestra historia. Es nuestro pasado lo que nos une para de-

fender nuestro porvenir. Suprimid el recuerdo de nuestras glorias y nuestros hombres, y la nación se disgregará como las perlas de un collar cuyo hilo se desata o se corta. Somos grandes por la memoria de lo que juntos hemos hecho, y fuertes por la esperanza de lo que juntos podemos hacer.

Querer a la patria es servirla. Y no hay más que un medio de servirla: el trabajo. Para que el trabajo sea armónico y congruente, no hay más que un sistema: que cada cual siga su línea, como los soldados, cuando marchan en formación hacia el campo de batalla. Si codeamos a nuestro vecino o nos apartamos de nuestro puesto, el ejército perderá su formación y el enemigo puede sorprendernos en el desorden.

El trabajo con que sirvamos a la patria no será eficaz si no se respeta a la ley. La ley dispone lo necesario para que cada ciudadano pueda realizar sus fines particulares y tiene por objeto la felicidad de todos. Quien falta a la ley, ataca a los demás. Si los ataca, no los ama. Y no amar a los conciudadanos es no amar a la patria.

La República Argentina es un país grande y rico. Pero el pueblo argentino, aunque el más noble y generoso de la tierra, es chico y pobre. Es chico, por su escasa población en relación a su vasto territorio. Es pobre, porque debe muchos millones de deuda externa, y sus empresas más lucrativas están explotadas por capitalistas extranjeros. ¡Hav, pues, que poblar el país y que pagar esa deuda externa y rescatar esos capitales! ¡Cómo? Por la dedicación al trabajo y el respeto a la ley.

No olvidemos, ¡ah!, no olvidemos la lección de aquel sabio anciano, padre de siete robustos mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia. No olvidemos que desunidos seremos débiles y miserables, que unidos seremos fuertes y po-

derosos. No olvidemos que sólo un sentimiento podrá ligarnos y cohesionar nuestros esfuerzos: el patriotismo. Y así, en nuestras horas de lucha como en nuestras horas de triunfo, en los recuerdos como en las esperanzas, en la vida como en la muerte, elevemos siempre nuestros corazones para gritar todos en una sola voz: ¡Viva la patria!

ALFONSINA STORNI

109.

HAN VENIDO

Hoy han venido a verme
mi madre y mis hermanas.
Hace ya tiempo que yo estaba sola
con mis versos, mi orgullo . . . Casi nada . . .

Mi hermana, la más grande, está crecida;
es rubiecita; por sus ojos pasa
el primer sueño.

He dicho a la pequeña:
—La vida es dulce. Todo mal acaba . . .

Mi madre ha sonreído como suelen
aquellos que conocen bien las almas;
ha puesto sus dos manos en mis hombros,
me ha mirado muy fijo . . .

Y han saltado mis lágrimas.

Hemos comido juntas en la pieza
más tibia de la casa.

Cielo primaveral . . . Para mirarlo
hemos abierto todas las ventanas.

Y mientras conversábamos tranquilas
de tantas cosas viejas y olvidadas,
mi hermana, la menor, ha interrumpido:

—Las golondrinas pasan . . .

ALFONSINA STORNI. — Poetisa, periodista y maestra contemporánea. Nació en 1892.

OBRAS: *La inquietud del rosal*, *El dulce daño*, *Irremediablemente . . .*, *Languidez*, *Ocre*, *Poemas de amor*.

ARISTÓBULO DEL VALLE

110.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ
(ORACIÓN FÚNEBRE)

Hemos llegado al borde del sepulcro, y vamos a entregar a la tierra el cuerpo sin vida de nuestro noble amigo. Ha llegado la hora pavorosa de la eterna despedida.

¡Por qué ha venido tras este féretro la ancianidad con su paso tardo y sus nubladas ilusiones, la juventud que pisa los umbrales de la vida, la virilidad que se agita en medio de la acción y de la lucha, todos con el rostro velado por tristísimo dolor?



Es que este féretro encierra los restos de uno de esos hombres excepcionales, que el tiempo ha respetado, para que la generación actual sepa cómo han sido sus nobles abuelos y pueda conservar el recuerdo de esos espíritus privilegiados que nacieron en la aurora de nuestra emancipación, que crecieron en medio de las emociones tumultuosas de una grande época y que se dedicaron con abnegación al culto de la Patria, a conservar y levantar sus glorias, a inmortalizar su nombre con grandes hechos o con grandes ideas.

Si quisiéramos acompañar al doctor Gutiérrez en su larga existencia, tendríamos que volver a la primera década de este siglo, a los días de nuestros grandes alumbramientos históricos, para seguirle con su generación al través de los tiempos

y de los acontecimientos, admirando a Rivadavia y sirviendo de punto de apoyo a su colosal iniciativa, preparando con Echeverría los elementos del porvenir, luchando en el desierto al lado de Varela y de Rivera Indarte contra el sangriento despotismo de Rosas, organizando la República con López y Alberdi, coadyuvando más tarde a la obra de la reconstrucción nacional con Vélez, con Mitre y con Sarmiento, y poniendo, por último, toda su actividad, todo su patriotismo, la experiencia de su trabajada vida, los tesoros de su ilustración, el esfuerzo de su fecunda iniciativa, al servicio de la juventud, que debe reanudar en el porvenir la cadena rota de nuestras glorias.

Pero el camino sería largo y muchas veces penoso: — más de una vez tendríamos que pasar de la luz a las tinieblas, y los desfallecimientos del pasado acrecentarían el inmenso dolor que nos domina en este momento. . .

Bastaba mirarle para leer en su rostro la gracia y delicadeza de su espíritu.

Tenía la frente elevada y fugitiva del artista — una de esas frentes serenas y límpidas que no podrían ocultar una mancha, si la tuvieran. Sus párpados pesados cubrían con esfuerzo su mirada sagaz e investigadora, y en las extremidades de sus labios gruesos, que le daban cierto aspecto serio y adusto, se dibujaba la crítica indulgente que podía llegar a la burla mordaz de la sátira vengadora.

Con dificultad, la tierra argentina producirá una organización más esencialmente literaria que la del doctor Gutiérrez.

Si no hubiera sido uno de nuestros primeros poetas, uno de nuestros críticos más finos y perspicaces, uno de nuestros pensadores más cultos y severos; si no hubiera cantado a la bandera de Mayo; si no hubiera escrito su obra monumental

sobre la instrucción pública; si no hubiera enriquecido la Historia Argentina con sus escrupulosas investigaciones, todavía habría sido el primero de nuestros hombres de letras, por sus gustos, por sus costumbres, por las irresistibles tendencias de su espíritu, por su amor a lo bello, por su insaciable curiosidad, por el entusiasmo que despertaban en su alma, siempre juvenil, las mormas completas del estilo, como todas las grandes obras artísticas.

El doctor Gutiérrez deja, como productor intelectual, un caudal de gracia en sus composiciones poéticas, y un tesoro de erudición en sus obras históricas.

¡Cuántos de nuestros hombres más distinguidos se han salvado del olvido, la última de las tumbas, gracias a sus nobles esfuerzos y a esa paciente constancia que no le ha abandonado hasta el momento de su muerte!

Después de setenta años de vida, el doctor Gutiérrez disfruta su primera hora de descanso en la tumba.

Era un hombre de trabajo.

Jamás su inquieto pensamiento se entregaba al reposo. Pobre, necesitaba muchas veces dedicarse a tareas de segundo orden para alcanzar a satisfacer las modestas exigencias de su hogar honrado, y cuando esto sucedía, después de seis u ocho horas de trabajo abrumador, todavía buscaba el descanso en la pluma, o en los libros, para hacer resucitar a sus muertos queridos.

Pocos días hace, nos decía que se preparaba a continuar su grande obra sobre la Universidad de Buenos Aires, y al mismo tiempo, nos hablaba de las prensas europeas, de la última entrega de la *Revista de Ambos Mundos*, de las últimas conquistas de la ciencia en Alemania y en Italia. ¡Todo lo abarcaba en su anhelo insaciable de saber!

El doctor Gutiérrez ha muerto, después de haber asistido a la apoteosis del héroe por quien sentía mayor admiración y a quien había dedicado algunas de sus mejores páginas. ¡Ha sido la última de sus alegrías!

Su alma se ha ido a confundir con la divinidad, arrullada por el recuerdo de las glorias de la patria. Quizás su última hora haya sido la hora más feliz de su existencia.

Doblemos la frente sobre su tumba, y sofocando nuestro dolor, pidamos a su memoria y busquemos en su ejemplo la fuerza de todas sus virtudes.



JOSÉ HERNÁNDEZ

111.

CONSEJOS DE MARTÍN FIERRO A SUS HIJOS

Un padre que da consejos
más que padre es un amigo,
ansí como tal les digo
que vivan con precaución —
naides sabe en qué rincón
se oculta el que es enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada —
no estrañen si en la jugada
alguna vez me equívoco —
pues debe saber muy poco
aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas menas:
mas digo, sin ser muy ducho —
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas...

Las faltas no tienen límites
como tienen los terrenos —
se encuentran en los más buenos,
y es justo que les prevenga; —
aquel que defetos tenga,
disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás
lo dejen en la estacada;
pero no le pidan nada
ni lo aguarden todo de él:
siempre el amigo más fiel
es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
es bueno que a uno lo asalten —
así no se sobresalten

por los bienes que perezcan —
al rico nunca le ofrezcan
y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre pampas
el que respeta a la gente —
el hombre ha de ser prudente
para librarse de enojos —
cauteloso entre los flojos,
moderado entre valientes.

El trabajar es la ley
porque es preciso adquirir —
no se espongan a sufrir
una triste situación
sangra mucho el corazón
del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
para ganarse su pan;
pues la miseria, en su afán
de perseguir de mil modos,
llama en la puerta de todos
y entra en la del haragán.

Para vencer un peligro,
salvar de cualquier abismo, —
por experiencia lo afirmo —
más que el sable y que la lanza,
suele servir la confianza
que el hombre tiene en sí mismo...

Muchas cosas pierde el hombre
que a veces las vuelve a hallar —
pero les debo enseñar,
y es bueno que lo recuerden —
si la vergüenza se pierde
jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera —
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean
los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos,
el burlarlos no es hazaña;
si andan entre gente estraña,
deben ser muy precavidos —
pues por igual es tenido
quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es vieja
pierde la vista, — y procuran
cuidarla en su edad madura
todas sus hijas pequeñas —
apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura . . .

Procuren de no perder
ni el tiempo ni la vergüenza —
como todo hombre que piensa

procedan siempre con juicio —
y sepan que ningún vicio
acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
le tiene al robo afición —
pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre —
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón . . .

Es siempre, en toda ocasión,
el trago el pior enemigo —
con cariño se lo digo,
recuérdelo con cuidado: —
aquel que ofende embriagado
merece doble castigo . . .

Estas cosas y otras muchas
medité en mis soledades —
sepan que no hay falsedades
ni error en estos consejos —
es de la boca del viejo
de ande salen las verdades.

José HERNANDEZ. (1834-1886). — Poeta y periodista, autor
del célebre poema gauchesco *Martin Fierro*.

JUAN JOSÉ PASO

112.

CARACTERÍSTICAS DE LA REVOLUCIÓN

Aunque mil veces se proclame la obediencia y contento de los pueblos al imperio usurpador, aunque se interpongan los más sagrados respetos de la religión y del juramento, y aunque accedan los conocimientos más auténticos y solemnes de las naciones, ni aquéllos ni el tiempo corroboran la autoridad, si la violencia subsiste bajo de un sistema destructor, enemigo de su felicidad. En este caso no hay necesidad de promover cuestiones para explicar los sentimientos del pueblo; es evidente su conflicto en la opresión; todos conocen que ninguno quiere ni se presume consentir lo que le destruye.



Que no se crea que el espíritu de revolución ha formado estos principios: ellos derivan por consecuencia de la demostración contraída al caso, que hace excepción a todas las opiniones. Son, desde luego, de temer las insurrecciones de los pueblos contra la autoridad que los domina; no por ello deben condenarse todas por criminales. Desde que hay Estados hubo revoluciones; todos han mudado de manos y de formas; ninguno subsiste ni en la raza de sus autores, ni en la primitiva constitución de sus elementos. La usurpación derribó los unos, la insurrección los otros; algunos cayeron de

sí mismos desquiciados de las ruinosas bases que no podían sostenerlos. Si sólo una insurrección fuese justificada en la serie de todas las que nos precedieron, ésta es ésta, los datos expuestos están a la vista de todos, los códigos y órdenes del gobierno colonial de América deponen de su verdad. Mucho tiempo ha que los extraños han lamentado nuestra situación infortunada; tal vez este fué el único consuelo en la aflicción. Si al juicio de los políticos de Europa, el interés, bien que grande, indirecto y por consecuencia de los daños que su privación induce en todos los órdenes y relaciones de las naciones, podría autorizarlas para obligar a España a ceder o acomodarse en la presente contienda, ¿cómo es que América, por la suma de todos los bienes que interesan soberanamente la suerte y fortuna de esta vasta región de la tierra, no habría podido dar el impulso a la acción, cuyo suceso, antes que a toda otra, afecta inmediatamente su bien o malestar?

Nuestra revolución es la más ordenada, dulce y apacible; ninguna en que se haya economizado tanto la sangre, ni en que, aun a los enemigos, se haya dispensado tantas consideraciones. Las disensiones civiles no han inducido un trastorno más que momentáneo en el orden público; un mismo espíritu ha animado la acción del gobierno, siempre en forma regular.

JUAN JOSÉ PASO. (1757-1833). — Benemérito ciudadano. Fué secretario, como Moreno, de la Junta de Mayo y uno de los signatarios del acta de la Independencia.

J. M. VILLAFÑE

113.

DEMOCRACIA

No intento tratar ampliamente la democracia, a que hoy tienden todos los pueblos con pavora de las decrepitas monarquias; sólo diré dos palabras sobre su lema: "Igualdad, libertad y fraternidad", precioso fundamento del derecho político de las naciones modernas, bella trinidad que simboliza los más caros intereses humanos.

Nada más importante y trascendental para los destinos de la humanidad, para su marcha firme hacia el progreso indefinido que debe perfeccionarla, como fijar bien el sentido en este lema, como explicarlo debidamente para que no se convierta en triste enseña de desolación y llanto. Con frecuencia se lo toma como un engañoso pretexto para encender los corazones y provocar esas funestas luchas de partido, en que no se debaten sino intereses particulares de ciertas individualidades, en que no se defienden los sagrados derechos del pueblo, sino, por el contrario, se conculcan, simulando el bien de la patria.

La democracia debe, pues, definir su lema para que la astucia de los que suspiran por galvanizar la aristocracia del feudalismo no lo torne en terrible fantasma que llene el alma de pavoroso espanto; debe definirlo para que aparezca su verdad palingenésica como una dulce esperanza, como una noble aspiración que dé alas al pensamiento, y encauce la filosofía y la política por la senda de la regeneración moral e intelectual del ser humano.

Proclamar la igualdad de todos los hombres no debe ser pretender, como Licurgo, abolir el desarrollo de la razón ni comprimir el libre vuelo de la acción individual con el comunismo y nefastas teorías socialistas para lograr un absurdo e insensato nivel que degradaría la especie humana. El perfeccionamiento popular, el perfeccionamiento de las masas llevaría a la igualdad que se propone la verdadera democracia, a esa igualdad que enaltece, y que acabará por resolver todas las cuestiones sociales, cuyo planteo tan difícil es hoy por el orden de cosas que viene estableciendo el abominable monopolio de la inteligencia y de los más queridos derechos del hombre, los aun subsistentes privilegios que legara el feudalismo. Ser todos iguales en sus derechos y deberes; estar todos sometidos a las mismas leyes, es la igualdad democrática, y no esa igualdad natural que en nada existe, y no esa igualdad de escuelas comunistas que lleva consigo las bayaderas, bacantes, familismo, rehabilitación de la carne y asquerosa promiscuidad.

También figura en el lema la libertad; inefable sentimiento que enciende el alma; sagrado principio que los griegos dejaron triunfante con heroísmo en los campos de Marathon, Platea y Salamina; sublime culto por que se inmolaron Bruto, Casio y tantos otros mártires de la redención humana. Empero, al calor del ardoroso entusiasmo que inspira el santo amor a la libertad, pueden arder revoluciones desastrosas que conmuevan, que devoren a la humanidad, si no se reflexiona que sólo la virtud y el saber hacen libre al hombre, como decían Platón, Sócrates y Zenón. Bajo el nombre de libertad, los romanos, a semejanza de los griegos, concebían un estado en que nadie era súbdito sino de la ley, y en que ésta era más poderosa que todos. Obrar conforme a

la ley, sujetar a ésta el pensamiento, la palabra y las acciones, y no a autócratas individuales ni dictaduras tiránicas y despóticas, es ser libre. Así debe serlo el verdadero demócrata.

RICARDO ROJAS

114.

LOS VIENTOS

Simún o tempestad, sopro errabundo,
verbo grandioso, formidable empuje,
lleva en su voz el viento, cuando muge,
todo el eterno diapasón del mundo.

Como los niños, llora gemebundo,
o con la voz de los leones ruge:
y, si en la entraña de los montes cruje,
tiene la queja del dolor profundo.

En las cuerdas de hierro de una reja
vibra, y errantes músicas semeja;
y cuando el mar a sus impulsos late,

remedan un combate sus rumores,
y resuenan clarines y atambores
sobre el fragor inmenso del combate.

CARLOS PELLEGRINI

115.

CONSEJO A LOS JÓVENES



Para saber qué camino se ha de seguir, es necesario saber dónde se quiere llegar. El secreto de la energía y el nervio de todas nuestras acciones consiste en eso, pues esa fijeza de objetivo hace imposible las vacilaciones en los momentos decisivos en que van a fijarse rumbos trascendentales.

Esta persistencia en el propósito no exige, por el contrario, excluye la intransigencia en los medios. Todos son buenos cuando son eficientes, y pueden ser honradamente empleados, cuando pueden ser públicamente confesados; pues sólo la deslealtad, la cobardía o el delito necesitan esconderse. Los obstáculos hay que vencerlos o desviarlos; sólo los ciegos se estrellan contra ellos.

He visto muchos éxitos rápidos defraudar las esperanzas que hicieron nacer, y he visto llegar con paso seguro a los que trabajaron con constancia y sin impaciencia. Esto prueba que no hay obra útil ni grande si no la fecundan el trabajo y el tiempo.

No toméis nunca el aplauso por objetivo ni por guía; él vendrá a su hora si lo merecéis en verdad. Hay otro guía más

seguro dentro de vosotros mismos: vuestra conciencia sana: seguidla siempre y, si es necesario, sufrid por ella.

En los momentos supremos o difíciles, concentraos dentro de vosotros mismos, procuraos una idea exacta de vuestro deber, y cumplidlo sin vacilar ante ninguna otra consideración. Procediendo así, vencedores o vencidos, seréis siempre respetados.

La energía y el carácter no consisten en la violencia de la palabra o de la acción. La verdadera energía y el verdadero carácter son como el valor, tranquilo y moderado, siempre a la altura de las exigencias, sin alardes y sin vacilaciones.

(Abreviado).

CARLOS PELLEGRINI. (1846-1907). — Eminente hombre de Estado y orador. Fué periodista y juriconsulto notable, legislador, ministro, presidente y, sin duda, una de las más altas personalidades civiles de nuestra Historia.

JUICIO: "Los que lo vieron una vez, ya nunca se olvidaron de aquella estampa homérica; los que una vez lo hablaron, ya nunca se olvidaron de esa romántica bondad; y quienes lo escucharon en la asamblea popular o en el recinto parlamentario, recuerdan emocionados con qué vibración ideal y de coraje trascendía a las esferas de la Historia la potencia de su corazón varonil". — (R. Rojas.)

JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA

116.

BUENOS AIRES BAJO EL TERROR



Rosas, que dominaba por el terror, sistematizando la corrupción e introduciéndola dentro de las paredes domésticas, dice el señor Lamas, había degradado la familia, tiranizándola de un modo que no tiene ejemplo. La sirvienta que delataba a sus patrones, obtenía la libertad si era esclava, y recompensas crecidas si era libre; y no sólo ellas, sino las mujeres de todas las condiciones, eran llamadas por el cebo de

crecidas ganancias y por extravagantes e inmorales nociones del deber, a delatar al esposo, al padre, al amante. Publicaba los nombres de las personas que había envilecido, y esta publicación tenía evidentemente dos objetos: primero, provocar nuevas delaciones por el ejemplo y el premio; segundo, aterrar con el hecho de tantos hombres y de tantas mujeres pervertidas, haciendo intensa y universal la desconfianza, e irrealizable todo concierto para escapar a su tiranía. La confianza era imposible y “esto explica muchos de los fenómenos curiosos que se observan en Buenos Aires”.

Basta describir esas escenas inolvidables que tenían lugar en la “Sociedad Popular Restauradora” para comprender, primero, el estado de aquellos cerebros, víctimas de la más

deplorable exaltación maniaca, y segundo, la influencia profundamente depresiva que ejercía sobre el resto de la población.

Hasta la casa donde celebraba sus sesiones, pintada de colorado, vieja y carcomida, llenaba el alma de un terror inexplicable. Las ventanas resguardadas por gruesas rejas de hierro, el aspecto lóbrego de sus pasadizos alumbrados por una luz mortecina, el corte antiguo y extravagante de su arquitectura, sus patios, sus paredes llenas de letreros obscenos, todo contribuía a darle un aspecto tétrico y repugnante. Allí se reunían los asociados, gente la mayor parte reclutada en las clases más inferiores, aunque favorecidas algunas veces con la presencia de personas cultas y altamente colocadas; y bailando y bebiendo, formulaban los planes de asalto y asesinato que debían perpetrar en las principales casas de la ciudad. . .

Cuitiño y Troncoso costeaban el vino, que se bebía en tinetas y corría con profusión, hasta que la mitad de los asociados, frailes, mujeres, hombres de todas las clases, rodaban por el suelo, en medio de las carcajadas y de un ruido infernal, producido por los gritos y las maldiciones de los que quedaban en pie. Cuando la excitación alcohólica había preparado el ánimo y los pródromos del alcoholismo agudo principiaban a acentuarse, provocando esas alucinaciones penosas en que el oído percibe mil injurias y provocaciones imaginarias, en que se ven fantasmas horribles, animales deformes, patíbulo, puñales ensangrentados, sus instintos, estimulados por la impunidad y solicitados por las fuerzas extrañas que los poseían, entraban en efervescencia, revistiendo el aspecto horrible de una monomanía homicida. Tambaleantes algunos, que después quedaban tirados en las calles, salían todos en confusión,

armados de látigos y afilando con alegría sus enormes cuchillos.

Para inspirar más terror, muchos de ellos pintábanse la cara de colorado; marchaban en pandilla, los unos emponchados y medio oculto el rostro tras el pañuelo, casi desnudos y haraposos; sostenían, otros, sus cabellos que caían sobre la frente, por medio de enormes vinchas rojas con “¡mueras!” en letras negras, formando aureola a la imagen de Rosas.

Algunos, a cara descubierta, iban delante golpeando las puertas con el cabo de sus puñales y rompiendo a ladrillazos los vidrios de las ventanas. Entraban a los templos y azotaban al sacerdote si era sospechado de enemigo oculto de la Federación, luego recorrían los altares, y si alguna imagen tenía cara de “salvaje unitario”, hacíanla descender a lazo, la azotaban, le ponían la divisa y se retiraban, festejando con risotadas y mueras sus hazañas tiberianas.

Siempre buscaban al más inocente para darle de puñaladas, al más débil para estropearle a latigazos, al más anciano para blanco de sus burlas procaces.

Repartíanse en grupos de cincuenta o cien, por distintos puntos de la ciudad, y allí donde hubiera una familia comprometida, entraban y registraban hasta la última pieza, cometiéndola toda clase de tropelías. Si alguna mujer había olvidado el “moño”, se lo pegaban en la frente con brea, o era tomada por cuatro manos crispadas y vigorosas, y arrojándola al suelo, la desmayaban a rebencazos. Desgarraban los papeles que cubrían las paredes, los muebles, los cortinados que fueran celestes, destruían a sablazos los cuadros y las persianas, y llegaban hasta la cuna donde dormía algún niño, “para cerciorarse si tenía las condiciones necesarias para ser un completo federal”.

Luego volvían a salir para continuar sus depredaciones, y se veía a la gente aterrorizada disparando por las calles, y “el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose de cuadra en cuadra y de manzana en manzana”, tal era el horror que causaban aquellos hombres impulsados por un soplo irresistible de locura.

Vivían diseminados en todos los barrios, porque era por cientos que se contaban los afiliados a la Mazorca, y llenaban las tabernas y los cafés, se metían en los templos, frecuentaban los parajes públicos, y asaltaban y mataban en media calle. Habían declarado guerra a muerte a la gente culta e ilustrada, y jóvenes, viejos, comerciantes, eclesiásticos, abogados, literatos, pertenecientes todos a la primera clase de la sociedad — dice Rivera Indarte — arrastraban pesados grilletes en las horribles cloacas a que se les destinaba. Casi diariamente, uno o dos de ellos eran llevados a la muerte, y no pocas veces fusilados a algunos pasos del calabozo, sin que se les hubiera permitido arreglar sus negocios, dar sus últimas disposiciones, dejar algunas palabras a sus familias. Los cadáveres, arrastrados con escarnio hasta la puerta de la cárcel, se llevaban en un carro sucio y se arrojaban en una zanja del cementerio . . .

Bajo la presión abrumadora de esta situación, determinada por un estado de embotamiento sensitivo completo, vivió Buenos Aires durante mucho tiempo con cortos intervalos de tregua.

JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA. (1894-1914. — Ilustre historiador, médico y sociólogo. Ejerció, entre otros cargos públicos, la presidencia del Consejo Nacional de Educación y del Departamento Nacional de Higiene.

OBRAS: *Los simuladores del talento, Rosas y su tiempo, Las neurosis de los hombres célebres en la Historia argentina, La locura en la Historia.*

JUICIO: "Vida ejemplar por sus virtudes, carácter firme, vocación inquebrantable por el estudio, talento preclaro, curiosidad vasta, fidelidad a las ciencias y a las letras, amor ferviente a la nacionalidad, culto de la juventud y del porvenir, simpatía nunca desmentida hacia todo lo que implica un progreso en las ideas o una innovación en las instituciones: tal fué el médico ilustre y pensador alado que creó en la Argentina dos géneros científicos — la psiquiatría y la sociología". — (*José Ingenieros.*)

MANUEL B. UGARTE



117.

EL CLARÍN DE MAYO

Aun vibran del clarín las tempestades,
sus notas más que notas son ideas. . .
Al eco de esa voz se alzó la patria
como el noble titán de la leyenda.

Ayer cuando a raíz de las conquistas
ensanchaba la patria sus fronteras,

ese clarín cantando nuestras ansias
con lengua de oro ensordeció a la América.

Hoy flotan en sus bruscos arrebatos
rayos de sol, jirones de bandera
y cabalgando audaz sobre el sonido
por la muda extensión la fama vuela.

Mas si mañana la ambición de algunos
buscara en la discordia luchas nuevas,
el eco de su voz vieran los orbes
crujir el cielo y tambalear la tierra.

¡Que aquel clarín feliz a cuyo arrullo
se amamantó la patria en la epopeya,
es inmortal y vibra en nuestras almas
como el fuego sagrado de las Vestas!

MANUEL UGARTE. — Poeta y periodista contemporáneo. Nació en Buenos Aires en 1880.

OBRAS: *Vendimias juveniles, Cuentos de la Pampa, Las nuevas tendencias literarias, La joven literatura hispano-americana, El porvenir de América Latina, La patria grande.*

BERNARDO MONTEAGUDO

118.

EL SIGLO XIX Y LA REVOLUCIÓN



La memorable revolución en que nos hallamos fué un suceso en que no tuvo parte la casualidad: la opresión había perdido el carácter de sagrado que la hacía soportable y las fuerzas de un gobierno que se halla a dos mil leguas de distancia, envuelto en las agitaciones de Europa, no podían servir de barrera a un pueblo que había hecho algunos ensayos de su poder.

Pero tal es la economía de la naturaleza en todas las cosas, que es imposible separar los males de los bienes; ni obtener grandes ventajas sin grandes sacrificios. En los diez años de revolución que llevamos, hemos experimentado calamidades y disfrutado bienes que antes no conocíamos: el patriotismo ha desarrollado el germen de las virtudes cívicas, pero al mismo tiempo ha creado el espíritu de partido, origen de crímenes y de antipatías funestas: nuestras necesidades se han aumentado considerablemente, aunque nuestros recursos sean inferiores a ellas, como lo son en todas partes; en fin, todo prueba que hemos mudado de actitud en el orden social, y que no podemos permanecer en ella, ni volver a tomar la antigua, sin un trastorno moral, de que no hay ejemplo sobre la tierra.

A nadie es dado predecir con certeza la forma estable de nuestras futuras instituciones, pero sí se puede asegurar sin

perplejidad que la América no volverá jamás a la dependencia del trono español. El creer que algunos contrastes en la guerra, o bien sean las vicisitudes inherentes al egoísmo o a la cobardía, y los defectos de nuestros actuales gobiernos, produzcan a la larga el restablecimiento del sistema colonial, es una superstición política, que sólo puede nacer de un miedo fanático o de una ignorancia extrema. Sean cuales fueren los presentimientos de la ambición o de la venganza, nosotros quedaremos independientes, tendremos leyes propias que protejan nuestros derechos, gozaremos de una constitución moderadamente liberal, que traiga al industrioso extranjero y fije sus esperanzas en este suelo. No pretendemos librar nuestra felicidad exclusivamente a una forma determinada de gobierno y prescindimos de la que sea; pero estamos resueltos a seguir el espíritu del siglo y el orden de la naturaleza que nos llama a establecer un gobierno liberal y justo. Conocemos por experiencia los males del despotismo y los peligros de la democracia; ya hemos salido del período en que podíamos soportar el poder absoluto, y bien a costa nuestra hemos aprendido a temer la tiranía del pueblo, cuando llega a infatuarse con los delirios democráticos.

Los que observan el curso de nuestra revolución, así en América como en Europa, han juzgado casi siempre nuestra conducta con simpatía o con odio, con exageración o con mengua; algunas veces con un fuerte interés de averiguar la verdad, pero muy pocas con la idea de analizar el origen, tendencias y progresos de la revolución. Se ha declamado contra los errores de nuestros gobiernos, contra las pasiones y antipatías locales de los pueblos, contra los abusos del poder y contra la inestabilidad de nuestras formas; en fin, contra todo lo que hemos hecho, y al momento se ha deducido,

como una consecuencia necesaria, que nuestros esfuerzos eran inútiles y que debíamos sucumbir en la lucha. Otros han elogiado con entusiasmo los sacrificios de los pueblos, las victorias de nuestros ejércitos, los reglamentos de varios gobiernos y algunos resultados felices de sus empresas, concluyendo de todo, que nos hallamos en estado de recibir una constitución tan liberal como la inglesa o la norteamericana: los primeros y los últimos se han equivocado por falta de un análisis político de nuestra situación.

BERNARDO MONTEAGUDO. (1785-1825). — Periodista y tribuno de la Independencia.

OBRAS: *Memoria sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú, Ensayo sobre la necesidad de una federación entre los Estados hispano-americanos*. Fué redactor de la *Gaceta*.

JUICIO: “La obra escrita y los actos de Monteagudo revelan cierta desorientación ideológica, proveniente sin duda de lo tumultuoso de los sentimientos de su espíritu romántico y liviano. Dotado de la capacidad de expresarse con elocuencia y con firmeza, no era seguridad dialéctica lo que le faltaba sino convicciones arraigadas y fe constante en determinadas doctrinas”. — (A. Melián Lafinur.)

PEDRO GOYENA

119.

A LOS JÓVENES ESTUDIANTES

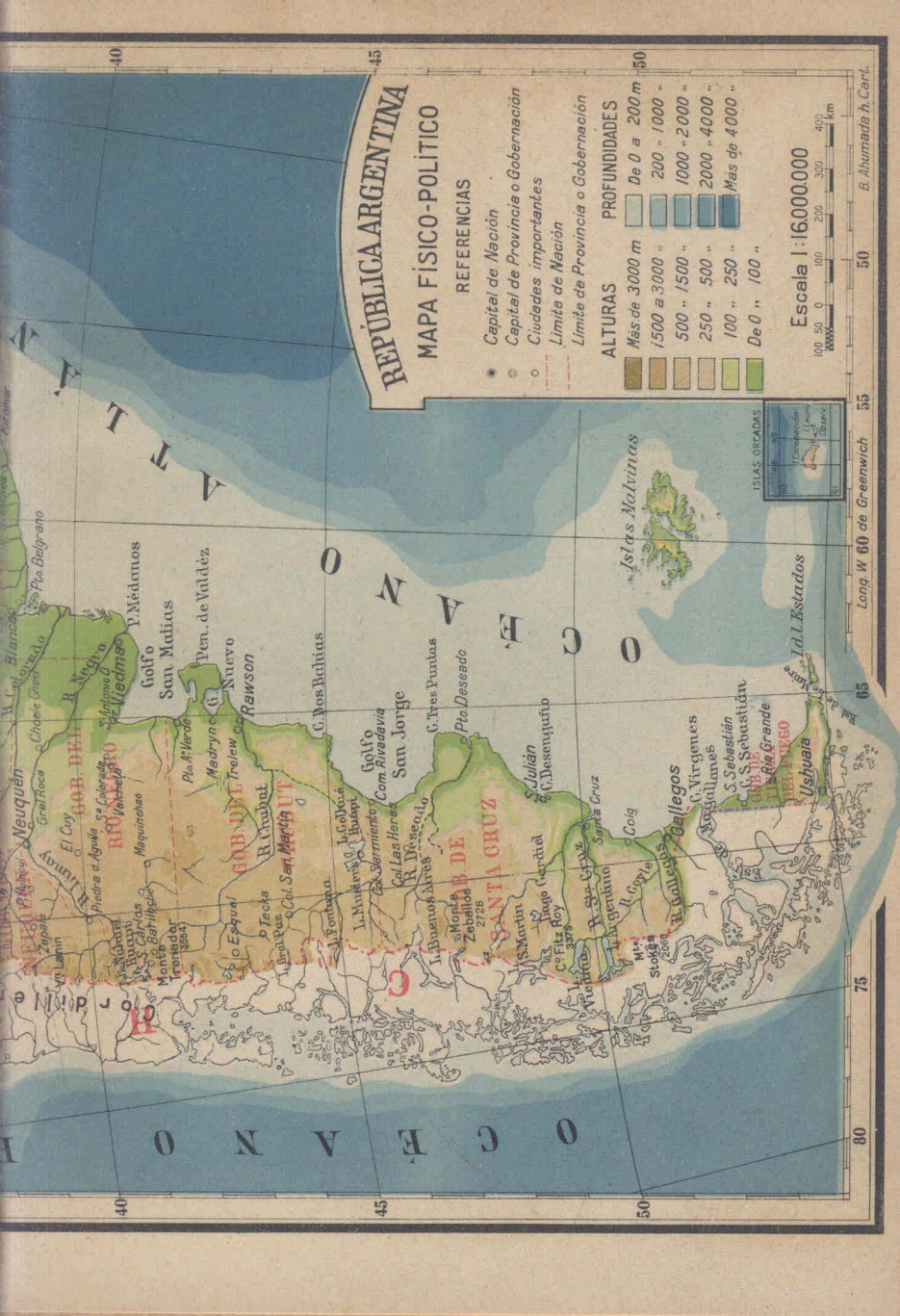
No contribuyamos jamás al gobierno de lo arbitrario; odiemos la violencia, pero amemos la fortaleza. En presencia de los poderosos engraidos e hinchados de vanidad, pensemos siempre que no podemos abdicar, sin ser infieles a la dignidad de la ciencia que tenemos el honor de investir y cuyos fueros debemos invariablemente resguardar. La fuerza, cuando no es justa, es efímera en el orden moral; su porvenir es el desprecio y la deshonra. La justicia no muere jamás; el olvido desdeñoso que envuelve a sus representantes en épocas desgraciadas se transforma luego para ellos en aureola luminosa, inextinguible.

Un peligro muy serio para los jóvenes hay en el espíritu de orgullo y de insuficiencia. Líbreme Dios de pronunciar una palabra cualquiera que pueda matar en el alma de un joven los anhelos de una noble iniciativa. No me lo perdonaría jamás a mí mismo. Pero, señores, no hagamos infructuosas las iniciativas haciéndolas prematuras. El genio tiene, sin duda, el derecho de levantarse un día osado, y mirando a la humanidad de frente, decirle: Os traigo una nueva verdad; una estrella reciente brillará, desde hoy para siempre, en el cielo de la ciencia. Eso puede decir el genio, eso puede decir la inspiración, pero es tan raro el genio, señores, tan rara la inspiración, que no hay por qué apresurarse a creer que estamos en el caso de invocar sus privilegios. No hay genios malogrados; no puede haberlos; son ellos los envia-

dos de la Providencia y la Providencia es indefectible y omnipotente.

Mas viniendo a una esfera modesta relativamente a aquella donde brillan esos grandes luminares, concretándonos a empresas intelectuales de un orden inferior y, con todo, utilísimas, pensemos que si la humanidad no es infalible, hay en el consenso humano una respetable autoridad; que no debemos innovar rápidamente en lo que han establecido los maestros; y así, antes de lanzarnos a proponer cambios en las instituciones sociales, meditemos, consultemos, seamos exigentes con nosotros mismos. ¡Cuán poderosa era la inteligencia de Proudhon! Y bien, todos sabemos a cuán extrañas aberraciones le indujo su irrespetuoso desdén por las instituciones, bajo cuyo imperio la humanidad vive y prospera. No son esos los ejemplos que habéis recibido en esta casa de estudios, donde la doctrina, sin ser la tímida explicación del texto legal, se ha mantenido en la corriente de las grandes tradiciones. Se os han enseñado las disposiciones legales, ligándolas con los principios de que se derivan; más, todavía: se os han mostrado las deficiencias y a veces las contradicciones contenidas en esos cuerpos de derecho que hacen honor a la inteligencia argentina, pero que adolecen de las imperfecciones inherentes a toda obra humana. Sin embargo, los que fueron vuestros profesores os han dado siempre el ejemplo de la consideración que debe tributarse a los maestros de la ciencia.





REPÚBLICA ARGENTINA

MAPA FÍSICO-POLÍTICO

- REFERENCIAS**
- Capital de Nación
 - Capital de Provincia o Gobernación
 - Ciudades importantes
 - - - Límite de Nación
 - - - Límite de Provincia o Gobernación

ALTURAS

De 0 a 200 m
200 " 1000 "
1000 " 2000 "
2000 " 4000 "
Más de 4000 "

PROFUNDIDADES

Más de 3000 m
1500 a 3000 "
500 " 1500 "
250 " 500 "
100 " 250 "
De 0 " 100 "

Escala 1:16.000.000



Long W 60 de Greenwich 55 50 45



VICENTE LÓPEZ Y PLANES



120.

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

CORO

*Sean eternos los laureles
que supimos conseguir;
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.*

Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
ved en trono a la noble igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
una nueva y gloriosa Nación,
coronada su sien de laureles
y a sus plantas rendido un León.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar;
la grandeza se anida en sus pechos,
a su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
y en sus huesos revive el ardor,
lo que ve renovando a sus hijos
de la Patria su antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor;
todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra y furor;
en los fieros tiranos, la envidia
escupió su pestífera hiel:
su estandarte sangriento levantan,
provocando a la lid más cruel.

¿No los veis sobre Méjico y Quito
arrojarse con saña tenaz?
¿Y cuál lloran, bañados en sangre,
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
luto, y llanto, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?

A vosotros se atreve, ¡argentinos!,
el orgullo del vil invasor:
vuestros campos ya pisa, contando
tantas glorias hollar, vencedor.

Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener,
a esos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.

El valiente argentino, a las armas
corre ardiendo con brío y valor!
El clarín de la guerra cual trueno
en los campos del Sud resonó;
Buenos Aires se pone a la frente
de los pueblos de la ínclita unión,
y con brazos robustos desgarran
al ibérico altivo León.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta y Tucumán,
la Colonia y las mismas murallas
del tirano en la Banda Oriental,
son letreros eternos que dicen:
"Aquí el brazo argentino triunfó:
aquí el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló."

La victoria al guerrero argentino
con sus alas brillantes cubrió,
y azorado a su vista el Tirano
con infamia a la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas, se rinden
por trofeos a la libertad,
y sobre alas de glorias alza el Pueblo
trono digno a su gran Majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite: “¡Mortales, oíd!
Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud.”
Y los libres del mundo responden:
“¡Al Gran Pueblo Argentino, Salud!”

VICENTE LOPEZ Y PLANEZ. (1785- 1856). — Poeta y político. Ejerció altos cargos públicos, entre otros, la presidencia de la Nación, a la renuncia de Rivadavia; pero su gloria se funda, más que en nada, en la circunstancia de haber sido el autor de la canción nacional.

OBRAS: *El triunfo argentino, Himno Nacional Argentino.*

JUICIO: “El doctor López fué una de esas criaturas a quienes Dios tanto ama, que las identifica con la patria, dándoles un instante de inspiración para que en él resuman y den forma al instinto característico de esa misma patria en toda su prolongada duración”.
— (Juan María Gutiérrez.)

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

	Pág.
Alberdi, Juan B.	92
Alvarez, Agustín	202
Alvarez, José S. (<i>Fray Mocho</i>)	43 y 106
Ambrosetti, Juan B.	161
Ameghino, Florentino	142
Andrade, Olegario V.	70
Arrieta, Rafael Alberto	128
Avellaneda, Nicolás	176
Ealcarce, Florencio	184
Banchs, Enrique	172
Barreda, Ernesto Mario	28
Belgrano, Manuel	108
Biedma, José Juan	174
Blomberg, Héctor Pedro	116 y 145
Bravo, Mario	97
Bufano, Alfredo R.	139
Bunge, Carlos Octavio	148 y 243
Cané, Miguel	124
Cantilo, José Luis	20
Carriego, Evaristo	135
Capdevila, Arturo	35
Castellanos, Joaquín	193
Coronado, Martín	179
Chassaing, Juan	240

	Pág.
Daireaux, Godofredo	79
Dávalos, Juan Carlos.	154
De la Barra de Llanos, Emma (<i>César Duayen</i>)	140
De la Vega, Ventura	206
Del Campo, Estanislao	229
Delheye, Pedro Mario	14
Del Valle, Aristóbulo	249
Díaz, Leopoldo	8 y 24
Domínguez, Luis L.	11
Echeverría, Esteban	67
Eizaguirre, José Manuel	63
Elflein, Ada María	102
Espejo, Jerónimo	194
Estrada, Angel de	16 y 198
Estrada, José Manuel.	95
Estrada, Santiago	38
Fernández Espiro, Diego	105
Fernández Moreno, Baldomero.	15
Frías, Félix	232
Gálvez, Manuel	19
García Mérou, Martín	136
García Velloso, Enrique	9
Gerchunoff, Alberto	120
Ghiraldo, Alberto	158
Gil, Martín	26
González, Joaquín V.	7, 47 y 89
Gorriti, Juana Manuela	122
Goyena, Pedro	155 y 273
Granada, Nicolás	218
Guido, Tomás	30
Guido y Spano, Carlos	94
Gutiérrez, Juan María	130 y 208
Gutiérrez, Ricardo	199 y 200

	Pág.
Hernández, José	252
Holmberg, Eduardo L.	182
Herrera, Ataliva	173
Ibarguren, Carlos	211
Ingenieros, José	25 y 241
Jordán, Luis María	87
Lacasa, Pedro	163
Leguizamón, Martiniano	99
López, Vicente Fidel	204
López y Planes, Vicente	275
Lugones, Leopoldo	112
Mansilla, Lucio V.	58
Mármol, José	166
Martinto, Domingo	76
Mitre, Bartolomé	84 y 146
Monteagudo, Bernardo	270
Moreno, Mariano	189
Obligado, Pedro Miguel	41
Obligado, Rafael	49
Onelli, Clemente	225
Ortiz, Carlos	55
Oyuela, Calixto	119
Palacios, Pedro B. (<i>Almafuerte</i>)	235
Paso, Juan José	257
Payró, Roberto J.	220
Pellegrini, Carlos	262
Pelliza, Mariano	56 y 187
Quesada, Vicente G.	114
Quintana, Manuel	150
Quiroga, Carlos B.	22

	Pág.
Ramos Mejía, José María	264
Reynal O'Connor, Arturo.	72
Rivadavia, Bernardino	74
Rivarola, Enrique E.	54 y 83
Rocha, Dardo	236
Rojas, Ricardo	62, 214 y 261
Roldán, Belisario	37 y 153
Sarmiento, Domingo Faustino	52 y 132
Storni, Alfonsina	248
Ugarte, Manuel B.	268
Urien, Carlos María	222
Villafañe, J. V.	259
Wilde, Eduardo	169
Zuviría, José M.	210 y 238

INDICE GENERAL

	Pág.
1.—Oración de la bandera. — <i>Joaquín V. González</i>	7
2.—La lengua castellana. — <i>Leopoldo Díaz</i>	8
3.—De la educación de la voz. — <i>Enrique García Velloso</i>	9
4.—Primera fundación de Bs. Aires.— <i>Luis L. Domínguez</i>	11
5.—Las hormigas. — <i>Pedro Mario Delheye</i>	14
6.—La fragata Sarmiento. — <i>Fernández Moreno</i>	15
7.—El naranjo. — <i>Angel de Estrada</i> (h.)	16
8.—El ideal. — <i>Manuel Gálvez</i>	19
9.—Don Juan de Garay. — <i>José Luis Cantilo</i>	20
10.—El algarrobo. — <i>Carlos B. Quiroga</i>	22
11.—Las carabelas. — <i>Leopoldo Díaz</i>	24
12.—Causas económicas de la independencia. — <i>José Ingenieros</i>	25
13.—El firmamento. — <i>Martín Gil</i>	26
14.—El pastorcito. — <i>Ernesto Mario Barreda</i>	28
15.—La Primera Junta. — <i>Tomás Guido</i>	30
16.—Patria. — <i>Arturo Capdevila</i>	35
17.—La bandera de la patria. — <i>Belisario Roldán</i>	37
18.—El 25 de Mayo en la época de Rosas. — <i>Santiago de Estrada</i>	38
19.—La nube. — <i>Pedro Miguel Obligado</i>	41
20.—Más vale maña que fuerza. — <i>José S. Alvarez</i> ("Fray Mocho")	43
21.—La flor del aire. — <i>Joaquín V. González</i>	47
22.—El cuento de las olas. — <i>Rafael Obligado</i>	49
23.—Autobiografía. — <i>Domingo Faustino Sarmiento</i>	52

	Pág.
24.—A Sarmiento. — <i>Enrique E. Rivarola</i>	54
25.—El huevo. — <i>Carlos Ortiz</i>	55
26.—La vida del indio. — <i>Mariano A. Pelliza</i>	56
27.—De cuántos modos conversan los indios. — <i>Lucio V. Mansilla</i>	58
28.—Romance de ausencia. — <i>Ricardo Rojas</i>	62
29.—Los elegantes en las aldeas de la colonia. — <i>José M. Elizaguirre</i>	63
30.—Gloria y reputación. — <i>Esteban Echeverría</i>	67
31.—El ferrocarril. — <i>Olegario V. Andrade</i>	70
32.—El colono. — <i>Arturo Reynal O'Connor</i>	72
33.—Texto de la nota enviada al Congreso haciendo renuncia del cargo de presidente. — <i>Bernardino Rivadavia</i>	74
34.—En el hogar. — <i>Domingo Martinto</i>	76
35.—Un mago poderoso. — <i>Godofredo Daireaux</i>	79
36.—El agua. — <i>Enrique E. Rivarola</i>	83
37.—La muerte del general Belgrano. — <i>Bartolomé Mitre</i>	84
38.—Cuando pasan las tropas. — <i>Luis M. Jordán</i>	87
39.—El indio Panta. — <i>Joaquín V. González</i>	89
40.—El trabajo. — <i>Juan B. Alberdi</i>	92
41.—Buenos Aires. — <i>Carlos Guido y Spano</i>	94
42.—El Congreso de Tucumán. — <i>José Manuel Estrada</i>	95
43.—Canción de la paz. — <i>Mario Bravo</i>	97
44.—Parando rodeo. — <i>Martiniano Leguizamón</i>	99
45.—La Casa de Tucumán. — <i>Ada María Elflein</i>	102
46.—Claroscuro. — <i>Diego Fernández Espiro</i>	105
47.—Peludeando. — <i>José S. Alvarez ("Fray Mocho")</i>	106
48.—Autobiografía. — <i>Manuel Belgrano</i>	108
49.—El tero. — <i>Leopoldo Lugones</i>	112
50.—El delta del Paraná. — <i>Vicente G. Quesada</i>	114
51.—Payaguá. — <i>Héctor Pedro Blomberg</i>	116
52.—La vuelta al campo. — <i>Calixto Oyuela</i>	119
53.—El entierro de Güemes. — <i>Juana Manuela Gorriti</i>	122
54.—Corrales. — <i>Miguel Cané</i>	124
55.—La visión optimista. — <i>Rafael Alberto Arrieta</i>	128
56.—La canción nacional. — <i>Juan María Gutiérrez</i>	130

	Pág.
57.—Anécdotas de Facundo. — <i>Domingo F. Sarmiento</i> . . .	132
58.—La silla que ahora nadie ocupa. — <i>Evaristo Carriego</i> . . .	135
59.—La muerte de Sarmiento. — <i>Martin García Mérou</i> . . .	136
60.—Primavera en la montaña. — <i>Alfredo R. Bufano</i> . . .	139
61.—Las dos almas. — <i>Emma de la Barra de Llanos</i> ("César Duayen")	140
62.—Los árboles. — <i>Florentino Ameghino</i>	142
63.—La palmera solitaria. — <i>Héctor Pedro Blomberg</i> . . .	145
64.—Los granaderos a caballo. — <i>Bartolomé Mitre</i> . . .	146
65.—Mis primeros entusiasmos. — <i>Carlos Octavio Bunge</i> . . .	148
66.—San Martín. — <i>Manuel Quintana</i>	150
67.—La balada. — <i>Belisario Roldán</i>	153
68.—La jaca muerta. — <i>Juan Carlos Dávalos</i>	154
69.—Esteban Echeverría. — <i>Pedro Goyena</i>	155
70.—Ocaso. — <i>Alberto Ghiraldo</i>	158
71.—La hormiga de corrección. — <i>Juan B. Ambrosetti</i> . . .	161
72.—El general Lavalle. — <i>Pedro Lacasa</i>	163
73.—A Rosas. — <i>José Mármol</i>	166
74.—La convalecencia. — <i>Eduardo Wilde</i>	169
75.—Canción. — <i>Enrique Banchs</i>	172
76.—Estudiantina rural. — <i>Ataliva Herrera</i>	173
77.—Una lección de San Martín. — <i>José Juan Biedma</i> . . .	174
78.—La propiedad. — <i>Nicolás Avellaneda</i>	176
79.—Carapachay. — <i>Martin Coronado</i>	179
80.—El candelabro de plata. — <i>Alberto Gerchunoff</i>	180
81.—Las cataratas del Iguazú. — <i>Eduardo L. Holmberg</i> . . .	182
82.—El cigarro. — <i>Florencio Balcarce</i>	184
83.—El juego del pato. — <i>Mariano A. Pelliza</i>	187
84.—Fundación de la biblioteca pública de Buenos Aires. — <i>Mariano Moreno</i>	189
85.—La leyenda argentina. — <i>Joaquín Castellanos</i>	193
86.—La fuerza de la consigna. — <i>Jerónimo Espejo</i>	194
87.—En la pampa. — <i>Angel de Estrada</i> (h.)	198
88.—La propiedad. — <i>Ricardo Gutiérrez</i>	199
89.—Los huérfanos. — <i>Ricardo Gutiérrez</i>	200
90.—La oportunidad. — <i>Agustín Alvarez</i>	202

	Pág.
91.—Buenos Aires antiguo. — <i>Vicente Fidel López</i>	204
92.—Despedida a un amigo. — <i>Ventura de la Vega</i>	206
93.—La poesía. — <i>Juan María Gutiérrez</i>	208
94.—Corrientes. — <i>José M. Zuviria</i>	210
95.—La música popular. — <i>Carlos Ibarguren</i>	211
96.—El kacuy. — <i>Ricardo Rojas</i>	214
97.—Al 25 de Mayo. — <i>Nicolás Granada</i>	218
98.—El caballo que se comió a sí mismo. — <i>Roberto J. Payró.</i>	220
99.—Curupaytí. — <i>Carlos María Urién</i>	222
100.—El zorro sin cola. — <i>Clemente Onelli.</i>	225
101.—Fragmento del "Fausto". — <i>Estanislao del Campo</i>	229
102.—Lavalle y San Martín. — <i>Félix Frias</i>	232
103.—¡Adelante! — <i>Pedro B. Palacios</i> ("Almafuerte")	235
104.—Los prestigios. — <i>Dardo Rocha</i>	236
105.—El porvenir de América. — <i>José M. Zuviria</i>	238
106.—A mi bandera. — <i>Juan Chassaing</i>	240
107.—Firmeza y luz... — <i>José Ingenieros</i>	241
108.—¡Viva la patria! — <i>Carlos Octavio Bunge.</i>	243
109.—Han venido. — <i>Alfonsina Storni</i>	248
110.—Juan María Gutiérrez. — <i>Aristóbulo del Valle</i>	249
111.—Consejos de Martín Fierro a sus hijos. — <i>José Hernández.</i>	252
112.—Características de la revolución. — <i>Juan José Paso</i>	257
113.—Democracia. — <i>J. M. Villafañe</i>	259
114.—Los vientos. — <i>Ricardo Rojas</i>	261
115.—Consejos a los jóvenes. — <i>Carlos Pellegrini</i>	262
116.—Buenos Aires bajo el terror. — <i>José María Ramos Mejía.</i>	264
117.—El clarín de Mayo. — <i>Manuel Ugarte</i>	268
118.—El siglo XIX y la revolución. — <i>Bernardo Monteagudo.</i>	270
119.—A los jóvenes estudiantes. — <i>Pedro Goyena</i>	273
120.—Himno Nacional Argentino. — <i>Vicente López y Plines.</i>	275

GREGORIO O. BENAVENTO

LETRAS

Aprobado por el H. C. Nacional de Educa-
ción - Exp. 13082 - B. 1929

FOLLETO AMPLIATORIO
DE ACUERDO CON LA
RESOLUCIÓN DE LA FECHA:
1° DE JULIO DE 1940



EDITORIAL KAPELUSZ & Cía. — Buenos Aires

SUMARIO:

- La bandera nacional (grabado).
- Oración a la bandera.
- El escudo (grabado).
- El general Belgrano (grabado y texto).
- El Himno Nacional.
- El Preámbulo de la Constitución.
- Derechos de los habitantes.
- El general San Martín (grabado).
- Mapa de la República Argentina.

NICOLÁS AVELLANEDA.

ORACIÓN A LA BANDERA

Esta bandera es, sobre todo, la bandera de la Nación, y pueblos compuestos por millones y millones de hombres libres, seguirán inclinando la frente a su paso hasta la terminación de los siglos. Levantemos los corazones para saludarla en su heroísmo de ayer, en su noble simplicidad de hoy y en su futura y portentosa grandeza. Vamos ahora a cobijarnos todos bajo sus pliegues y pidámosle que calme las pasiones rencorosas, que haga brotar a su sombra la virtud del patriotismo, como en otro tiempo el laurel del guerrero, y que conduzca a su pueblo por la paz, por el honor, por la libertad laboriosa, hasta ponerlo en posesión de sus destinos que le fueron prometidos por Belgrano al extenderla, victoriosa, sobre su cuna.

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

CORO

*Sean eternos los laureles
que supimos conseguir;
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.*

Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
ved en trono a la noble igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
una nueva y gloriosa Nación,
coronada su sien de laureles
y a sus plantas rendido un León.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar;
la grandeza se anida en sus pechos,
a su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
y en sus huesos revive el ardor,
lo que ve renovando a sus hijos
de la Patria su antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor;
todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra y furor;
en los fieros tiranos, la envidia
escupió su pestífera hiel:
su estandarte sangriento levantan,
provocando a la lid más cruel.

¿No los veis sobre Méjico y Quito
arrojarse con saña tenaz?
¿Y cuál lloran, bañados en sangre,
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
luto, y llantos, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando, cual fieras,
todo pueblo que logran rendir?

A vosotros se atreve, argentinos,
el orgullo del vil invasor:
vuestros campos ya pisa, contando
tantas glorias hollar, vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener,
a esos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.

El valiente argentino, a las armas
corre ardiendo con brío y valor;
El clarín de la guerra, cual trueno
en los campos del sud resonó;

Buenos Aires se pone a la frente
de los pueblos de la ínclita unión,
y con brazos robustos desgarran
al ibérico altivo León.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta y Tucumán,
la Colonia y las mismas murallas
del tirano en la Banda Oriental,
son letreros eternos que dicen:
"Aquí el brazo argentino triunfó:
aquí el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló."

La victoria al guerrero argentino
con sus alas brillantes cubrió,
y azorado a su vista el tirano
con infamia a la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas, se rinden
por trofeos a la libertad,
y sobre alas de glorias alza el Pueblo
trono digno a su gran Majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite: "¡Mortales, oíd!
Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud."
Y los libres del mundo responden:
"¡Al Gran Pueblo Argentino, Salud!"

MANUEL BELGRANO

La virtud del patriotismo y una voluntad puesta al servicio de los propósitos más nobles y elevados, caracterizan la existencia de este argentino ilustre, de alma pura y corazón generoso, cuya honestidad, abnegación y desinterés estuvieron durante toda su vida sometidos a la ley del deber, sin otra aspiración que la libertad y el bienestar de su pueblo.

El general don Manuel Belgrano nació en Buenos Aires el 3 de junio de 1770. Fueron sus padres don Domingo Belgrano y Peri, italiano naturalizado español, y doña María Josefa González Casero.

Cursó en Buenos Aires las primeras letras y los estudios secundarios. Por el año 1786 pasó a España, donde siguió la carrera de las leyes, graduándose de abogado.

Con su título y su nombramiento de secretario del Consulado de Comercio, regresó a su ciudad natal. Tenía, por aquel entonces, 24 años de edad.

Su labor en el Consulado fué de grandes beneficios para las colonias del Plata, "La introducción de nuevas máquinas, las mejoras de procederes industriales, la apertura de puertos, los faros, las ciencias, las artes, las nuevas culturas; todo fué protegido por el Consulado bajo la inspiración de Belgrano, cuya influencia en todos estos adelantos consta de documentos auténticos y forman una de las más hermosas páginas de su laboriosa vida," ha escrito un historiador.

La lucha contra los ingleses durante las invasiones que éstos llevaron a cabo sobre Buenos Aires, despertó en Belgrano afición por la milicia y lo llevó a efectuar algunos estudios sobre esta materia. A estos antecedentes y a las reconocidas condiciones de su carácter, que lo hacía acreedor a la confianza pública, debióse posiblemente el hecho de que, producido el movimiento revolucionario de Mayo, la Junta —en cuyo seno desempeñaba las funciones de vocal— le encomendara el mando de la expedición al Paraguay, pues “necesitábase allí un gobernante prudente y un general experto”.

No triunfó Belgrano como militar en esta campaña, pero su constancia y el temple de su alma se pusieron en evidencia junto con el espíritu heroico de sus soldados. Como empresa política, en cambio, la expedición alcanzó los resultados que la Junta se propuso, pues en las conversaciones que Belgrano sostuvo con algunos patriotas paraguayos logró interiorizarlos hábilmente sobre los fines de la revolución iniciada en Buenos Aires, con tanto éxito que poco tiempo después un movimiento popular derrocaba a las autoridades españolas y creaba en el país hermano un gobierno propio.

A su regreso de esta expedición Belgrano fué designado general en jefe del ejército de la Banda Oriental, cargo que tuvo que abandonar por haber sido llamado a dar cuenta de su conducta en la campaña del Paraguay.

Las frecuentes correrías que los españoles realizaban por el Paraná en procura de víveres para abastecer la plaza de Montevideo, indujeron al gobierno a levantar baterías cerca del Rosario, siendo encargado de cumplir esta misión el general Belgrano.

El 27 de febrero de 1812 eran inauguradas dichas baterías y en tal circunstancia se enarboló por primera vez la enseña celeste y blanca, creada por inspiración de este ilustre jefe

y que estaba destinada a ser para siempre la bandera de los argentinos.

De allí pasó a hacerse cargo del ejército del Norte, con el que obtuvo las victorias de Tucumán, y Salta, obligando al general español Pío Tristán a capitular con todas las fuerzas a su mando.

La Soberana Asamblea Constituyente otorgó a Belgrano como premio una espada con empuñadura de oro y cuarenta mil pesos, suma que aceptó, para destinarla a la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras, que debían erigirse en Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero. Este noble rasgo de desinterés y de civismo prueba su anhelo de servir a la cultura y educación de su pueblo.

Las derrotas sufridas en Vilcapujio y Ayohuma por el ejército del Norte motivaron el relevo de Belgrano en el mando del mismo, siendo reemplazado por el general San Martín, con quién llegó a establecer una vinculación amistosa que hizo más estrecha la comunidad de sentimientos y de ideales patrióticos.

Al finalizar el año de 1814 se le confió, conjuntamente con Rivadavia, una misión diplomática ante las Cortes de Inglaterra y España, de donde regresó para dar cuenta a su gobierno de las tramitaciones realizadas y después de convenir con Rivadavia la continuación a cargo de aquél de las empeñosas gestiones iniciadas.

Instalado el Congreso que debía declarar nuestra independencia en Tucumán, Belgrano fué llamado con instancia por algunos congresales para que los ayudara con sus luces, resolviendo trasladarse al escenario de su antigua gloria con el propósito de continuar trabajando por el bien de la patria. Su gravitación en las deliberaciones del Congreso fué ponderable y muchas veces decisiva.

Belgrano es una de las más grandes figuras históricas de la

Revolución de Mayo; es un modelo de honradez, de probidad, de patriotismo; débele su patria calificados y valiosos servicios; pero su mayor gloria —y sin duda la que bastaría para hacer imperecedera su memoria— es haber sido el creador de nuestra bandera.

Murió el insigne patriota en Buenos Aires el 20 de junio de 1820. Sus restos descansan en el mausoleo que la gratitud de su pueblo ha erigido en el atrio de la Iglesia de Santo Domingo.

EL PREÁMBULO DE LA CONSTITUCIÓN

La Constitución Nacional, sancionada el 1º de mayo de 1853 por el Congreso General Constituyente reunido en la ciudad de Santa Fe, y cuyos preceptos consolidaron definitivamente la unidad de nuestra patria y el gobierno que nos rige, tiene como pórtico o exordio el siguiente Preámbulo:

“Nos, los Representantes del Pueblo de la Nación Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente por voluntad y elección de las Provincias que la componen, en cumplimiento de pactos preexistentes, *con el objeto de constituir la Unión Nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino*; invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia, ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitución para la Nación Argentina”.

Nuestros ideales de pueblo amante de la libertad, pero de la libertad bajo el imperio de la Ley, están admirablemente compendiados en estas exactas y magnificas palabras, que constituyen una verdadera profesión de fe democrática. Exprésanse en ellas los nobles propósitos que inspiraron a los congresales y que han quedado a través de las generaciones como

los principios básicos sobre los cuales se sustenta la organización social y política de nuestra patria, a saber:

Constituir la unión nacional, que es el fundamento mismo de la existencia del Estado;

Afianzar la justicia, base del orden social y sin la cual no es posible la felicidad del pueblo;

Consolidar la paz interior, para dar término a las disensiones y luchas fratricidas;

Proveer a la defensa común, para imponer el respeto a nuestra soberanía de país libre e independiente;

Promover el bienestar general, a fin de que el pueblo, al amparo de la Ley y por el esfuerzo de todos sus hijos, realice sin tropiezos y con fe la obra de progreso que le señalan sus altos destinos; y, por fin:

Asegurar los beneficios de la libertad para todos los habitantes de la Nación, ya que sólo bajo su imperio es posible consolidar la paz y afianzar la justicia, propósito y fin de toda sociedad organizada.

Esta exposición de motivos, magnífica hasta por la belleza insuperable de la forma, que tiene el sabor y el acento de un poema destinado a exaltar la dignidad humana, merece ocupar un sitio permanente en la memoria de todos los argentinos, para que siempre y en todo momento nos sintamos predispuestos a cumplir con celo y rectitud los altos deberes que nos impone la ciudadanía.

DERECHOS DE LOS HABITANTES

El artículo 14 de la Constitución establece que todos los habitantes gozan de los derechos siguientes:

- a) *Trabajar y ejercer toda industria lícita;*
- b) *Navegar y comerciar;*

- c) *Peticionar a las autoridades;*
- d) *Entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino;*
- e) *Publicar sus ideas por la prensa sin censura previa;*
- f) *Usar y disponer de su propiedad;*
- g) *Asociarse con fines útiles;*
- h) *Profesar libremente su culto;*
- i) *Enseñar y aprender;*

Este artículo consagra fundamentalmente la igualdad civil de todos los habitantes y garantiza su libertad, sin otras limitaciones que las que establezcan las leyes que reglamenten su ejercicio y las que prescriben la moral, el orden y las buenas costumbres.

En algunos aspectos, la Constitución ha querido rodear a esta libertad de una mayor garantía, tal como ocurre por ejemplo, con la libertad de pensamiento ("expresar sus ideas por la prensa sin censura previa"), cuya existencia aparece afianzada por el artículo 32, según el cual "el Congreso no dictará leyes que restrinjan la libertad de imprenta o establezcan sobre ella la jurisdicción federal".

En otros casos se ha creído conveniente precisar la manera como deben ejercitarse ciertos derechos. Tal, por ejemplo, ocurre en los art. 22 y 17, el primero de los cuales establece que el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes, al par que el segundo autoriza la expropiación por causa de utilidad pública, limitando en cierto sentido aquél la libertad individual y éste el derecho de propiedad.

Con sabia previsión, sin embargo, el art. 28 establece que los principios, garantías y derechos reconocidos por la Constitución, no podrán ser alterados por las leyes que reglamentan su ejercicio. He ahí una de las garantías fundamentales de nuestra Carta Magna, ya que al amparo de tal disposición queda asegurada la inviolabilidad de ésta.

